SAGRADA BIBLIA

2 Crónicas

Libro completo

«*Si vosotros lo buscareis, lo hallaréis*»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 10

Veinticuatro palabras hebreas 18

El segundo libro de las Crónicas en la liturgia 20

1 La sabiduría pedida en Gabaón 22

2 Salomón e Hiram de Tiro 31

3 El templo en el monte Moria 40

4 Los utensilios del templo 45

5 El arca entra en el templo 51

6 La oración de Salomón 56

7 El fuego, la gloria y la promesa 66

8 Las obras de Salomón y el culto de cada día 76

9 La reina de Saba y la gloria de Salomón 81

10 La división del reino 91

11 Roboam fortifica Judá 96

12 Sesac y la humillación de Roboam 101

13 Abía: el discurso del monte Semerón 106

14 Asá: diez años de paz y la victoria sobre Zara 115

15 La profecía de Azarías y la alianza de Asá 119
16 Asá: la desconfianza y la enfermedad 124
17 Josafat: un rey que hace enseñar la ley 133
18 Josafat y Acab: la batalla de Ramot de Galaad 139
19 Josafat pone jueces en Judá 145
20 La victoria cantada de Josafat 151
21 Joram y la carta de Elías 163
22 Ocozías y Atalía 170
23 Joás, rey en el templo 174
24 Joás y la sangre de Zacarías 180
25 Amasías y los dioses de Edom 190
26 Ozías, el rey leproso 196
27 Joatam 206
28 Acaz y los cautivos de Judá 209
29 Ezequías abre las puertas del templo 219
30 La Pascua de Ezequías 227
31 Primicias, diezmos y almacenes 235
32 Senaquerib y los últimos años de Ezequías 241
33 Manasés: el destierro y la conversión 248
34 Josías: la reforma y el libro de la ley 257

35 La Pascua de Josías y su muerte en Meguido 264

36 El destierro y el edicto de Ciro 274

PARA PROFUNDIZAR

1 «La misma historia contada dos veces»: cómo las Crónicas releen los libros de los Reyes 27

2 Del tabernáculo al templo: Salomón, nuevo Besalel..... 36

6 «Acuérdate de las misericordias de David»: el templo y el ungido 62

7 «Si mi pueblo se humilla»: la promesa de 2 Crónicas 7,14 72

9 Salomón sin sombras: el rey ideal de las Crónicas y «algo más que Salomón» 87

13 «No peleéis contra el Señor»: el discurso de Abía y el Israel del norte 111

16 «Si lo buscareis, lo hallaréis»: Asá y los reyes que empiezan bien y acaban mal 129

19 Josafat, «el Señor juzga»: maestros de la ley y jueces 147

20 «El combate no está a cargo vuestro, sino de Dios»: la victoria cantada de Josafat 159

21 La carta del profeta Elías..... 166

24 Zacarías, hijo de Joíada: «Véalo el Señor»..... 185

26 Ozías: el rey que quiso ser sacerdote 202

28 Los samaritanos compasivos: Oded, los cautivos de Judá y la parábola de Jesús..... 215

30 La Pascua de Ezequías: un corazón que busca a Dios 231

33 La conversión de Manasés y la Oración de Manasés 253

35 Josías y el faraón Necao: cuando Dios habla por boca de un extranjero 270

36 «Que suba»: el edicto de Ciro y el final abierto de la Biblia hebrea 280

CUADROS

1 Salomón en Reyes y en Crónicas 26

2 Del tabernáculo al templo 35

4 Las cifras de Reyes y las de Crónicas 49

7 Humillarse, orar, buscar, convertirse: la promesa de 7,14 71

9 Los libros que citan las Crónicas 86

13 «Vuestros hermanos»: el norte en las Crónicas 110

16 Un rey en dos tiempos 128

17 Las cifras de los ejércitos 137

20 El mar Rojo y el valle de Bendición 158

23 Atalía y Joás en Reyes y en Crónicas 178

24 Desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías 185

26 Reyes junto al altar 201

28 Los cautivos de Judá y el buen samaritano 214

29 La reforma de Ezequías: un versículo en Reyes, tres capítulos en Crónicas 225

33 Dos retratos de Manasés: 2 Reyes 21 y 2 Crónicas 33 252
35 Dos Pascuas: Ezequías y Josías 269
36 El edicto de Ciro 279
Repaso 284
Notas personales 292
Sobre esta edición 293

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 2 Cr 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como Salomón en Reyes y en Crónicas, del tabernáculo al templo, el norte en las Crónicas, un rey en dos tiempos, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, los cautivos de Judá y el buen samaritano, dos retratos de Manasés o el edicto de Ciro. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

La historia de Judá, contada otra vez

El segundo libro de las Crónicas es el decimocuarto de la Biblia. En la Biblia hebrea, los dos libros son una sola obra, *Dibré ha-yamim*, «los hechos de los días», es decir, los anales. La traducción griega la partió en dos y la llamó *Paraleipómena*, «las cosas omitidas», como si completara lo que no habían contado los libros de Samuel y de los Reyes; la Vulgata conservó el nombre, y por eso Torres Amat, como san Jerónimo y todavía la Neovulgata, llama a este libro «Libro segundo de los Paralipómenos». Esta edición usa el nombre de la Biblia hebrea: 2 Crónicas. Sobre el origen y el autor de la obra entera, ver «Antes de empezar» en 1 Crónicas.

El primer libro terminaba con la muerte de David y la unción de Salomón; este empieza con Salomón «asegurado en su reino» (1,1) y llega hasta el decreto con que Ciro, rey de Persia, permite a los judíos volver a Jerusalén, el año 538 a. C.: más de cuatro siglos. La primera parte (capítulos 1 a 9) está dedicada casi entera a la construcción y la dedicación del templo. La segunda (10 a 36) cuenta la historia de los reyes de Judá, y solo de ellos: el reino del norte, Israel, aparece únicamente cuando se cruza con Judá, y su caída en el 722 a. C. ni siquiera se narra. Mucho de esto ya

estaba en 1 y 2 Reyes, a veces con las mismas palabras; las notas remiten a esos libros y se detienen en lo que el Cronista cambia, añade o calla.

SALOMÓN Y EL TEMPLO	
1	La sabiduría pedida en Gabaón; las riquezas de Salomón
2 – 4	Hiram de Tiro; el templo en el monte Moria y sus utensilios
5 – 7	El arca entra en el templo; la oración de Salomón; el fuego y la gloria
8 – 9	Las obras de Salomón; la reina de Saba; su muerte

10 – 12	La división del reino; Roboam y la invasión de Sesac
13 – 16	Abía; Asá: la reforma y la desconfianza
17 – 20	Josafat: maestros, jueces y la victoria cantada
21 – 24	Joram, Ocozías y Atalía; Joás y el profeta Zacarías
25 – 28	Amasías, Ozías el leproso, Joatam, Acaz
29 – 32	Ezequías: el templo purificado, la Pascua, Senaquerib
33	Manasés, desterrado y convertido; Amón
34 – 35	Josías: el libro de la ley, la Pascua, la muerte en Meguido
36	Los últimos reyes, el destierro y el edicto de Ciro

Quién lo escribió

La tradición judía atribuye las Crónicas a Esdras (*Baba Batra* 15a), y Torres Amat, en su advertencia a los dos libros, recoge la opinión común de que las escribió él, «ayudado de los profetas Ageo y Zacarías, después de la cautividad de Babilonia». Los estudiosos hablan hoy del «Cronista», un autor o un círculo ligado al templo de Jerusalén, probablemente levítico, que escribió hacia el siglo IV a. C. con

los libros de Samuel y de los Reyes delante y con otras fuentes que cita por su nombre, como los escritos de los profetas Natán, Ahías, Addo o Isaías. La Pontificia Comisión Bíblica llama a las Crónicas «una relectura del Libro del Génesis y de los Libros de Samuel y los Reyes» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 19), y san Jerónimo decía que quien pretenda conocer las Escrituras sin este compendio del Antiguo Testamento se pone en ridículo (*Carta* 53,8).

Cómo leerlo

El Cronista escribe para una comunidad pequeña, vuelta del destierro, sin rey y con el templo reconstruido, y le cuenta su historia para enseñarle a vivir. Su Salomón no tiene sombras: no hay intrigas para llegar al trono ni mujeres extranjeras que le tuerzan el corazón. Sus reyes se miden por una pregunta: si buscaron al Señor o lo abandonaron. «Si vosotros lo buscareis, lo hallaréis; mas si lo abandonareis, os abandonará» (15,2). Por eso el libro está lleno de reformas, las de Asá, Josafat, Ezequías y Josías, y de profetas que avisan antes del castigo; y por eso la conversión siempre encuentra respuesta: Manasés, el peor de los reyes, se humilla en el destierro y Dios lo escucha (33,12-13). La promesa de 7,14 resume el libro: «mi pueblo... convertido me pidiere perdón... yo también desde el cielo lo escucharé». Dios habla aquí por medio de profetas, vi-

dentes y cantores del templo, «y hasta de reyes extranjeros como Necó (cf. 2 Crón 35,21) y Ciro (cf. 2 Crón 36,23)», observa la Comisión Bíblica (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 16), que recuerda también que la historia bíblica no es una crónica en el sentido moderno, sino un testimonio de la fidelidad de Dios (n. 70; *Dei Verbum*, nn. 11-12).

El centro del libro es el templo: allí la nube llena la casa mientras los levitas cantan «porque es eterna su misericordia» (5,13-14), allí baja el fuego del cielo (7,1), allí se celebran las Pascuas de Ezequías y de Josías. El templo, dice el Catecismo, fue para Israel el lugar donde aprender a orar, aunque el culto corría el riesgo de volverse demasiado exterior y hacía falta «la conversión del corazón» (n. 2581); el Cronista lo sabe, y Ezequías pide perdón por los que comieron la Pascua sin purificarse, porque buscaban a Dios de todo corazón (30,18-20). Para un cristiano, el templo apunta a Cristo, que habló del templo de su cuerpo (Jn 2,19-21) y de sí mismo como «más que Salomón» (Mt 12,42); Jesús recordó también la sangre de Zacarías, muerto «entre el templo y el altar» (Mt 23,35), que la mayoría identifica con el hijo de Joíada, apedreado en el atrio del templo (24,20-22). El libro termina con una puerta abierta: Ciro invita a los desterrados a volver y a reedificar la casa de Dios (36,22-23), con las palabras que abren el libro de Es-

dras. En la Biblia hebrea impresa, como en el orden del Talmud (*Baba Batra* 14b), las Crónicas son el último libro, y su última palabra es «que suba». La Iglesia lee este final el cuarto domingo de Cuaresma del ciclo B, con el anuncio de que «tanto amó Dios al mundo» (Jn 3,16).

Hay páginas duras: cifras de ejércitos y de muertos que no pueden tomarse al pie de la letra, como el millón de soldados de Zara (14,9); la pena de muerte para quien no buscara al Señor (15,13); los diez mil edomitas despeñados (25,12); enfermedades contadas como castigo (21,18-19; 26,19-20). Las notas las explican en su contexto y a la luz de la «divina pedagogía» de un Antiguo Testamento que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122). Y hay páginas de una ternura inesperada, como la de los israelitas del norte que visten, alimentan y ungen a sus prisioneros de Judá y los devuelven a Jericó, con los más débiles montados en asnos (28,15), tan parecida a la parábola del buen samaritano.

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. Explica las palabras raras con glosas unidas por «o», como «una gran concha o pila de bronce» (4,2) o «las misericordias o piedad de David» (6,42). En su advertencia avisa de que algunas noticias de las Crónicas parecen no concordar

con otros libros, y de que esas dificultades «se han procurado desvanecer con algunas notas o palabras que se añaden de letra cursiva»: así, las columnas del templo miden treinta y cinco codos «entre las dos» (3,15), y Joacaz es el «cuarto» hijo de Josías (36,1). Sigue a la Vulgata en lecturas que las notas comentan: el pueblo «convertido» de 7,14, que en hebreo «se humillare»; el «pacto perpetuo» de 13,5, una «alianza de sal» en la Vulgata y en el hebreo; las «picas de oro» de Salomón, que en hebreo son escudos (9,15). Como la Vulgata, su Biblia termina este libro en 36,23: la Oración de Manasés, que varios manuscritos antiguos de la Biblia griega copian después de los salmos, entre los cánticos, y que algunas Biblias latinas ponían después de las Crónicas, quedó en la Vulgata Clementina en un apéndice, fuera del canon, y no se imprime aquí; el ensayo del capítulo 33 habla de ella.

La numeración es la de la Vulgata; las Biblias que siguen el hebreo cambian el comienzo de los capítulos 2 y 14, como explica el colofón. La transcripción digital había perdido o cambiado palabras en bastantes versículos, a veces con daño para el sentido: decía que el sumo sacerdote procuró que Atalía «fuese muerta dentro de la casa del Señor», lo contrario del texto (23,14), y que el corazón de Ozías «se enfrió», en lugar de «se engrió» (26,16); había perdido las «neomenias» del calendario del templo (8,13) y el nombre

de Baraquías, hijo de Mosollamot, uno de los jefes de Efraín que defendieron a los cautivos de Judá (28,12), y decía que con la enseñanza de los levitas «se sacrificaba» todo Israel, en lugar de «se santificaba» (35,3). Esos pasajes y otros semejantes se han recuperado de la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como la misma historia contada dos veces, Salomón como nuevo Besalel, la promesa de 7,14, el Israel del norte, los reyes que empiezan bien y acaban mal, los jueces de Josafat, la carta del profeta Elías, Zacarías hijo de Joíada, el orgullo de Ozías, los samaritanos compasivos, la Pascua de Ezequías, la conversión de Manasés, la muerte de Josías o el edicto de Ciro. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del segundo libro de las Crónicas en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

דִּבְרֵי הַיָּמִים	**Dibré ha-yamim** · «los hechos de los días», los anales; el título hebreo de los dos libros, que en la Biblia hebrea son uno título
מוֹרִיָּה	**Moriyyá** · Moria, el monte del templo; el mismo nombre que en el sacrificio de Isaac (Gn 22,2) 3,1
דְּבִיר	**devir** · el santuario interior, el «oráculo» o lugar santísimo 4,20; 5,7
עָנָן	**anán** · nube 5,13-14
כְּבוֹד יהוה	**kevod YHWH** · la gloria del Señor; literalmente, su «peso» 5,14; 7,1-3
כִּי לְעוֹלָם חַסְדּוֹ	**ki le-olam jasdó** · «porque es eterna su misericordia», el estribillo de los levitas 5,13; 7,3.6; 20,21
כָּנַע	**kaná** · humillarse; Torres Amat, a veces, «convertirse» 7,14; 12,6-7; 33,12
דָּרַשׁ	**darash** · buscar a Dios, consultarlo 15,2.12; 16,12; 26,5
בִּקֵּשׁ פְּנִים	**biqqesh panim** · buscar el rostro de Dios (cf. 1 Cr 16,11); Torres Amat, «procurare aplacarme» 7,14
שׁוּב	**shuv** · volver, convertirse 7,14; 30,6.9
מָעַל	**maal** · ser infiel, prevaricar: la palabra con que el Cronista nombra el pecado 26,16; 29,6; 36,14
נִשְׁעַן	**nishán** · apoyarse en el Señor 13,18; 14,11; 16,7-8
בְּרִית מֶלַח	**berit mélaj** · «alianza de sal», alianza perpetua; Torres Amat, «pacto perpetuo» 13,5

מִדְרָשׁ	**midrash** · estudio, comentario; sus dos únicas apariciones en la Biblia 13,22; 24,27
חֹזֶה	**jozé** · vidente, profeta 9,29; 19,2; 33,18
יְהוֹשָׁפָט	**Yehoshafat** · Josafat, «el Señor juzga», el rey que puso jueces 17,1; 19,5-11
עֵמֶק בְּרָכָה	**émeq berajá** · valle de Bendición 20,26
צָרַעַת	**tsaráat** · lepra, la del rey Ozías 26,19-21
גֵּיא בֶן־הִנֹּם	**gue ben-Hinnom** · valle de Ben Hinnom, de donde viene «gehena»; Torres Amat, «Benennom» 28,3; 33,6
פֶּסַח	**pésaj** · Pascua 30,1-5; 35,1-19
בְּיַד־מֹשֶׁה	**be-yad Moshé** · «por mano de Moisés», por medio de él 34,14
שַׁבְּתוֹתֶיהָ	**shabbetotéha** · «sus sábados», el descanso de la tierra durante el destierro 36,21
כּוֹרֶשׁ	**Kóresh** · Ciro, rey de Persia 36,22-23
וְיַעַל	**ve-yaal** · «y que suba»: la última palabra de la Biblia hebrea; Torres Amat, «póngase en camino» 36,23

El segundo libro de las Crónicas en la liturgia

La Iglesia lee poco este libro en la misa, pero escoge páginas muy precisas: el final del libro en Cuaresma, el martirio de Zacarías y la dedicación del templo.

Misa

Celebración	Lectura
4.º domingo de Cuaresma, ciclo B	2 Cr 36,14-16.19-23 (la infidelidad, el destierro y el edicto de Ciro), con el Salmo 137 y Jn 3,14-21: «tanto amó Dios al mundo»
Sábado de la 11.ª semana del tiempo ordinario, año par	2 Cr 24,17-25 (la apostasía de Joás y la muerte de Zacarías), con el Salmo 89 y Mt 6,24-34
Común de mártires	2 Cr 24,18-22 (Zacarías, hijo de Joíada), entre las lecturas del Antiguo Testamento
Común de la dedicación de una iglesia	2 Cr 5,6-10.13 – 6,2 (la nube llena el templo), entre las lecturas del Antiguo Testamento
Dedicación de una iglesia y Dedicación de la basílica de Letrán (9 de noviembre)	Aclamación antes del Evangelio: 2 Cr 7,16 («este lugar lo he escogido yo y santificado, para que mi Nombre sea invocado en él para siempre»)

Liturgia de las Horas

Celebración	Lectura
Oficio de lectura, viernes de la 15.ª semana del tiempo ordinario	2 Cr 20,1-9.13-24 (la victoria de Josafat), con el responsorio de Ef 6,12.14 y 2 Cr 20,17 («manteneos solamente a pie firme... y veréis el socorro del Señor») y un texto de san Ambrosio, *Sobre los misterios*
Cánticos	Ninguno de este libro; la oración de Salomón (6,41-42) cita el Salmo 132, que se reza en las vísperas del jueves de la semana III

Las referencias del Leccionario siguen la numeración hebrea, que aquí solo difiere en los capítulos 2 y 14; ninguna de estas lecturas cae en ellos.

1

La sabiduría pedida en Gabaón

En la Vulgata y en Torres Amat, este libro se llama «Libro segundo de los Paralipómenos»; esta edición usa el nombre hebreo, 2 Crónicas. El primer libro terminaba con la unción de Salomón ante todo Israel (1 Cr 29,22-25); este empieza con el rey ya firme en su reino. El capítulo tiene dos partes: la peregrinación a Gabaón, donde Salomón pide sabiduría y la recibe con riquezas y gloria por añadidura (vv. 1-13), y un retrato de esas riquezas (vv. 14-17). Todo está en 1 Re 3 y 10, pero contado de otro modo: el Cronista calla, añade y cambia.

Salomón en Gabaón

1 Quedó, pues, Salomón, hijo de David, asegurado en su
reino [1], y el Señor Dios suyo estaba con él, y lo engrande-
ció en sumo grado [2]. 2 Entonces Salomón convocó a todo
Israel [3], a los tribunos, y centuriones, y comandantes, y
jueces de todo Israel, y a las cabezas de las familias, 3 y
marchó con toda esta multitud al alto de Gabaón, donde
estaba el Tabernáculo del Testamento de Dios [4], que Moi-
sés, siervo de Dios, construyó en el desierto.

4 En cuanto al arca de Dios, David la había llevado de Ca-
riatiarim al lugar que le había preparado, y donde le había

erigido un Tabernáculo, esto es, a Jerusalén. [5] Mas el altar de bronce, hecho por Beseleel, hijo de Uri, hijo de Hur [5], estaba allá en Gabaón delante del Tabernáculo del Señor; y Salomón, con todo aquel congreso, fue allí a presentarse ante dicho altar [6]. [6] Subió, pues, Salomón al altar de bronce, delante del Tabernáculo de la Alianza del Señor, y ofreció en él mil víctimas [7].

La sabiduría pedida

[7] Y he aquí que aquella misma noche se le apareció Dios [8], diciendo: Pídeme lo que quieras que te conceda. [8] Respondió Salomón a Dios: Tú usaste de gran misericordia para con David, mi padre, y a mí me has constituido rey en su lugar. [9] Ahora, pues, oh Señor Dios, cúmplase la promesa que hiciste a David, mi padre [9]; y pues tú me has hecho rey de este pueblo tuyo tan crecido, tan innumerable como las partículas del polvo de la tierra [10], [10] dame sabiduría e inteligencia [11] para poder gobernar bien a este pueblo tuyo; porque, ¿quién podrá gobernar dignamente a este tu pueblo, siendo como es tan grande?

[11] Dijo entonces Dios a Salomón: Ya que esto es lo que ha agradado más a tu corazón, y no has pedido riquezas [12], ni hacienda, ni gloria, ni la muerte de aquellos que te odian, ni tampoco una larga vida; sino que has pedido sabiduría y ciencia para poder gobernar a mi pueblo, del cual yo te he hecho rey; [12] te son otorgadas sabiduría y ciencia; y ade-

más te daré riquezas, y hacienda, y gloria en tanto grado,
que ninguno de los reyes ni antes ni después de ti te
igualará [13]. [13] Volvió después Salomón a Jerusalén [14] des-
de el lugar alto de Gabaón de ante el Tabernáculo del Tes-
tamento; y reinó sobre Israel.

Las riquezas de Salomón

[14] Y juntó carros de guerra, y gente de a caballo, y vino a te-
ner hasta mil cuatrocientos carros armados [15], y doce mil
soldados de a caballo, y los alojó en las ciudades destinadas
para los carros de guerra, y en Jerusalén cerca de su perso-
na. [15] E hizo el rey que la plata y el oro en Jerusalén fuese
tan común como las piedras, y los cedros como las higue-
ras silvestres [16] que con tanta abundancia crecen en los
campos. [16] Le llevaban caballos de Egipto y de Coa los co-
misarios regios [17], que iban a comprarlos por su justo pre-
cio: [17] Un tiro de cuatro caballos en seiscientos siclos de
plata, y un caballo en ciento cincuenta; y del mismo modo
se hacían semejantes compras en todos los reinos de los
heteos y de los reyes de Siria.

¿Sabías que?

Siglos después de Salomón, Cilicia seguía siendo tierra de caballos. Heródoto, el historiador griego del siglo V a. C., al enumerar los tributos que el rey persa Darío cobraba a sus provincias, cuenta que Cilicia pagaba cada año trescientos sesenta caballos blancos, uno por cada día del año, además de quinientos talentos de plata (*Historias* III,90). Los primeros lectores de las Crónicas, súbditos también del rey de Persia, sabían de qué hablaba el Cronista cuando ponía en las cuadras de Salomón caballos traídos de Coa.

Salomón en Reyes y en Crónicas

1 Reyes	2 Crónicas
Subida al trono: intrigas; mueren Adonías, Joab y Semei (1 – 2)	David lo presenta a la asamblea como el elegido de Dios, y todos se le someten (1 Cr 28 – 29)
Gabaón: un lugar alto, con reservas; Dios le habla en sueños (3,2-5)	Allí estaban la tienda de Moisés y el altar de Besalel; Dios se le aparece (1,3-7)
El juicio de las dos madres (3,16-28)	—
La corte y el palacio (4; 7,1-12)	— (el palacio, solo de paso: 2,1; 8,1)
Los obreros: una leva de israelitas (5,27-28; 5,13-14 en TA)	Solo extranjeros residentes (2,17-18; 8,7-9)
El artista Hiram: hijo de una viuda de Neftalí, broncista (7,14)	Hijo de una mujer de Dan, maestro de todos los oficios (2,13-14)
El templo: sin nombre de monte (6)	En el monte Moria, en la era de Ornán (3,1)
La dedicación: termina con el éxodo y la bendición del rey (8,50-61)	Termina con el Salmo 132, y baja fuego del cielo (6,41 – 7,3)
Las ciudades de Galilea: Salomón se las da a Hiram (9,11-13)	Hiram se las da a Salomón (8,2)
La hija del faraón: boda y casa propia (3,1; 7,8; 9,24)	Solo su traslado (8,11)
Las mujeres, la idolatría, los adversarios (11,1-40)	— (se supone conocido: 10,15)
El juicio final: «había enajenado su corazón del Señor» (11,9)	Ninguno: solo su muerte y su sepultura (9,29-31)

El Cronista escribe para lectores que conocen Reyes: por eso cita el oráculo de Ahías sin haberlo contado (10,15). Su Salomón es el retrato del rey que edificó el templo. Jesús dirá: «aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12,42).

PARA PROFUNDIZAR

«La misma historia contada dos veces»: cómo las Crónicas releen los libros de los Reyes

Quien lee 2 Crónicas con 1 y 2 Reyes al lado descubre enseguida que muchas páginas se repiten, a veces palabra por palabra: la visita a Gabaón, el contrato con Hiram, las medidas del templo, la oración de la dedicación, la reina de Saba, la división del reino. Y descubre también que no se repiten del todo. El Cronista, que escribió después del destierro (ver la introducción a 1 Crónicas), tenía delante los libros de Samuel y de los Reyes y los volvió a contar. Los traductores griegos llamaron a su obra «Paralipómenos», las cosas omitidas, como si fuera un suplemento; la Pontificia Comisión Bíblica la describe mejor: «una relectura» de los libros de Samuel y de los Reyes (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 19). Este libro pide leerse a dos columnas.

La primera operación del Cronista es callar. En este capítulo omite el matrimonio de Salomón con la hija del faraón (1 Re 3,1), los sacrificios en los lugares altos (3,2-3), el sueño y el juicio de las dos madres (3,5.15-28). Más adelante omitirá casi todo el capítulo 11 de 1 Reyes (11,1-40), con las mujeres extranjeras y la idolatría del rey anciano. Callar no es negar: el Cronista da por supuesto que sus lectores conocen la otra historia, y dirá que la división del reino cumplió «la palabra anunciada por boca de Ahías silonita» (10,15), un oráculo que solo está en 1 Re 11,29-39.

La segunda operación es añadir. En Gabaón estaban la tienda de Moisés y el altar de Besalel (1,3-6), un dato que da al santuario la

legitimidad que Reyes le concedía a medias. Y el libro está lleno de páginas sin paralelo: el discurso de Abía a los del norte (cap. 13), la carta del profeta Elías al rey Joram (cap. 21), la muerte de Zacarías, hijo de Joíada (cap. 24), el pecado de Ozías en el templo (cap. 26), la conversión de Manasés en el destierro (cap. 33). La tercera operación es cambiar: un número (el cuadro del capítulo 4 recoge las cifras que no coinciden), una palabra, un orden. A menudo el cambio enseña algo: Reyes cuenta los carros y caballos de Salomón justo antes de su caída; el Cronista los pone al principio, como cumplimiento de la promesa de Gabaón (1,14-17).

¿Por qué guarda la Biblia dos historias de los mismos reyes? Porque cada una responde a una pregunta. Reyes se escribió, en buena medida, para explicar la catástrofe: por qué cayeron Samaria y Jerusalén. Las Crónicas se escribieron para un pueblo que había vuelto, sin rey y con un templo modesto, y que necesitaba saber qué lo hacía fiel: el templo y su culto, la palabra de los profetas y, sobre todo, «buscar al Señor» (15,2). La Comisión Bíblica advierte que los libros históricos no son una historiografía «en el sentido moderno», sino el testimonio de la fidelidad de Dios en la historia de su pueblo (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 70). El Cronista no falsifica: elige, ordena e interpreta a la luz de la fe.

El lector cristiano conoce bien este fenómeno, porque tiene cuatro evangelios. La Iglesia enseña que los evangelistas escribieron «escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la situación de las Iglesias» (*Dei Verbum*, n. 19, citado en el Catecismo, n. 126). En el siglo II, Taciano fundió los cuatro re-

latos en uno, el *Diatessaron*, que algunas iglesias de Siria leyeron durante un tiempo; la Iglesia prefirió conservar los cuatro. San Agustín, que dedicó una obra entera a las diferencias entre los evangelistas, explicaba que no importa dónde cuente cada uno un hecho, ni si lo pone en su orden o recoge más tarde lo que antes había omitido, con tal que no se contradiga a sí mismo ni contradiga a los otros (*Concordancia de los evangelistas* II,21,51).

De ahí un consejo práctico. Las notas de este libro remiten constantemente a 1 y 2 Reyes, y lo más interesante suele estar en la diferencia. No hay que llamar enseguida «contradicción» a cada número distinto, ni empeñarse en armonizarlo todo: Torres Amat lo intenta con palabras añadidas en cursiva (3,15; 36,1), y unas veces convence y otras no. Lo que importa es preguntarse qué quiere enseñar el Cronista con cada silencio y con cada añadido. Ver el cuadro «Salomón en Reyes y en Crónicas», después de este capítulo.

PAUSA

1. Salomón empezó su reinado buscando a Dios en el lugar donde estaba la tienda de Moisés. ¿Cómo empiezas tú tus días y tus proyectos?
2. Dios le dijo: «Pídeme lo que quieras». Si hoy te lo dijera a ti, ¿qué le pedirías?
3. El Cronista calla unas cosas y subraya otras. ¿Qué recuerdos de tu historia con Dios merece la pena volver a contar?

Para orar. *Señor, dame la sabiduría que sirve a los demás, y enséñame a buscarte a ti antes que a tus dones.*

2

Salomón e Hiram de Tiro

Antes de construir, Salomón pide ayuda a Hiram, rey de Tiro. El capítulo tiene cuatro momentos: la decisión y los obreros (vv. 1-2), la carta de Salomón (vv. 3-10), la respuesta de Hiram (vv. 11-16) y el censo de los extranjeros que trabajarán en la obra (vv. 17-18). Es la historia de 1 Re 5,15-32 (5,1-18 en Torres Amat), con acentos propios: los mensajes son cartas, Salomón describe el templo por el culto que se celebrará en él, un rey pagano bendice al Creador, y el artista enviado por Hiram recibe los dones de Besalel, el constructor de la morada del desierto.

La carta de Salomón

[1] Resolvió, pues, Salomón edificar el templo al Nombre del
Señor [1], y un palacio para sí. [2] A este fin destinó setenta
mil peones para traer a hombros las cargas, y ochenta mil
para cortar y labrar las piedras en el monte, y les puso tres
mil seiscientos sobrestantes o encargados [2]. [3] Y envió a de-
cir a Hiram, rey de Tiro [3]: Así como lo hiciste con David,
mi padre, remitiéndole maderas de cedro para la cons-
trucción de la casa, donde él habitó, [4] hazlo conmigo, para
que yo pueda edificar una casa al Nombre del Señor Dios
mío, y consagrársela para ofrecer incienso en su presen-
cia, y esparcir el humo de los aromas, y tenerle presenta-

dos perpetuamente los panes, ofrecerle los holocaustos por la mañana y por la tarde [4], y en los sábados, y en los novilunios, y en las solemnidades del Señor Dios nuestro para siempre, como está mandado a Israel.

5 Porque la casa que yo deseo edificar ha de ser grande, pues grande es nuestro Dios sobre todos los dioses [5]. 6 Mas ¿quién será capaz de edificarle una casa que sea digna de él? Si el cielo, si los cielos de los cielos no pueden abarcarle [6], ¿quién soy yo para poder construirle una casa? Mas no la hago para otra cosa, sino para ofrecer en ella incienso en su honor. 7 Envíame, pues, un hombre inteligente [7], diestro en trabajar el oro, y la plata, y el bronce, y el hierro y la púrpura, y la escarlata, y el jacinto, y que sepa esculpir molduras, para que trabaje con estos artífices míos que he tomado de la Judea y de Jerusalén, escogidos por mi padre David. 8 Envíame asimismo maderas de cedro, y de enebro, y de pino [8], del Líbano; porque sé que tus siervos son prácticos en el corte de las maderas del Líbano, y mis siervos trabajarán con los tuyos, 9 para proveerme de maderas en abundancia. Pues la casa que yo deseo edificar ha de ser muy grande y suntuosa. 10 En orden a los obreros siervos tuyos, que han de trabajar en la madera, yo aprontaré para su sustento veinte mil coros o cargas de trigo [9], y otras tantas de cebada, y veinte mil

cántaros de vino, y asimismo veinte mil medidas o satos de aceite.

La respuesta de Hiram

11 Hiram, rey de Tiro, en la carta con que contestó a Salomón, decía: Por lo mucho que ama el Señor a su pueblo [10], por eso te ha puesto a ti para que reines sobre él. 12 Y añadía: Bendito sea el Señor Dios de Israel, que hizo el cielo y la tierra [11], el cual ha dado al rey David un hijo sabio, entendido, juicioso y prudente, a fin de que edificara un templo al Señor, y un palacio para sí.

13 Te envío, pues, un hombre inteligente y peritísimo, que es Hiram, a quien honro como a mi padre [12], 14 hijo de una mujer de la tribu de Dan, de padre natural de Tiro, el cual sabe trabajar en oro, y en plata, en bronce, y en hierro, y en mármol, y en maderas, y asimismo en púrpura, y en jacinto, y en lino fino, y en escarlata, y que sabe igualmente hacer toda obra de entalladura, e inventar ingeniosamente cuanto es menester [13] en todas labores, y estará en compañía de tus artífices, y con aquellos de mi señor David, tu padre. 15 En vista de esto, remite, señor mío, para tus siervos el trigo, la cebada, el aceite y el vino que has prometido; 16 que nosotros haremos cortar maderas del Líbano, cuantas necesitares, y las llevaremos juntas en balsas por mar hasta Joppe [14], y tú cuidarás de transportarlas a Jerusalén.

Los extranjeros en la obra

17 Con esto Salomón hizo tomar nota de todos los varones
extranjeros [15], que había en tierra de Israel, después del
encabezamiento que había mandado hacer su padre Da-
vid, y se hallaron ciento cincuenta y tres mil seiscientos;
18 de los cuales destinó setenta mil para traer las cargas a
hombros, y ochenta mil para cortar y labrar las piedras en
los montes, y tres mil seiscientos para capataces de los tra-
bajos de esta gente.

¿Sabías que?

A las Crónicas les gustan las cartas. Donde 1 Re 5,22 (5,8 en Torres Amat) dice que Hiram «envió a decir» su respuesta, el Cronista precisa que contestó «en una carta» (2,11), y en el libro aparecen también la carta del profeta Elías al rey Joram (21,12), las que Ezequías mandó por todo Israel para invitar a la Pascua (30,1.6), las cartas de Senaquerib contra el Dios de Israel (32,17) y el edicto de Ciro, publicado «también por escrito» (36,22). Era el mundo del Cronista: el imperio persa se gobernaba con cartas y decretos, y el libro de Esdras copia varios en arameo, la lengua de su cancillería (Esd 4,8 – 6,18; 7,12-26).

Del tabernáculo al templo

El tabernáculo (Éxodo)	El templo (Crónicas)
El artífice: Besalel, de Judá, lleno de sabiduría (Éx 31,2-5)	Salomón, de Judá, que pide sabiduría (1 Cr 22,9-10; 2 Cr 1,10-12)
Su compañero: Oholiab, de la tribu de Dan (Éx 31,6)	Hiram, hijo de una mujer de Dan (2,13-14)
Los oficios: metales, piedra, madera, tejidos (Éx 35,30-35)	Los mismos, e «idear» toda obra (2,7.14)
El modelo: mostrado a Moisés en el monte (Éx 25,9.40)	Dado por escrito a David (1 Cr 28,11-19)
Las ofrendas: el pueblo da de corazón (Éx 35,20-29; 36,5-7)	El pueblo da con alegría (1 Cr 29,1-9)
El altar de bronce: 5 × 5 × 3 codos (Éx 27,1; 38,1)	El de Besalel en Gabaón (1,5); el nuevo, 20 × 20 × 10 (4,1)
El velo: con querubines bordados (Éx 26,31)	El mismo velo (3,14)
Candelero y mesa: uno y una (Éx 25,23-40)	Diez y diez (4,7-8)
La pila: para que se laven los sacerdotes (Éx 30,17-21)	El mar, para lo mismo (4,6)
La tienda del encuentro: levantada por Moisés (Éx 40,17-33)	Guardada en el templo (5,5)
La nube y la gloria: Moisés no puede entrar (Éx 40,34-35)	Los sacerdotes no pueden servir (5,13-14; 7,1-2)
El fuego: consume el primer sacrificio (Lv 9,24)	Baja del cielo sobre el primero del templo (7,1)

El templo es la morada del desierto hecha estable. Las medidas de la morada están en el cuadro «La morada y sus objetos» (Éxodo, capítulo 25). Hebreos verá en ambos la «copia y sombra» del santuario del cielo (Heb 8,5), y el Verbo «puso su tienda entre nosotros» (Jn 1,14).

PARA PROFUNDIZAR

Del tabernáculo al templo: Salomón, nuevo Besalel

El libro de los Reyes cuenta la construcción del templo como una gran obra real: un tratado comercial con Tiro, levas de obreros, medidas de arquitecto, bronces fundidos por un artesano fenicio (1 Re 5 – 7). El Cronista cuenta la misma obra con otros colores, los de la morada que Moisés levantó en el desierto (Éx 25 – 40). No lo dice con una frase; lo sugiere con detalles que un lector del Éxodo reconoce enseguida, y que varios estudiosos, como Raymond B. Dillard en su comentario de 1987, han reunido.

El primero está en Gabaón. Antes de construir, Salomón va a «buscar» el altar de bronce que había hecho Besalel (1,5), el artista del desierto, de la tribu de Judá, a quien Dios llenó de sabiduría para la obra (Éx 31,2-5). Salomón, de Judá también, pide allí sabiduría y la recibe (1,10-12): el constructor del templo empieza donde terminaba el de la morada. Luego pide a Hiram un artista, y el Cronista cambia dos detalles de Reyes. El Hiram de 1 Re 7,14 era hijo de una viuda de Neftalí y trabajaba solo el bronce; el de las Crónicas es hijo de una mujer de Dan, la tribu de Oholiab, el compañero de Besalel (Éx 31,6; 35,34), y sabe trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro, la piedra, la madera, la púrpura, el jacinto, el lino y la escarlata, e «idear» toda clase de obras (2,7.14), con las mismas palabras con que el Éxodo describe a los dos artistas del desierto (Éx 35,30-35). Salomón y Hiram son un nuevo Besalel y un nuevo Oholiab.

El plano viene de Dios, como el de la morada: Moisés lo vio en el monte (Éx 25,9.40) y David recibió todas las cosas «delineadas

por la mano del Señor» (1 Cr 28,19; ver el ensayo del capítulo 28 de 1 Crónicas). En la descripción reaparecen rasgos del desierto que Reyes no da: el velo de jacinto, púrpura, escarlata y lino, con querubines bordados, que Reyes no menciona (3,14; Éx 26,31); el altar de bronce, que Reyes nombra sin describirlo (4,1); los candeleros hechos «según la forma prescrita» (4,7); el mar en que se lavan los sacerdotes, como en la pila de la morada (4,6; Éx 30,17-21). Terminada la obra, el arca sube al templo y, según el hebreo, también «la tienda del encuentro» con sus utensilios (5,5): la tienda de Moisés queda guardada en la casa de Salomón. Y lo que coronó la morada corona el templo: la nube y la gloria que no dejan entrar a los sacerdotes (5,13-14; Éx 40,34-35), y el fuego que baja del cielo sobre el primer sacrificio (7,1; Lv 9,24).

¿Qué quiere decir el Cronista? Que el templo no es una novedad de la monarquía, ni un capricho de rey a imitación de los templos vecinos, sino la morada del desierto hecha estable: el mismo culto y el mismo Dios que acompañaba a su pueblo en el camino, ahora con una casa «para que habite en ella perpetuamente» (6,2). Para sus lectores esto tenía un sentido muy concreto. El templo que ellos conocían, reconstruido después del destierro, era pobre comparado con el de Salomón (Esd 3,12; Ag 2,3), y la tradición judía recordaría lo que le faltaba: el arca, el fuego del cielo, la presencia de la gloria, el espíritu de profecía y los Urim y Tumim (Talmud, Yomá 21b). El Cronista les dice que su templo pertenece a la misma historia: el culto que celebran es el que Dios mandó en el Sinaí, continuado sin ruptura por Moisés, por David y por Salomón, y su pobreza no rompe esa continuidad.

Para el cristiano la línea sigue. El Verbo «puso su tienda entre nosotros» (Jn 1,14), y Jesús llamó templo a su propio cuerpo (Jn 2,19-21); la Carta a los Hebreos ve en la morada y en el templo «copia y sombra» del santuario verdadero, que Cristo ha atravesado (Heb 8,5; 9,11). El Éxodo desarrolla esa lectura (ver el ensayo «La morada de Dios entre los hombres», en el capítulo 25 del Éxodo); aquí basta notar que el Cronista ya había enseñado a leer el templo a la luz de la morada. Ver el cuadro «Del tabernáculo al templo», después de este capítulo.

PAUSA

1. Salomón describe el templo por lo que se hará en él: oración, incienso, ofrendas de la mañana y de la tarde. ¿Qué lugar tienen en tu jornada la mañana y la tarde ante Dios?
2. Un rey pagano bendice al Dios que hizo el cielo y la tierra. ¿Dónde has encontrado fe o bondad en personas que no comparten la tuya?
3. Hiram trabajó junto a «los artífices de David». ¿Con quién te pide Dios colaborar, aunque no lo hayas elegido tú?

Para orar. *Señor, que todo lo que construya con mis manos y con mi inteligencia sea para tu Nombre.*

3

El templo en el monte Moria

El capítulo describe el templo en pocas líneas: el lugar y la fecha (vv. 1-2), la casa con su pórtico, la sala mayor y el lugar santísimo, con los querubines y el velo (vv. 3-14), y las dos columnas de la entrada (vv. 15-17). Es mucho más breve que 1 Re 6 – 7: faltan las estancias laterales, la carpintería y el palacio. Pero el Cronista añade lo que Reyes no dice: el nombre del monte, Moria, y la era de Ornán; el velo bordado de querubines; un pórtico altísimo y unas columnas de treinta y cinco codos. No le interesa la arquitectura, sino el lugar santo.

El lugar y la fecha

1 Dio, pues, Salomón principio a la construcción del templo del Señor en Jerusalén en el monte Moria, señalado
expresamente ya a David [1], su padre, en el lugar que tenía
David preparado en la era de Ornán, jebuseo [2]; 2 y empezó
el edificio el mes segundo del año cuarto de su reinado [3].

La casa y el lugar santísimo

3 Y éstas son las medidas de los cimientos echados por Salomón para el edificio de la casa de Dios: la longitud era de
sesenta codos de la antigua medida [4]; la latitud de veinte
codos. 4 En cuanto al pórtico, que estaba enfrente, tenía de

longitud veinte codos, conforme a la medida de la anchura del templo; mas la altura era de ciento veinte codos [5]; y Salomón lo hizo cubrir todo por dentro de oro finísimo. [5] La parte mayor del templo, llamada el Santo [6], la cubrió con tablas de madera de abeto, clavando por todas partes planchas de oro acendrado, e hizo esculpir en ella, en el artesonado, palmas y unas como cadenillas enlazadas unas con otras. [6] El pavimento del templo lo enlosó de mármoles preciosísimos [7], con gran primor. [7] El oro, con cuyas láminas cubrió el templo y sus vigas, y los pilares, y paredes, y las puertas, era sumamente fino. En las paredes hizo entallar querubines.

[8] Edificó asimismo la casa o el lugar santísimo [8]; cuya longitud era de veinte codos, como la anchura del templo, y su anchura igualmente de veinte codos, y la cubrió con planchas de oro, que pesaban cerca de seiscientos talentos. [9] Aun los clavos los hizo hacer de oro [9], cada uno de los cuales pesaba cincuenta siclos; e igualmente cubrió de oro los artesonados del techo.

[10] Hizo asimismo en la casa del lugar santísimo dos estatuas de querubines [10], las que cubrió de oro. [11] Las alas de los querubines se extendían veinte codos; de manera que un ala tenía cinco codos y tocaba la pared del templo, y la otra también de cinco codos, tocaba el ala del otro querubín. [12] Del mismo modo el ala del otro querubín tenía cin-

co codos y tocaba la pared; y la otra ala suya de cinco codos, tocaba el ala del primer querubín: 13 De manera que las alas de ambos querubines estaban extendidas cogiendo el espacio de veinte codos. Estaban ellos de pie derecho, y sus rostros mirando con dirección hacia la parte exterior del templo [11]. 14 Hizo también un velo de jacinto [12], de púrpura, de escarlata y de lino finísimo, e hizo bordar en él querubines.

Las dos columnas

15 Además, delante de las puertas del templo erigió dos columnas, que tenían treinta y cinco codos de altura entre las dos [13], y cuyos capiteles eran de cinco codos. 16 También hizo unas cadenillas, como las del santuario [14], que colocó sobre los capiteles de las columnas, con cien granadas mezcladas con las cadenillas. 17 Estas columnas las colocó en el atrio del templo una a la derecha y otra a la izquierda; a la de la derecha la llamó Jaquín, y a la de la izquierda Booz [15].

¿Sabías que?

Un relato apócrifo del siglo II, el *Protoevangelio de Santiago*, cuenta que los sacerdotes decidieron hacer un velo nuevo para el templo y llamaron a siete vírgenes de la familia de David para hilar sus colores. Echaron suertes, y a María le tocaron «la púrpura verdadera y la escarlata»; estaba hilando la púrpura cuando el ángel se le apareció (caps. 10-11). No es historia, pero la imagen hizo fortuna: en muchos iconos orientales de la Anunciación, María tiene en las manos el huso o el hilo rojo. Mientras tejía el velo del santuario, el Verbo tomaba de ella la carne que la Carta a los Hebreos llama «el velo» (Heb 10,20).

PAUSA

1. El templo se levanta donde Abrahán ofreció a su hijo y donde Dios detuvo la espada del ángel. ¿Qué lugares de tu vida son para ti memoria de la misericordia de Dios?
2. Las columnas se llamaban «Él afianza» y «En él hay fuerza». ¿Sobre qué apoyas tú la estabilidad de tu vida?
3. El velo rasgado abrió el camino hasta Dios. ¿Qué te impide acercarte a él con confianza (Heb 10,19-22)?

Para orar. *Señor, haz de mi vida una casa tuya, firme en ti y abierta a tu presencia.*

4

Los utensilios del templo

El capítulo hace el inventario de lo que había dentro y alrededor del templo: el altar de bronce, el mar sobre los doce bueyes y las diez conchas (vv. 1-6); los candeleros, las mesas y los atrios (vv. 7-10); las obras de bronce de Hiram (vv. 11-18) y los objetos de oro del santuario (vv. 19-22). Sigue de cerca 1 Re 7,23-50, pero omite el palacio y apenas nombra las basas con ruedas (v. 14); añade el altar de bronce, las diez mesas, el atrio de los sacerdotes y, sobre todo, para qué servía cada cosa. Varias cifras no coinciden con las de Reyes; el cuadro final las reúne.

El altar y el mar

1 Hizo asimismo un altar de bronce de veinte codos de
largo [1], veinte codos de ancho y diez de alto. 2 Y una gran
concha o pila de bronce fundido [2], que tenía diez codos de
diámetro, redonda perfectamente: cinco codos tenía de
profundidad, y un cordoncillo de treinta codos abrazaba
toda su circunferencia. 3 Debajo de la concha había figuras
de bueyes [3], y por diez codos en lo exterior algunas escul-
turas, que divididas en dos órdenes, daban vuelta por lo
más ancho del mar; estaban los bueyes fundidos junto con
la concha. 4 Y el mismo mar, o concha, estaba asentado so-
bre doce bueyes; de los cuales tres miraban al norte, otros

tres al occidente, tres otros al mediodía, y los restantes tres al oriente sosteniendo el mar, el cual cargaba sobre ellos; las espaldas de los bueyes estaban hacia dentro, debajo del mar. 5 El grueso de éste era de la medida de un palmo; y su borde era como el labio de un cáliz o de un lirio abierto; y cabían en él tres mil cántaros [4]. 6 Hizo también diez conchas, de las cuales puso cinco a la mano derecha, y las otras cinco a la siniestra, para lavar en ellas todo lo que debía ofrecerse en holocausto; los sacerdotes se lavaban en la concha grande o mar [5].

Candeleros, mesas y atrios

7 Hizo asimismo diez candeleros de oro, según la forma prescrita [6]; y los colocó en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. 8 Además diez mesas [7], y las puso en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, e hizo igualmente cien tazas de oro. 9 Construyó también el atrio de los sacerdotes y el gran pórtico [8], y en el pórtico las puertas, las cuales cubrió de bronce. 10 El mar lo colocó al lado derecho, al mediodía [9], mirando hacia el oriente.

Las obras de Hiram y los objetos de oro

11 Hizo asimismo Hiram calderas, y tridentes y jarras; y concluyó todas las obras que el rey mandó hacer en el templo de Dios, 12 es a saber, las dos columnas con sus frisos y capiteles y unas como mallas, con tal arte, que abrazaban

los capiteles de sobre los frisos. 13 Igualmente cuatrocientas granadas y dos mallas, en tal disposición, que se juntaban dos órdenes de granada a cada una de las mallas que abrazaban los capiteles y frisos de las columnas. 14 Hizo también las bases y conchas, las cuales asentó sobre las bases. 15 El mar y los doce bueyes de debajo del mar; 16 las calderas, o tridentes o garfios, y las jarras. Todos los utensilios hizo de bronce finísimo a Salomón, Hiram, su padre [10], para la casa del Señor. 17 Los mandó fundir el rey en la ribera del Jordán en una tierra gredosa, entre Socot y Saredata [11]. 18 La multitud de vasos era innumerable, de suerte que no se sabía la cantidad de bronce empleada [12].

19 E hizo Salomón todos estos vasos de la casa de Dios, y el altar de oro, y las mesas, sobre las cuales se ponían los panes de la proposición. 20 Asimismo los candeleros con sus mecheros de oro purísimo, para que luciesen ante el oráculo, según el rito; 21 y ciertos florones, y las lamparillas, y despabiladores de oro; todo se hizo de oro el más puro. 22 Así como también eran de oro purísimo los braserillos de los perfumes [13], y los incensarios, y las navetas, y los morterillos. Las puertas del templo interior, esto es, el lugar santísimo, las hizo cincelar, y las puertas del templo estaban cubiertas de oro por fuera. De esta suerte quedaron acabadas todas las obras que hizo Salomón en la casa del Señor.

¿Sabías que?

En el segundo templo ya no había mar de bronce, pero sí una pila para que los sacerdotes se lavaran las manos y los pies. La Misná recuerda con gratitud a un sumo sacerdote llamado Ben Katín, que le puso doce grifos, cuando antes solo tenía dos, para que varios sacerdotes pudieran lavarse a la vez, y que construyó una máquina para sumergirla de noche en agua corriente, de modo que el agua no quedara inservible por haber pasado la noche en la pila (Yomá 3,10). Siglos después de Salomón, el servicio del altar seguía empezando por unas manos limpias.

Las cifras de Reyes y las de Crónicas

Dato	1 Reyes	2 Crónicas
Capataces	3.300 (5,30; TA 5,16)	3.600 (2,2.18)
Jefes de las obras	550 (9,23)	250 (8,10)
Víveres	Para el palacio de Hiram: 20.000 coros de trigo y 20 de aceite al año (5,25; TA 5,11, «veinte mil»)	Para los leñadores: 20.000 de trigo, de cebada, de vino y de aceite (2,10)
Madre del artista	De Neftalí (7,14)	De Dan (2,14)
Pórtico	20 × 10 codos, sin altura (6,3)	20 codos de ancho y 120 de alto (3,4)
Columnas	18 codos cada una (7,15)	35 «entre las dos» (3,15)
Bajo el borde del mar	Calabazas; en TA, «obra de talla» (7,24)	Figuras de bueyes (4,3)
Capacidad del mar	2.000 batos (7,26)	3.000 (4,5)
Altar de bronce	Sin medidas (8,64)	20 × 20 × 10 codos (4,1)
Mesas de los panes	Una (7,48)	Diez (4,8)
Oro de Ofir	420 talentos (9,28)	450 (8,18)
Caballerizas	40.000 (5,6; TA 4,26)	4.000 en hebreo; 40.000 caballos en la Vulgata y en TA (9,25)

TA: Torres Amat, que en 1 Re 4,21 – 5,18 sigue la numeración de la Vulgata. Las diferencias tienen causas diversas: los números se copiaban a mano, a veces abreviados, y eran fáciles de confundir; otras veces un autor explica o redondea. Algunas se compensan: 3.300 + 550 y 3.600 + 250 suman lo mismo, 3.850. Torres Amat armoniza otras en sus notas (3,15; 4,5). Ninguna toca lo que el texto enseña: «la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (Dei Verbum, n. 11).

PAUSA

1. Los sacerdotes se lavaban antes de servir. ¿Qué necesita ser purificado en ti antes de acercarte a Dios?
2. Diez candeleros alumbraban el santuario. ¿A quién puedes llevar tú un poco de luz esta semana (Mt 5,14-16)?

Para orar. *Lávame, Señor, de mi culpa, y haz de mi vida una lámpara que arda ante ti.*

5

El arca entra en el templo

El templo está terminado, y el arca entra en él. El capítulo tiene dos partes: el traslado del arca desde la ciudad de David hasta el lugar santísimo (vv. 1-10) y la gran alabanza de sacerdotes y levitas, durante la cual la nube de la gloria llena la casa (vv. 11-14). Sigue casi a la letra 1 Re 7,51 – 8,11, con dos retoques del Cronista: los levitas llevan el arca, y un largo añadido (vv. 11-13) pone en el centro de la escena a los cantores y su estribillo, «porque es eterna su misericordia». La Iglesia lee esta página en la dedicación de sus iglesias.

El arca sube al templo

1 Salomón, pues, hizo traer y guardar en los tesoros de la
casa de Dios todo lo que su padre David había ofrecido [1]:
la plata y el oro y todos los vasos. 2 Después de esto convo-
có a los ancianos de Israel, y a todos los príncipes de las tri-
bus, y cabezas de familia de los hijos de Israel, en Jerusa-
lén, para trasladar el arca del Testamento del Señor desde
la ciudad de David, por otro nombre Sión [2]. 3 Vinieron,
pues, al rey, todos los varones de Israel el día solemne del
mes séptimo [3].

4 Y estando juntos todos los ancianos de Israel, llevaron el
arca los levitas [4], 5 y la introdujeron en el templo con todo
el aparato del Tabernáculo. Los vasos del santuario que
había en el Tabernáculo los llevaron los sacerdotes con los
levitas [5]. 6 Entretanto el rey Salomón y toda la congrega-
ción de Israel, y todos los que se habían reunido delante
del arca, sacrificaban carneros y bueyes sin número [6]; tan
grande era la multitud de las víctimas.

7 En fin, los sacerdotes metieron el arca del Testamento del
Señor en su lugar [7], esto es, en el oráculo del templo, en el
lugar santísimo bajo las alas de los querubines. 8 De tal
suerte, que los querubines tenían extendidas sus alas so-
bre el lugar en que descansaba el arca, y cubrían la misma
arca y sus varas; 9 aunque como las varas, con que se lleva-
ba el arca, eran algo más largas, se descubrían sus remates
delante del oráculo; aunque el que estuviese un poco afue-
ra, ya no podía verlas. Así quedó el arca allí, hasta el día de
hoy [8]. 10 No había otra cosa en el arca sino las dos tablas [9]
puestas por Moisés en Horeb, cuando el Señor dio la ley a
los hijos de Israel, después que salieron de Egipto.

La alabanza y la nube

11 Salidos del santuario los sacerdotes (pues todos los sacer-
dotes que pudieron hallarse allí, se santificaron [10]; no es-
tando entonces hecho o puesto en práctica el repartimien-
to entre ellos de los turnos y orden de sus funciones),

12 tanto los levitas como los cantores, esto es, los que estaban a las órdenes de Asaf, y los que estaban a las de Emán, y los que estaban a las de Iditún, sus hijos y hermanos, vestidos de lino finísimo [11], tañían címbalos, y salterios y cítaras, puestos en pie a la parte oriental del altar, y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban sus trompetas o clarines [12]. 13 Así, pues, formando todos un concierto con el canto y el sonido de las trompetas, y címbalos, y órganos [13], y toda especie de instrumentos músicos, y alzando en alto la voz, se percibía el sonido a lo lejos. Y sucedió que cuando hubieron comenzado a cantar y decir: Alabad al Señor, porque es bueno; porque es eterna su misericordia [14]; la casa de Dios se llenó de una nube, 14 de suerte que los sacerdotes no podían estar allí, ni ejercer sus funciones [15], a causa de la densa niebla. Porque la gloria del Señor había llenado la casa de Dios.

¿Sabías que?

El estribillo que hizo bajar la nube, «porque es eterna su misericordia», se repite veintiséis veces en el Salmo 136, el 135 en Torres Amat. El Talmud discute dónde empieza y dónde acaba «el Gran Hallel», que la opinión más común identifica con este salmo, y lo menciona en la cena de Pascua, sobre la cuarta copa. Un maestro explicó el nombre: es grande porque celebra al Dios que «da el alimento a toda carne» (Sal 136,25). Otro relacionó las veintiséis repeticiones con las veintiséis generaciones que vivieron antes del Sinaí sin haber recibido la Ley, sostenidas solo por la misericordia de Dios (Pesajim 118a).

PAUSA

1. La nube llenó la casa cuando todos cantaban «como uno solo». ¿Qué lugar tiene la alabanza en tu oración y en la de tu comunidad?
2. En el arca solo estaban las tablas de la Ley. ¿Qué palabra de Dios guardas tú en el centro de tu vida?

Para orar. *Señor, porque eres bueno y es eterna tu misericordia, llena con tu presencia nuestras casas y nuestros corazones.*

6

La oración de Salomón

Es el capítulo de la gran oración. Tiene cuatro partes: las palabras de Salomón ante la nube y su discurso al pueblo sobre la promesa a David (vv. 1-11); la oración por la dinastía y por la casa (vv. 12-21); siete súplicas para los casos en que Israel acudirá al templo (vv. 22-39), y una conclusión propia (vv. 40-42). El texto sigue casi palabra por palabra 1 Re 8,12-50, donde están comentados el discurso y las súplicas; las notas se detienen en lo que el Cronista cambia: la plataforma de bronce, la pregunta de si Dios habitará «con los hombres» y un final tomado del Salmo 132.

Salomón habla al pueblo

1 Entonces Salomón dijo: El Señor ha prometido que pondría su mansión en la niebla u oscuridad [1]; 2 y yo he erigido una casa a su Nombre, para que habite en ella perpetuamente [2].

3 Luego volviéndose el rey hacia toda la multitud de Israel (pues toda la gente estaba en pie, atenta) la bendijo, y habló así: 4 Bendito sea el Señor Dios de Israel, que ha llevado a efecto la promesa que hizo a David, mi padre, cuando le dijo: 5 Desde el día en que saqué a mi pueblo de la tierra de Egipto, no me escogí de todas las tribus de Israel ninguna

ciudad, donde se edificara una casa a mi Nombre; ni elegí
tampoco ningún otro hombre, para que gobernase
establemente [3] a mi pueblo de Israel; [6] sino que escogí a
Jerusalén para que se invoque en ella mi Nombre [4], y ele-
gí a David para constituirle rey de mi pueblo de Israel.

[7] Y como mi padre David desease edificar una casa al Nom-
bre del Señor Dios de Israel, [8] le dijo el Señor: En haber tú
tenido esa voluntad de edificar casa en mi Nombre, cierta-
mente has hecho bien; ha sido bueno tu deseo [5]. [9] Mas no
serás tú el que construirás esa casa; sino que ha de ser tu
hijo nacido de ti, quien ha de edificar la casa en mi Nom-
bre. [10] El Señor, pues, ha cumplido la palabra que había
dado [6], y yo he venido a suceder a mi padre David, y me
he sentado en el trono de Israel, como lo dijo el Señor; y
edificado la casa al Nombre del Señor Dios de Israel, [11] y co-
locado en ella el arca, dentro de la cual está el pacto que
hizo el Señor con los hijos de Israel [7].

La oración por la casa de David y por la casa de Dios

[12] Dicho esto, se puso en pie Salomón delante del altar del
Señor, a vista de todo el concurso de Israel, y extendió sus
manos. [13] (Es de advertir que Salomón había hecho una
peana o estrado de bronce [8], de cinco codos de largo, cin-
co de ancho y tres de alto, la cual había hecho colocar en
medio del atrio grande del templo, y estaba en pie sobre

ella). Y arrodillándose después en presencia de todo el
concurso de Israel [9], y alzando las manos al cielo,

[14] habló de esta manera: Señor Dios de Israel, no hay Dios
semejante a ti, ni en el cielo ni en la tierra; a ti que guardas
el pacto y usas de misericordia con tus siervos, con los que
siguen de todo su corazón tus caminos. [15] Tú que has cum-
plido todas las promesas que habías hecho a tu siervo Da-
vid, mi padre; pues lo que de palabra le ofreciste, lo has
puesto por obra, como se demuestra hoy día. [16] Cumple
también ahora, oh Señor Dios de Israel, todo aquello que
anunciaste a mi padre David, tu siervo, diciendo: No falta-
rá de tu linaje quien se siente en mi presencia sobre el
trono de Israel; con tal que tus hijos velen sobre sus accio-
nes, caminando según mi ley [10], como tú has andado de-
lante de mí. [17] Ahora bien, oh Señor Dios de Israel, sea con-
firmada tu palabra, dada por ti a David, siervo tuyo.

[18] Pero, ¿y es realmente creíble que Dios habite con los
hombres sobre la tierra [11]? Si el cielo, si los cielos de los
cielos no pueden abarcarte [12], ¿cuánto menos esta casa
que yo he edificado? [19] Verdad es que ella solamente se ha
hecho para que tú, Señor Dios mío, atiendas a la oración y
súplicas de tu siervo, y escuches los ruegos que expone tu
siervo ante tu presencia; [20] para que tengas abiertos los
ojos de día y de noche sobre esta casa, sobre este lugar en
que has prometido que sería invocado tu Nombre, [21] y

otorgarías la petición hecha aquí por tu siervo, y despacharías las súplicas de tu siervo y de Israel, pueblo tuyo. A todo aquel que orare en este lugar, escúchale desde tu morada, esto es, desde los cielos [13], y muéstratele propicio.

Las súplicas

[22] Si alguno pecare contra su prójimo, y viniere dispuesto a jurar contra él, y se obligare con maldición delante del altar de esta casa, [23] tú lo escucharás desde el cielo, y harás justicia a tus siervos haciendo caer sobre la cabeza del inicuo su misma iniquidad, y vengando al justo y remunerándole según su justicia.

[24] Si tu pueblo de Israel fuere vencido por sus enemigos (porque pecará algún día contra ti), y convertido hiciere penitencia invocando tu Nombre y pidiendo perdón en este lugar, [25] tú lo escucharás desde el cielo y perdonarás el pecado de tu pueblo de Israel; y lo volverás a la tierra que le diste a él y a sus padres.

[26] Si cerrado el cielo, faltare la lluvia por causa de los pecados del pueblo, y te suplicaren en este lugar, y dando glorias a tu Nombre se convirtieren de sus pecados cuando los hayas afligido, [27] escúchalos, oh Señor, desde el cielo, y perdona los pecados de tus siervos y de Israel, pueblo tuyo, y enséñales el buen camino que han de seguir, y envía la lluvia a la tierra cuya posesión diste a tu pueblo.

28 Si sobreviniere hambre en el país, o peste, o tizón, o
pulgón [14], o langosta, u oruga; si los enemigos, después de
haber talado los campos, tuvieren sitiada la ciudad; o en
cualquier otro azote o enfermedad que los apure,
29 cualquiera de tu pueblo de Israel que, considerando sus
plagas y enfermedades te rogare, y alzare a ti sus manos en
esta casa, 30 tú lo oirás desde el cielo, desde esa tu excelsa
morada, y le serás propicio, remunerando a cada uno se-
gún sus procederes, y conforme a lo que descubras en su
corazón (pues sólo tú conoces los corazones de los hom-
bres), 31 a fin de que te teman, y sigan tus caminos todo el
tiempo que vivieren sobre la tierra, dada por ti a nuestros
padres.

32 Aun al extranjero que no es de tu pueblo de Israel [15], si
viniere de lejanas tierras, atraído de tu Nombre grande, y
de tu poderosa mano y de tu brazo fuerte, y te adorase en
este lugar, 33 tú lo oirás desde el cielo, firmísima morada
tuya, y otorgarás todas las cosas que te pidiere aquel foras-
tero; a fin de que tu Nombre sea conocido de todos los pue-
blos de la tierra, y te teman éstos, como hace tu pueblo de
Israel, y conozcan que tu Nombre es invocado en esta casa
que yo he edificado.

34 Si saliendo tu pueblo a campaña contra sus enemigos, y
andando por el camino por donde tú le hayas enviado, te
adorare vuelto hacia este sitio, en que se halla esta ciudad

por ti elegida, y la casa que he edificado a tu Nombre, 35 tú
oirás desde el cielo sus plegarias y ruegos, y lo vengarás de
sus enemigos [16].

36 Que si los hijos de tu pueblo pecaren contra ti (pues no
hay hombre que no peque), y enojado tú contra ellos los
entregares en manos de los enemigos, los cuales los llevaren cautivos lejos o cerca; 37 y en el país a donde fueren llevados cautivos, se convirtieren de corazón e hicieren penitencia, y en la tierra de su cautiverio te pidieren perdón, diciendo: Pecamos: procedido hemos inicuamente; injustamente hemos obrado [17]; 38 y convertidos a ti de todo su corazón y con toda su alma, en el país de su cautividad a que fueron llevados te adoraren vueltos hacia el camino de su tierra, que diste a sus padres, y a la ciudad que tú escogiste, y a la casa que he construido a tu Nombre: 39 tú oirás desde el cielo, desde esa firmísima morada, sus súplicas, y harás su causa, y perdonarás a tu pueblo aunque pecador.

«Levántate, Señor, a tu reposo»

40 Puesto que tú eres mi Dios, te suplico que tengas abiertos tus ojos, y atentos tus oídos [18] a las oraciones que se harán en este lugar. 41 Ahora, pues, levántate, oh Señor mi Dios, y ven al lugar fijo de tu morada [19]: Tú y el arca por medio de la cual ostentas tu poderío. Experimenten tu socorro y protección, oh Señor Dios, tus sacerdotes, y gocen

los santos con alegría tus beneficios. [42] ¡Oh Señor Dios! no apartes tu rostro de este ungido tuyo; acuérdate de las misericordias o piedad de David [20], siervo tuyo.

¿Sabías que?

El Salmo 132 es uno de los quince «cantos de las subidas» (Sal 120 – 134), que cantaban los peregrinos al subir a Jerusalén. La Misná cuenta que en el templo había quince gradas entre el atrio de las mujeres y el de Israel, «que corresponden a los quince cantos de las subidas», y que en ellas cantaban los levitas con sus instrumentos en la fiesta de los Tabernáculos (Sucá 5,4). Un apócrifo latino posterior, el *Evangelio del Pseudo Mateo*, cuenta que María, a los tres años, subió sola y sin mirar atrás las quince gradas del templo (cap. 4). Tiziano pintó la escena entre 1534 y 1538 para la Escuela de la Caridad de Venecia, hoy parte de las Galerías de la Academia, donde todavía se conserva.

PARA PROFUNDIZAR

«Acuérdate de las misericordias de David»: el templo y el ungido

La gran oración de la dedicación está en 1 Re 8, y sus ensayos («¿Habitará Dios en la tierra?» y «Casa de oración para todos los pueblos», en el capítulo 8 de 1 Reyes) la comentan entera. Las Crónicas la copian casi palabra por palabra, pero con retoques que dicen mucho: Salomón ora en pie y de rodillas sobre una plataforma de bronce en medio del atrio (6,13); se pregunta si Dios habitará «con los hombres» sobre la tierra (6,18); pide que los hi-

jos de David caminen «en mi ley», y no solo «delante de mí» (6,16). Y, sobre todo, la oración termina de otro modo.

En Reyes, Salomón concluye recordando el éxodo: Israel es la heredad de Dios, el pueblo que sacó de Egipto (1 Re 8,51-53). El Cronista sustituye esa conclusión por el Salmo 132,8-10, el 131 en Torres Amat: «Levántate, oh Señor mi Dios, y ven al lugar fijo de tu morada... no apartes tu rostro de este ungido tuyo; acuérdate de las misericordias o piedad de David, siervo tuyo» (6,41-42). El salmo recuerda dos juramentos. David juró no dormir hasta encontrar un lugar para el arca del Señor (Sal 132,1-5); el Señor juró a David que pondría en su trono a un hijo suyo (Sal 132,11-12). Son las dos casas de la profecía de Natán: David quiso edificar una casa a Dios, y Dios prometió edificar a David una casa, una dinastía (2 Sam 7; 1 Cr 17; ver los ensayos «Una casa para David» y «El Hijo de David», en el capítulo 7 de 2 Samuel). Salomón acaba de recordar al pueblo ese doble juramento (6,4-11.15-17), y ahora lo pone en manos de Dios: la casa de piedra está terminada; que no falte la otra.

«Las misericordias de David» pueden ser las que Dios le prometió, como en Is 55,3: «haré con vosotros una alianza eterna, las misericordias firmes de David»; o los actos de piedad de David, sus desvelos por el arca (Sal 132,1), como las buenas obras de Ezequías y de Josías, que el Cronista designa con la misma palabra hebrea (32,32; 35,26). Torres Amat, con su glosa «misericordias o piedad», deja abiertas las dos lecturas, y quizá el Cronista quería las dos: la fidelidad de Dios y la de David se responden.

Pero cuando el Cronista escribía no había rey en Jerusalén. ¿Por qué terminar la oración pidiendo por «este ungido»? Los estudiosos no se ponen de acuerdo. Unos, como Wilhelm Rudolph, pensaban que el Cronista veía cumplida la promesa en el templo y en la comunidad que lo servía, sin esperar ya un nuevo rey; otros, como H. G. M. Williamson, que mantenía viva la esperanza en la casa de David, cuyos descendientes enumera con cuidado hasta su propio tiempo (1 Cr 3,17-24). Quizá no haya que elegir: al poner a David donde Reyes ponía el éxodo, el Cronista ofrecía a un pueblo sin rey dos anclas, el templo y una promesa todavía abierta (ver el ensayo del capítulo 17 de 1 Crónicas).

El Nuevo Testamento da a esa promesa un nombre. «Ungido» es en hebreo mashíaj, Mesías, y en griego christós; la Vulgata traduce aquí «faciem christi tui», «el rostro de tu cristo». El Catecismo recuerda que en Israel eran ungidos los reyes, los sacerdotes y a veces los profetas, y que Jesús cumple perfectamente la misión que esa palabra significa (n. 436). San Pablo, en Antioquía de Pisidia, cita Is 55,3 para anunciar la resurrección: Dios ha dado a Jesús «las cosas santas de David, las fieles» (Hch 13,34). Y san Agustín leía el salmo en esa clave: el «Levántate, Señor, a tu reposo» se dice al que durmió en la muerte y resucitó, y el arca que se levanta con él es la Iglesia o, según otros, el cuerpo que tomó de María (*Enarraciones sobre los Salmos* 131,8; ver el ensayo «El arca de la alianza y la Virgen María», en el capítulo 26 del Éxodo).

La Iglesia reza todavía este salmo en las vísperas del jueves de la tercera semana. Para el cristiano, el ungido por quien se pide es Cristo, y la oración que Salomón hacía en atención a David se hace ahora en su nombre: «lo que pidáis al Padre en mi nombre,

os lo dará» (Jn 16,23). Y la pregunta de 6,18, «¿es realmente creíble que Dios habite con los hombres sobre la tierra?», tiene ya su respuesta: «He aquí la morada de Dios con los hombres» (Ap 21,3).

PAUSA

1. Salomón ora en pie, y después de rodillas ante todo el pueblo. ¿Qué expresa tu cuerpo cuando rezas, y qué podría expresar?
2. «¿Habitará Dios con los hombres?». ¿Dónde has sentido que Dios estaba cerca de ti: en tu casa, en tu trabajo, en tu familia?
3. Salomón pide ser escuchado en atención a David. ¿Pides tú las cosas al Padre en el nombre de Jesús?

Para orar. *Señor, no apartes tu rostro de nosotros; acuérdate de tu Ungido y escúchanos por él.*

7

El fuego, la gloria y la promesa

Salomón termina su oración y Dios responde dos veces. Primero con signos: el fuego que baja del cielo sobre el altar y la gloria que llena la casa, mientras el pueblo, postrado, canta «porque es eterna su misericordia» (vv. 1-3). Siguen catorce días de fiesta, la dedicación y los Tabernáculos (vv. 4-11). Después, de noche, con palabras (vv. 12-22): el Cronista copia la respuesta de 1 Re 9,1-9, pero le añade tres versículos propios (vv. 13-15) con la promesa que resume su libro: si el pueblo se humilla, ora, busca el rostro de Dios y se convierte, Dios escuchará desde el cielo, perdonará y sanará su tierra (v. 14).

El fuego y la gloria

1 Luego que Salomón acabó de hacer sus fervorosas plegarias [1], bajó del cielo fuego que devoró los holocaustos y las víctimas [2]; y la majestad del Señor llenó toda la
2 casa. Ni podían los sacerdotes entrar dentro del templo del Señor por cuanto la majestad del Señor había llenado
3 su templo [3]. Asimismo todos los hijos de Israel estaban viendo bajar el fuego y la gloria del Señor sobre la casa, y postrándose rostro por tierra sobre el pavimento enlosado [4], adoraron y bendijeron al Señor, repitiendo: Porque es bueno y porque es eterna su misericordia [5].

Catorce días de fiesta

4 Entretanto el rey y todo el pueblo inmolaron víctimas de-
lante del Señor. 5 El rey Salomón ofreció en sacrificio veinti-
dós mil bueyes, y ciento veinte mil carneros [6]; de esta
manera celebró el rey con todo el pueblo la dedicación de
la casa de Dios. 6 Al mismo tiempo atendían los sacerdotes
a sus ministerios, y los levitas, al son de sus instrumentos,
cantaban los salmos que había compuesto el rey David [7]
para alabar al Señor, repitiendo: Porque es eterna su mise-
ricordia. Cantaban éstos los himnos de David al son de sus
instrumentos; y los sacerdotes enfrente de ellos, sonaban
las trompetas, y todo Israel estaba en pie. 7 Santificó tam-
bién Salomón el medio del atrio de los sacerdotes [8], frente
del templo del Señor; porque había ofrecido allí holocaus-
tos, y la grasa de las víctimas pacíficas; por cuanto el altar
de bronce que había hecho, no podía ser suficiente para
tantos holocaustos, y sacrificios y grasa de las víctimas pa-
cíficas.

8 Concluida esta fiesta [9], celebró Salomón entonces por
otros siete días la fiesta solemne de los Tabernáculos, y
con él todo Israel, congregado en grandísimo número,
desde la entrada de Emat hasta el arroyo de Egipto [10]. 9 El
día octavo hizo la fiesta de la asamblea o reunión
solemne [11], por haber hecho durante siete días la dedica-
ción del altar [12], y celebrado por otros siete días la solem-

nidad de los Tabernáculos. 10 En fin, el día veintitrés del
mes séptimo envió a sus casas todas las gentes, alegres y
llenas de júbilo [13] por los beneficios que el Señor había he-
cho a David y Salomón y a su pueblo de Israel. 11 Así acabó
Salomón el templo del Señor, y el palacio real, y cuantas
cosas se había propuesto en su corazón hacer en la casa del
Señor y en su propia casa; y fue feliz [14].

La respuesta de Dios

12 Se le apareció después el Señor de noche por segunda
vez [15], y le dijo: He oído tu oración, y me he escogido este
lugar, para casa de sacrificio y oración [16]. 13 Si cerrare yo el
cielo y no lloviere [17], si mandare y diere orden a la langos-
ta que devorare la tierra, si enviare la peste a mi pueblo;
14 y mi pueblo, sobre el cual ha sido invocado mi
Nombre [18], convertido me pidiere perdón [19], y procurare
aplacarme, haciendo penitencia de su mala vida; yo tam-
bién desde el cielo lo escucharé y perdonaré sus pecados, y
libraré de los males su país [20]. 15 Y mis ojos estarán abier-
tos, y atentos mis oídos a la oración del que me invocare
en este lugar. 16 Porque este lugar lo he escogido yo y
santificado [21], para que mi Nombre sea invocado en él
para siempre, y están fijos sobre él mis ojos y mi corazón
en todo tiempo.

17 Tú también, si anduvieres en mi presencia, como andu-
vo David, tu padre, y practicares en todo y por todo lo que

yo te he ordenado, y observares mis mandamientos y leyes, 18 yo afirmaré el trono de tu reino, como se lo prometí
a David tu padre, diciendo: No faltará jamás quien de tu linaje tenga el reino de Israel 22 .

19 Mas si me volviereis las espaldas 23 y abandonareis mis
mandamientos y mis preceptos que os he intimado, y fuereis a servir a dioses ajenos, y los adorareis, 20 os arrancaré
de esa tierra mía que os di; y ese templo, que he consagrado a mi Nombre, lo arrojaré de mi presencia, y haré que
sirva de fábula y de escarmiento a todas las gentes. 21 Y será esta casa el escarnio de todos los caminantes; los cuales dirán asombrados: ¿Por qué motivo ha tratado así el
Señor a este país y a esta casa? 24 22 Y les responderán: Porque abandonaron al Señor Dios de sus padres, que los sacó
de la tierra de Egipto, y han abrazado dioses ajenos, y los
han adorado y rendido culto; por eso han caído sobre ellos
todas estas calamidades.

¿Sabías que?

El Talmud conserva un recuerdo de este fuego. Según una enseñanza antigua, el fuego del altar «se agazapaba sobre la leña como un león»; un sacerdote del segundo templo, rabí Janiná, decía haberlo visto agazapado «como un perro», y el Talmud explica que el león era el fuego del primer templo, y el perro, el del segundo. Otra tradición enumera cinco cosas que tuvo el templo de Salomón y no el segundo: el arca con el propiciatorio y los querubines, el fuego, la presencia divina, el espíritu santo y los urim y tumim (Yomá 21b). Los lectores de las Crónicas daban culto en ese segundo templo, más pobre, y el Cronista les recordaba de dónde venía su fuego.

Humillarse, orar, buscar, convertirse: la promesa de 7,14

Quién	Qué hace	Qué responde Dios
Roboam	Se humilla con sus príncipes (12,6)	«No los acabaré» (12,7)
Asá	Busca al Señor con Judá (15,12-15)	Paz con sus vecinos (15,15)
Asá enfermo	No recurre al Señor (16,12)	Muere (16,13)
Josafat	Suplica y ayuna con Judá (20,3-4)	El combate es suyo (20,15)
Ozías	Se engríe su corazón (26,16)	La lepra (26,19)
Los del norte	Algunos se humillan y vienen (30,11)	No aparta su rostro (30,9)
Ezequías	Ora por los impuros (30,18-19)	Sana al pueblo (30,20, hebreo)
Ezequías	Se humilla de su soberbia (32,26)	La ira no llega en sus días
Manasés	Se humilla y ora en el destierro (33,12)	Lo oye y lo devuelve (33,13)
Amón	No se humilla (33,23)	Lo matan sus criados (33,24)
Josías	Se humilla y llora (34,27)	«Yo también te he oído»
Sedecías	No se humilla ante Jeremías (36,12)	El destierro (36,17-20)

Los verbos hebreos son kaná (humillarse), darash y biqqesh (buscar) y shuv (convertirse). Torres Amat, con la Vulgata, traduce kaná de varios modos: «convertido» (7,14), «consternados» (12,6), «arrepentimiento» (33,12), «respetó» (36,12). «Todo el que se humilla será ensalzado» (Lc 18,14).

PARA PROFUNDIZAR

«Si mi pueblo se humilla»: la promesa de 2 *Crónicas* 7,14

Cuando Salomón termina su oración, Dios le responde dos veces: con el fuego que baja sobre el altar (7,1) y, de noche, con palabras (7,12-22). Esa respuesta nocturna está en 1 Re 9,1-9; el Cronista la copia, pero le inserta tres versículos que no están en Reyes (7,13-15). En ellos Dios responde a las súplicas de la dedicación por la sequía, la langosta y la peste (6,26-31) y formula una regla para todas las crisis del pueblo: si mi pueblo se humillare, y orare, y buscare mi rostro, y se convirtiere de sus malos caminos, yo escucharé desde el cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. Es el versículo que resume el libro.

En hebreo son cuatro verbos del pueblo y tres de Dios. El primero, kaná, significa doblegarse, hacerse pequeño: reconocer delante de Dios la propia culpa. La traducción griega lo entendió como «avergonzarse», y la Vulgata Clementina tradujo conversus, de donde viene el «convertido» de Torres Amat; la Neovulgata ha vuelto al sentido del hebreo, humiliatus. Después vienen la oración, la búsqueda del rostro de Dios, que es buscar su presencia y su favor (Sal 27,8; 105,4), y el abandono de los malos caminos, con el lenguaje de los profetas (Jr 18,11; Jon 3,8-10). El orden es elocuente: todo empieza por la humildad. «La humildad es la base de la oración», enseña el Catecismo (n. 2559; Lc 18,9-14). A esos cuatro movimientos del hombre responden tres de Dios: escuchar, perdonar y sanar.

El resto del libro pone a prueba la promesa rey tras rey (ver el cuadro al final del capítulo). Roboam y sus príncipes se humillan ante la invasión de Sesac, y Dios dice: «no los acabaré» (12,6-7.12). Ezequías se humilla de su orgullo, y la ira no llega en sus días (32,26). Manasés, el peor de los reyes, se humilla en el destierro, ora, y Dios lo escucha (33,12-13). Josías se humilla al oír el libro de la ley, y el Señor le dice: «yo también te he oído» (34,27). Cuando Ezequías ora por los que comieron la Pascua sin estar purificados, el Señor «sanó al pueblo», con el verbo de 7,14 (30,20). Del otro lado quedan los que no se humillaron: Amón (33,23) y Sedecías, que no se humilló ante el profeta Jeremías (36,12).

El ensayo del capítulo 10 de 1 Crónicas presenta la «retribución» del Cronista: cada generación recibe dentro de su propia vida el fruto de su fidelidad o de su infidelidad (Ez 18). Este versículo muestra su intención más honda: no una condena automática, sino una puerta siempre abierta. Ninguna generación está perdida de antemano, y ni siquiera la amenaza que sigue, el destierro y la ruina del templo (7,19-22), es la última palabra: el libro termina con un Dios que enviaba profetas «pues quería perdonar a su pueblo» (36,15) y con el edicto de Ciro. Tampoco es un trato comercial, como si cuatro gestos compraran el favor de Dios: la conversión es «primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones» (Catecismo, n. 1432).

La Iglesia ha hecho suyo este lenguaje. La conversión que piden los profetas no mira en primer lugar a las obras exteriores, sino a «la conversión del corazón, la penitencia interior» (n. 1430), «una reorientación radical de toda la vida» (n. 1431); el miércoles de Ceniza se proclama la llamada de Joel a volver al Señor de todo

corazón (Jl 2,12-13). El hijo pródigo recorre los pasos de 7,14: vuelve en sí, se pone en camino, pide perdón y busca el rostro de su padre (Lc 15,17-20). Y la petición de perdón es «el primer movimiento de la oración de petición»: por eso la Eucaristía y la oración personal comienzan con ella (n. 2631).

En algunos países, como los Estados Unidos, este versículo se cita a menudo en jornadas nacionales de oración y arrepentimiento. El texto habla de «mi pueblo, sobre el cual ha sido invocado mi Nombre», el pueblo de la alianza, que para el cristiano es la Iglesia, sobre la que se invoca el Nombre en el bautismo (Sant 2,7; 1 Pe 2,9-10): la conversión empieza por casa. El «lugar» donde Dios escucha (7,15) es ahora Cristo, el templo verdadero (Jn 2,19-21), y la Iglesia canta en la dedicación de cada templo que Dios lo ha escogido y santificado «para que mi Nombre sea invocado en él para siempre» (7,16).

PAUSA

1. El pueblo entero se postró al ver la gloria de Dios. ¿Cuándo fue la última vez que adoraste de verdad, sin pedir nada?
2. Dios pone en primer lugar «humillarse». ¿Qué te cuesta más reconocer ante él?
3. «Sanaré su tierra.» ¿Qué parte de tu vida, de tu familia o de tu país necesita hoy la curación de Dios?

Para orar. *Señor, que me humille, ore, busque tu rostro y me convierta, y escucha tú desde el cielo, perdona y sana.*

8

Las obras de Salomón y el culto de cada día

Pasados veinte años, el Cronista resume el resto del reinado siguiendo 1 Re 9,10-28, con cambios significativos: Hiram da ciudades a Salomón, y no al revés (v. 2); Salomón hace su única campaña militar, en Emat (v. 3); el traslado de la hija del faraón tiene una razón religiosa (v. 11). Sobre todo, donde Reyes dice en un versículo que Salomón ofrecía sacrificios tres veces al año, el Cronista describe el orden completo del culto según Moisés y según David (vv. 12-16): la obra de Salomón culmina en el servicio diario del templo. Cierra la noticia de la flota de Ofir (vv. 17-18).

Ciudades, fortalezas y tributarios

[1] Pasados ya veinte años [1] después que Salomón edificó la
casa del Señor, y la suya propia, [2] restauró las ciudades que
Hiram le había dado o vuelto [2], e hizo que las habitasen
los hijos de Israel. [3] Marchó también a Emat de Suba, y se
apoderó de ella [3]; [4] y reedificó a Palmira en el desierto [4], y
en el país de Emat otras ciudades muy fuertes. [5] Restauró
asimismo a Bet-Horón la de arriba y a Bet-Horón de
abajo [5], ciudades muradas y con puertas, barras y cerra-
duras; [6] como también a Balaat y a todas las ciudades
fortísimas [6] que tenía Salomón, y todas las ciudades de
los carros de guerra y las de la caballería. Ejecutó Salomón

todo cuanto quiso e ideó, así en Jerusalén, como en el Líbano, y en todo el país de su dominio.

7 A toda la gente que había quedado de los heteos, y amorreos, y ferezeos, y heveos, y jebuseos, los cuales no eran del linaje de Israel; esto es, 8 a los hijos y descendientes de aquellos a quienes los israelitas habían salvado la vida, Salomón los hizo tributarios o siervos [7], hasta el día de hoy. 9 Mas no echó mano de los hijos de Israel para trabajar en las obras del rey; porque éstos servían en la milicia, y de ellos eran los primeros oficiales, y los comandantes de los carros armados, y de la caballería. 10 Todos los jefes del ejército del rey Salomón eran doscientos cincuenta; los cuales adiestraban al pueblo [8].

El orden del culto

11 A la hija del faraón la mudó de la ciudad de David a la casa que edificó para ella. Porque dijo el rey: No habitará mi mujer en la casa de David, rey de Israel; pues quedó esta casa santificada, por haberse hospedado en ella el arca del Señor [9]. 12 Entonces Salomón ofreció al Señor holocaustos sobre el altar del Señor, que había erigido delante del pórtico; 13 con el fin de que se sacrificase en él, según el mandamiento de Moisés, todos los días, en los sábados, en las neomenias [10], y en las tres festividades del año, esto es, en la solemnidad de los Azimos, y en la solemnidad de

las Semanas o de Pentecostés, y en la solemnidad de los Tabernáculos.

14 Distribuyó también, según las disposiciones de su padre
David, las funciones de los sacerdotes en sus ministerios; y
estableció el orden que debían guardar los levitas respecto
al canto y al cumplimiento de sus oficios delante de los sa-
cerdotes, según el rito de cada día; y el repartimiento de
los porteros en cada una de las puertas; porque así lo había
ordenado David, varón de Dios [11]. 15 Y tanto los sacerdotes
como los levitas observaron puntualmente todas cuantas
órdenes les dio el rey sobre esto, y sobre la custodia de los
tesoros. 16 Salomón tuvo prevenidos todos los gastos [12],
desde el día en que echó los cimientos de la casa del Señor,
hasta el día en que la acabó.

La flota de Ofir

17 Entonces fue Salomón a Asiongaber y a Ailat, a la ribera
del mar Rojo, que pertenece a Idumea [13]; 18 a donde el rey
Hiram le remitió por medio de sus siervos, naves y mari-
neros prácticos del mar, que fueron con la gente de Salo-
món a Ofir, y trajeron de allí cuatrocientos cincuenta ta-
lentos de oro [14] al rey Salomón.

¿Sabías que?

En la fachada de la basílica de El Escorial, seis estatuas de reyes de Judá dan nombre al Patio de los Reyes. Son los reyes que tuvieron que ver con el templo de Jerusalén, casi todos según las Crónicas: en el centro, David y Salomón; a los lados, Josafat, Ezequías, Josías y Manasés. Las breves inscripciones latinas de los pedestales, que suelen atribuirse al humanista Benito Arias Montano, resumen la obra de cada uno: David recibió del Señor el modelo de la obra (1 Cr 28,19); Salomón dedicó el templo que había edificado; Josías halló el libro de la ley; Manasés, de vuelta del cautiverio, restauró el altar del Señor (2 Cr 33,16). Las estatuas son obra de Juan Bautista Monegro, de finales del siglo XVI.

PAUSA

1. El Cronista resume veinte años de reinado y se detiene en el culto de cada día. ¿Qué lugar ocupa la oración diaria en tu agenda?
2. Salomón ordenó el culto según Moisés y según David. ¿Qué has recibido de la fe de los que te precedieron, y cómo lo cuidas?
3. Los tributarios cargaron con las obras de otros. ¿Quién sostiene con su trabajo, sin que lo veas, tu comodidad?

Para orar. *Señor, que cada uno de mis días, mis domingos y mis fiestas te pertenezcan, como el culto de tu casa.*

9

La reina de Saba y la gloria de Salomón

El capítulo copia casi palabra por palabra 1 Re 10 y el final de 1 Re 11: la visita de la reina de Saba, que pone a prueba a Salomón y bendice a su Dios (vv. 1-12), el inventario de sus riquezas (vv. 13-28) y la noticia de su muerte (vv. 29-31). Lo más llamativo es lo que falta: entre la gloria y la muerte, el Cronista omite todo 1 Re 11,1-40, las mujeres extranjeras, la idolatría, los adversarios y la profecía de Ahías. Su Salomón termina como empezó, sabio y bendecido. Las notas se detienen en las diferencias con 1 Reyes.

La visita de la reina de Saba

[1] Habiendo oído la reina de Saba la fama de Salomón [1],
vino a Jerusalén a fin de hacer prueba de él por medio de
preguntas difíciles y enigmáticas, trayendo consigo gran-
des riquezas, y camellos cargados de aromas, y muchísimo
oro y piedras preciosas. Y llegada que fue a la presencia de
Salomón, le propuso todas cuantas dificultades tenía en su
corazón. [2] Mas Salomón le descifró todas las cosas que le
propuso; ni hubo punto que no se lo declarase. [3] Habiendo,
pues, ella visto la sabiduría de Salomón, y la casa que ha-
bía construido; [4] y la manera con que era servida su mesa,
y las habitaciones de sus cortesanos, y las diferentes clases

de los que le servían y la magnificencia de sus vestidos, y los coperos con sus ricos trajes, y las víctimas que se inmolaban en el templo del Señor [2], quedó atónita y como fuera de sí;

[5] y dijo al rey: Verdadera es la fama que yo había oído en mi tierra de tus virtudes y de tu sabiduría. [6] Yo no acababa de creer a los que lo contaban, hasta tanto que yo misma he venido, y visto con mis propios ojos y palpado con mis manos [3], que apenas se me había dicho la mitad de tu sabiduría; tus virtudes exceden a lo que de ti publica la fama. [7] Dichosas tus gentes, y felices tus criados, que están siempre alrededor de ti, y escuchan tu sabiduría. [8] Bendito sea el Señor Dios tuyo, que te ha colocado sobre su trono para reinar en el lugar del Señor tu Dios [4]. Como Dios ama a Israel, y quiere conservarle para siempre; por eso te ha constituido rey suyo, para que lo gobiernes y administres justicia.

[9] Después regaló al rey ciento veinte talentos de oro, y una cantidad increíble de aromas y de preciosísimas piedras. No se vieron jamás aromas tales, como éstos que dio la reina de Saba al rey Salomón. [10] Los vasallos de Hiram, con los de Salomón, trajeron también de Ofir oro y maderas de tino y piedras de gran valor. [11] De cuya madera de tino mandó el rey hacer la gradería del templo del Señor [5] y del palacio real, como también las cítaras y los salterios

para los cantores. No se vio nunca en el país de Judá madera como ésta. 12 El rey Salomón por su parte dio a la reina de Saba todo cuanto quiso y pidió, y muchas más preciosidades que las que ella le había presentado; la cual se volvió, y regresó a su reino con sus criados.

Las riquezas de Salomón

13 Y pesaba el oro que traían a Salomón de año en año, seiscientos sesenta y seis talentos, 14 sin contar la suma con que solían contribuir los diputados de diferentes naciones, y los comerciantes, y todos los reyes de Arabia, y los sátrapas de las provincias [6], los cuales llevaban oro y plata a Salomón. 15 Hizo, pues, el rey Salomón doscientas picas de oro [7], cada una de las cuales llevaba de peso seiscientos siclos de oro; 16 y asimismo trescientas rodelas o adargas de oro, cubierta cada una de trescientos siclos de oro; lo que puso el rey en la armería, que estaba situada en el palacio llamado del Bosque [8].

17 Hizo también el rey un gran trono de marfil, y lo revistió de finísimo oro. 18 Asimismo seis gradas por las que se subía al trono, y una tarima de oro [9], y dos brazos, uno por cada parte, y dos leones arrimados a los brazos, 19 además de otros doce leoncillos puestos sobre las seis gradas del uno y otro lado. En ningún otro reino hubo un trono semejante. 20 Asimismo toda la vajilla de la mesa del rey era de oro, y era también de oro finísimo la vajilla de la

casa o palacio del Bosque del Líbano; porque la plata en aquel tiempo era reputada por nada. 21 Pues la flota del rey iba de tres en tres años a Tarsis [10] con los siervos de Hiram, y traía de allí oro, y plata, y marfil, y monas, y pavos.

22 Salomón, pues, sobrepujó a todos los reyes de la tierra en riquezas y en gloria [11]; 23 de suerte que todos los reyes de la tierra deseaban ver la cara de Salomón [12] para oír la sabiduría que Dios había infundido en su corazón, 24 y le llevaban presentes todos los años, vasos de oro y de plata, ropas preciosas, y armas, y aromas, y caballos, y mulos.

25 Y tuvo Salomón en sus caballerizas cuarenta mil caballos [13] y doce mil carros, y doce mil hombres de caballería, y los tenía en las ciudades destinadas a su alojamiento, y en Jerusalén donde él residía. 26 Y extendió su poderío sobre todos los reyes, desde el río Eufrates hasta la tierra de los filisteos [14] y los confines de Egipto, 27 e hizo abundar tanto la plata en Jerusalén como las piedras, y los cedros como las higueras silvestres que crecen en los campos. 28 Y le traían caballos de Egipto y de todas las provincias.

La muerte de Salomón

29 Las demás acciones de Salomón, así las primeras como las postreras, están escritas en los libros de Natán profeta [15], y en los de Ahías silonita, y también en la vi-

sión de Addo, que profetizó contra Jeroboam, hijo de Nabat [16]. [30] Reinó Salomón en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años. [31] Y fue a descansar con sus padres [17], y lo sepultaron en la ciudad de David; sucediéndole en el reino su hijo Roboam.

¿Sabías que?

En 2023, la UNESCO inscribió en la lista del patrimonio mundial, y a la vez en la del patrimonio en peligro por la guerra del Yemen, los «Monumentos del antiguo reino de Saba» en Marib: la capital amurallada, la ciudad fortificada de Sirwah, los templos de Awam y de Barán, unidos por una vía procesional, y la gran presa de Marib, que regaba el mayor oasis artificial de la Arabia antigua. El reino prosperó con la ruta del incienso desde el siglo VIII a. C. El templo de Awam, dedicado al dios Almaqah, se llama todavía Mahram Bilqis, «el santuario de Bilqis»: así llama la tradición árabe a la reina de Saba.

Los libros que citan las Crónicas

Rey	Fuente citada	Cita
David	Samuel vidente, Natán profeta, Gad vidente	1 Cr 29,29
Salomón	Natán profeta, Ahías silonita, las visiones de Addo vidente	9,29
Roboam	Semeías profeta y Addo vidente	12,15
Abía	El *midrash* del profeta Addo	13,22
Asá	Libro de los reyes de Judá y de Israel	16,11
Josafat	Jehú hijo de Hanani, inserto en el libro de los reyes	20,34
Joás	El *midrash* del libro de los reyes	24,27
Amasías	Libro de los reyes (también para Joatam y Acaz)	25,26; 27,7; 28,26
Ozías	El profeta Isaías	26,22
Ezequías	La visión de Isaías, en el libro de los reyes	32,32
Manasés	Libro de los reyes; los videntes («Hozai»)	33,18-19
Josías	Libro de los reyes; las lamentaciones	35,25-27
Joakim	Libro de los reyes de Israel y de Judá	36,8

Donde Reyes remite a los anales de la corte, el Cronista nombra a menudo escritos de profetas. Ninguna de estas obras se conserva; Torres Amat anota en 24,27 que ese libro no es «ninguno de los cuatro que tenemos entre los canónicos».

PARA PROFUNDIZAR

Salomón sin sombras: el rey ideal de las Crónicas y «algo más que Salomón»

Quien lee seguidos 1 Reyes y 2 Crónicas nota enseguida que no se trata del mismo Salomón. El Cronista conserva lo que lo engrandece: la sabiduría pedida en Gabaón (1,7-12), el templo, la oración de la dedicación, la visita de la reina de Saba, el oro, el trono y la fama (cap. 9, casi palabra por palabra de 1 Re 10). Y omite lo que lo empaña: la sangrienta llegada al trono, con la muerte de Adonías, de Joab y de Semeí (1 Re 1–2), y sobre todo el capítulo 11 de 1 Reyes, con sus mujeres extranjeras, los altares a Astarté y a Camos, los adversarios y la profecía de Ahías. Calla incluso episodios que no le hacían daño, como el juicio de las dos madres (1 Re 3,16-28): su Salomón es, ante todo, el constructor del templo (ver el cuadro «Salomón en Reyes y en Crónicas», en el capítulo 1).

No es ignorancia. El Cronista escribe para lectores que tienen delante los libros de los Reyes, y lo deja ver: nombra a Jeroboam sin presentarlo (9,29; 10,2) y explica la división como el cumplimiento de una profecía de Ahías que nunca ha contado (10,15). Conserva incluso la queja del norte contra el «yugo durísimo» de Salomón (10,4). Lo que hace es un retrato con una intención. Para él, David y Salomón forman una sola época fundadora: David, el hombre de las guerras, prepara el templo; Salomón, el «hombre de paz», cuyo nombre suena como shalom, lo edifica (1 Cr 22,8-10; ver el ensayo «Has derramado mucha sangre», en 1 Cr 22). Por eso pone a los dos como modelo: los tres años buenos de Roboam son aquellos en que «siguieron los caminos de David y de Salo-

món» (11,17), y Josías ordena el culto según lo que dispuso David «y dejó por escrito su hijo Salomón» (35,4), mientras que 1 Reyes los contrapone (1 Re 11,4.6). Su Salomón, además, se sienta en el trono de Dios (ver nota a 9,8 y el ensayo «En mi casa y en mi reino», en 1 Cr 17).

La Biblia conserva los dos retratos, y los necesita. Reyes cuenta con honestidad cómo se dividió el corazón del rey sabio (ver el ensayo «El corazón dividido», en 1 Re 11); Nehemías lo recordará como advertencia (Neh 13,26), y el Eclesiástico une la alabanza y el reproche: «¡qué sabio eras en tu juventud!», pero «manchaste tu gloria» (Eclo 47,14.20). El Salmo 72, que lleva el título «de Salomón», canta al rey ideal que hace justicia al pobre y recibe el homenaje de los reyes; el Cronista pinta a ese rey ideal con los rasgos del Salomón de la historia. San Agustín ofrece una clave para leer esa selección: el Espíritu de Dios dispuso que el bien que se dijo por medio de Salomón se atribuyera a Dios, y el pecado del hombre, al hombre (*Enarraciones sobre los Salmos* 126,1). El Salomón de las Crónicas es lo que Dios hizo en él y por medio de él.

Ese retrato quedaba abierto. Cuando el Cronista escribía, no había rey en Jerusalén, y ningún hijo de David había estado a la altura del modelo. Jesús lo cerró de un modo inesperado: la reina del Mediodía vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, «y aquí hay algo más que Salomón» (Mt 12,42; Lc 11,31). Él es la «sabiduría de Dios» (1 Cor 1,24.30), el Hijo de David a quien pertenecen en plenitud los dones del Espíritu (Catecismo, n. 1831; Is 11,1-2), y el verdadero constructor del templo, que es su Cuerpo (Jn 2,21). San Agustín lo dice en el mismo comentario: Salomón significa «pacífico», y el verdadero pacífico es Cris-

to, «nuestra paz» (Ef 2,14), que edifica su propia casa, el pueblo de Dios. La Liturgia de las Horas lee ese texto, con el título «Jesucristo, el verdadero Salomón», junto al elogio y al reproche del Eclesiástico.

¿Se salvó Salomón? La pregunta pertenece a 1 Reyes (ver allí el ensayo del capítulo 11). El Cronista responde a otra: qué rey necesita un pueblo que quiere vivir de su fe. Su Salomón escucha a Dios, ora por su pueblo, edifica la casa donde se invoca el Nombre y acoge a los extranjeros que buscan la sabiduría. Al mirarlo así, sin sombras, el lector aprende qué esperar, y reconoce en Cristo el cumplimiento de lo que Salomón solo dibujó.

PAUSA

1. La reina pasó de oír hablar de Salomón a ver y «palpar». ¿Tu fe se apoya todavía solo en lo que otros te contaron?
2. El Cronista eligió recordar lo mejor de Salomón. ¿Sabes mirar a los demás por el bien que Dios ha hecho en ellos?
3. «Aquí hay algo más que Salomón.» ¿Qué buscas en Cristo: sus dones o a él mismo?

Para orar. *Señor Jesús, sabiduría del Padre y verdadero Salomón, edifica en mí tu casa y dame un corazón que escuche.*

10

La división del reino

El Cronista copia casi literalmente 1 Re 12,1-19: la asamblea de Siquem, la petición del pueblo, los dos consejos y la respuesta dura de Roboam, que provoca la separación de las tribus del norte. Pero no ha contado quién era Jeroboam ni la profecía de Ahías (1 Re 11,26-40), y se detiene donde Reyes sigue: no narra la coronación de Jeroboam ni los becerros de oro (1 Re 12,20-33). Desde ahora solo seguirá a los reyes de Judá; el norte aparecerá cuando se cruce en su camino. Tres escenas: la petición (vv. 1-5), los consejos (vv. 6-11) y la ruptura (vv. 12-19).

La asamblea de Siquem

1 En consecuencia Roboam partió a Siquem [1];
porque había concurrido allí todo Israel para reconocerle por rey.
2 Lo que oído por Jeroboam, hijo de Nabat, que se hallaba
en Egipto [2] (a donde se había refugiado huyendo de Salomón),
al punto dio la vuelta.
3 Y lo enviaron a llamar; y uniéndose con todo Israel,
fueron y hablaron a Roboam en estos términos:
4 Tu padre nos oprimió con un yugo durísimo [3];
sea tu gobierno más suave que el de tu padre,
el cual impuso una pesada esclavitud;
alívianos un poco la carga, si quieres que te sirvamos [4].
5 Respondió Roboam: Volved a mí de aquí a tres días.
Retirado el pueblo,

Los dos consejos

6 tuvo consejo con los ancianos [5] que habían estado alrededor de su padre Salomón mientras vivía, y les dijo: ¿Qué
me aconsejáis que responda al pueblo? 7 Los ancianos le
contestaron: Si acaricias a este pueblo, y lo aplacas con palabras dulces [6], ellos serán tus vasallos perpetuamente.
8 Mas Roboam no hizo caso del consejo de los ancianos; y
comenzó a tratar la cosa con los jóvenes que se habían
criado con él, y le hacían la corte; 9 y les dijo: ¿Qué os parece? ¿Y qué debo yo responder a este pueblo, que me ha venido a decir: Aligéranos el yugo que nos impuso tu padre?
10 Pero ellos, como mozos, y criados con él entre delicias [7],
le respondieron, diciendo: A este pueblo que te ha dicho:
Tu padre agravó nuestro yugo, aligéranosle tú; le has de
hablar así y darle esta respuesta: Mi dedo meñique es mucho más grueso que los lomos de mi padre. 11 Mi padre cargó sobre vosotros un yugo pesado; pues yo os añadiré mayor peso; mi padre os azotó con varas, y yo os azotaré con escorpiones [8].

La ruptura

12 Volvió, pues, Jeroboam con todo el pueblo al tercer día a
Roboam, como éste se lo había mandado. 13 Y el rey, desechado el consejo de los ancianos, les respondió con
dureza [9]; 14 y les dijo, conforme al parecer de los jóvenes:
Mi padre cargó sobre vosotros un yugo pesado, y yo lo

agravaré más; mi padre os azotó con varas, mas yo he de azotaros con escorpiones. 15 Y no quiso condescender con los ruegos del pueblo; por ser voluntad de Dios que se cumpliese su palabra [10], anunciada por boca de Ahías silonita a Jeroboam, hijo de Nabat.

16 Entonces todo el pueblo, al oír la respuesta tan dura del rey, le habló así: Nosotros nada tenemos que ver con la casa de David [11]; ni nada que esperar del hijo de Isaí. Retírate, oh Israel, a tus habitaciones; y tú Roboam, hijo de David, rige tu casa. Y se retiró Israel a sus habitaciones. 17 Y Roboam quedó reinando sobre los hijos de Israel que moraban en las ciudades de la tribu de Judá [12]. 18 Envió después el rey Roboam a Aduram, superintendente de los tributos [13]. Mas los hijos de Israel lo apedrearon y fue muerto. En vista de lo cual el rey Roboam montó apresuradamente en su carroza, y huyó a Jerusalén. 19 Desde entonces se separó Israel de la casa de David como lo está en el día de hoy [14].

¿Sabías que?

En la primera cornisa del Purgatorio de Dante, donde se purifican los soberbios, el suelo está esculpido con ejemplos de orgullo castigado: Lucifer, Nemrod, Saúl muerto sobre su espada... y Roboam. Dante le dice: «Oh Roboam, ya no parece que amenace allí tu imagen; sino que, lleno de espanto, la lleva un carro sin que nadie la persiga» (*Purgatorio* XII,46-48). Es la escena del v. 18: el rey que había amenazado con escorpiones huye en su carroza a Jerusalén. Los soberbios caminan encorvados bajo grandes piedras y aprenden, mirando el suelo, la humildad.

PAUSA

1. Roboam escuchó a los que le decían lo que quería oír. ¿A quién pides consejo, y a quién no te atreves a preguntar?
2. «La respuesta suave aplaca la ira.» ¿Qué conversación pendiente necesita hoy palabras más suaves de tu parte?
3. Nadie en el capítulo consulta al Señor. ¿Qué decisión estás tomando sin haberla puesto ante Dios?

Para orar. *Señor, dame un corazón dócil para escuchar el buen consejo, y palabras suaves que unan en lugar de dividir.*

11

Roboam fortifica Judá

1 Reyes cuenta en cuatro versículos que el profeta Semeías impidió a Roboam hacer la guerra al norte (1 Re 12,21-24); el Cronista los copia (vv. 1-4) y añade después noticias propias: las quince ciudades que Roboam fortificó (vv. 5-12), la llegada a Jerusalén de los sacerdotes, los levitas y los fieles del norte que no aceptaron los cultos de Jeroboam (vv. 13-17), y la familia del rey (vv. 18-23). Son los tres años buenos de Roboam, en que «siguieron los caminos de David y de Salomón» (v. 17): la obediencia a la palabra del profeta y la fidelidad al templo afianzan el reino.

«No peleéis contra vuestros hermanos»

1 Vuelto Roboam a Jerusalén, convocó de toda la tribu de
Judá y de la de Benjamín ciento ochenta mil combatientes
escogidos, para pelear contra Israel, y reducirlo a su dominio. 2 Pero el Señor habló a Semeías, varón de Dios [1], di-
ciéndole: 3 Dile a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y
a todo Israel, que se halla en Judá y en Benjamín: 4 Esto
dice el Señor: No marcharéis ni pelearéis contra vuestros
hermanos [2]. Vuelva cada uno a su casa; pues se ha hecho
esta división por voluntad mía. Así que oyeron ellos la palabra del Señor, se retiraron y no pasaron adelante contra
Jeroboam.

Las fortalezas de Judá

5 Y Roboam habitó en Jerusalén, y edificó ciudades para
servir de fortalezas [3] en el país de Judá; 6 y fortificó a
Betlehem, y a Etam, y a Tecué [4], 7 y a Betsur, y Socó, y
Odollam [5], 8 como también a Get, y Maresa, y Zif, 9 y Adu-
ram, y Laquis, y Azeca [6], 10 e igualmente a Saraa, y Ajalón,
y Hebrón [7], que estaban parte en el país de Judá, y parte
en el de Benjamín, todas ciudades muy fuertes.

11 Y habiéndolas cercado de muros, puso en ellas gober-
nadores y almacenes de víveres, esto es, de aceite y vino [8].
12 Hizo además de esto en cada una de las ciudades una ar-
mería de escudos y de picas, y las fortificó con sumo esme-
ro; y reinó sobre las tribus de Judá y de Benjamín.

Los que vinieron del norte

13 Por otra parte los sacerdotes y levitas que había por todo
Israel [9], se vinieron a Roboam de todos los lugares de su
residencia, 14 abandonando sus ejidos y todos sus bienes, y
pasándose a la parte de Judá y Jerusalén, por haberlos
echado Jeroboam y sus sucesores, para que no ejerciesen
las funciones del sacerdocio del Señor. 15 E instituyó Jero-
boam sacerdotes de los lugares altos, y de los demonios y
de los becerros que había hecho [10]. 16 Pero de todas las tri-
bus de Israel vinieron a Jerusalén a ofrecer sus sacrificios
delante del Señor Dios de sus padres, cuantos habían re-

suelto en su corazón seguir al Señor Dios de Israel [11].
[17] Con lo que fortificaron el reino de Judá, y afianzaron el
trono de Roboam, hijo de Salomón, por tres años; porque
solamente por tres años siguieron los caminos de David y
de Salomón [12].

La familia de Roboam

[18] Roboam se casó con Mahalat, hija de Jerimot, hijo de
David [13], y también con Abihail, hija de Eliab, hijo de Isaí:
[19] de la cual tuvo a Jehús, y a Somorias, y a Zoom.
[20] Después de ésta se casó con Maaca, hija de Absalón [14], la
cual tuvo a Abía, a Etai, a Ziza, y a Salomit. [21] Amó Roboam
a Maaca, hija o nieta de Absalón, más que a todas sus mu-
jeres principales, y de segundo orden; siendo así que tuvo
dieciocho esposas, y sesenta mujeres secundarias [15] y de
ellas veintiocho hijos y sesenta hijas. [22] Pero le dio a Abía,
hijo de Maaca, la preferencia [16] poniéndolo por cabeza de
todos sus hermanos; por cuanto tenía el designio de darle
el reino; [23] pues era el más sabio y el más valeroso de todos
sus hijos [17]; a cuyo fin esparció a éstos por los términos de
Judá y de Benjamín, en todas las ciudades fortificadas;
donde les dio alimento en abundancia, y les procuró mu-
chas mujeres.

¿Sabías que?

Maresa, una de las ciudades que fortificó Roboam (v. 8), forma hoy, junto con Bet Guvrín, un parque arqueológico de Israel, en las colinas de la Sefelá. Bajo las dos ciudades se excavaron en la roca blanda unas 3.500 cámaras subterráneas que sirvieron, durante más de dos mil años, de cisternas, almazaras, baños, palomares, establos, escondites, lugares de culto y sepulturas. En 2014, la UNESCO las inscribió en el patrimonio mundial como «una ciudad bajo la ciudad». Según la UNESCO, la ciudad más antigua de Maresa se remonta al siglo VIII a. C., un dato que alimenta el debate sobre la fecha de la lista de fortalezas (ver nota a 11,5).

PAUSA

1. Los levitas del norte dejaron sus tierras para no perder el servicio del Señor. ¿Qué estarías dispuesto a dejar por tu fe?
2. Dios llama «hermanos» a los que se habían separado. ¿A quién te cuesta seguir llamando hermano?
3. El reino se afianzó mientras «siguieron los caminos de David y de Salomón». ¿Qué camino de fidelidad has dejado y podrías retomar?

Para orar. *Señor, reúne en tu casa a todos los que te buscan de corazón, y no permitas que pelee contra mis hermanos.*

12

Sesac y la humillación de Roboam

1 Re 14,25-28 cuenta en cuatro versículos que el faraón Sesac subió contra Jerusalén y se llevó los tesoros del templo. El Cronista hace de esa invasión la primera lección de la promesa de 7,14: Roboam, fortalecido, abandona la ley del Señor (v. 1); llega Sesac «por haber pecado» (vv. 2-4); el profeta Semeías anuncia «vosotros me abandonasteis, yo os abandono» (v. 5); el rey y los príncipes se humillan, y Dios concede un poco de liberación, aunque quedarán sometidos para aprender la diferencia entre servirle a él y servir a los reyes de la tierra (vv. 6-12). Cierra el resumen del reinado (vv. 13-16).

La infidelidad y la invasión

1 Fortalecido Roboam, y asegurado en el reino, abandonó
la ley del Señor [1], e hizo lo mismo todo Israel a su ejemplo. 2 Por tanto, el año quinto del reinado de Roboam [2]
(por haber pecado los israelitas contra el Señor [3]), vino
Sesac, rey de Egipto, contra Jerusalén, 3 con mil doscientos carros armados, y sesenta mil hombres de a caballo;
siendo además innumerable la gente que lo seguía desde
Egipto, es a saber, los de Libia y los suquienos, y los
etíopes [4]. 4 Y se apoderó de las ciudades más fuertes de
Judá [5], y se adelantó hasta Jerusalén.

Semeías y la humillación

5 Entonces Semeías, profeta, se presentó ante Roboam, y
los príncipes de Judá, que se habían congregado en Jeru-
salén huyendo de Sesac, y les dijo: Esto dice el Señor: Vo-
sotros me abandonasteis; pues yo también os abandono [6]
a vosotros en poder de Sesac. 6 A lo que respondieron
consternados [7], así el rey como los príncipes de Israel:
Justo es el Señor [8]. 7 Pero viendo el Señor que se habían
humillado, habló a Semeías, diciendo: Ya que se han hu-
millado, no los acabaré, antes bien les daré un poquito de
socorro [9], y no se derramará mi furor sobre Jerusalén por
mano de Sesac. 8 Sin embargo, quedarán sujetos a él, para
que conozcan la diferencia que va entre servirme a mí y
servir a los reyes de la tierra [10].

9 Así, pues, Sesac, rey de Egipto, se retiró de Jerusalén, lle-
vándose consigo los tesoros del templo del Señor y del pa-
lacio real, y los escudos de oro hechos por Salomón [11].
10 En lugar de los cuales mandó el rey hacer otros de
bronce [12], entregándolos a los capitanes de los guardias
que guardaban el atrio o las puertas de palacio; 11 y cuando
el rey había de ir al templo del Señor, venían los guardias,
y tomaban los escudos, y los volvían después a poner en la
armería. 12 Mas, en fin, por haberse humillado, calmó la
ira del Señor contra ellos, y no fueron enteramente des-

truidos; a causa de que aún se hallaron buenas obras en Judá [13].

Fin de Roboam

[13] Con esto se alentó Roboam, y continuó reinando en Jerusalén. Cuarenta y un años tenía cuando comenzó a reinar [14], y reinó diecisiete años en Jerusalén, ciudad escogida por el Señor entre todas las tribus de Israel, para establecer en ella el culto de su Nombre. Se llamaba su madre Naama, y era amonita. [14] Roboam obró el mal; y no dirigió su corazón en busca del Señor [15]. [15] Sus acciones primeras y postreras están escritas en los Libros de Semeías profeta, y del profeta Addo [16], que las refieren exactamente. Roboam y Jeroboam tuvieron entre sí perpetua guerra. [16] Al fin pasó Roboam a descansar con sus padres, y lo enterraron en la ciudad de David; sucediéndole en el reino su hijo Abía.

¿Sabías que?

El Talmud cuenta que, cuando Moisés pensó en hacer la guerra a Moab, Dios le dijo que no lo hiciera (Dt 2,9.19), porque de los moabitas y de los amonitas tenía que sacar «dos buenas palomitas»: Rut la moabita, madre del linaje de David, y Naama la amonita, la madre de Roboam (v. 13), por quien siguió la dinastía (Baba Kama 38b). Las dos extranjeras están en la genealogía de Jesús: Rut por su nombre (Mt 1,5), y Naama a través de su hijo Roboam (Mt 1,7).

PAUSA

1. Roboam abandonó a Dios cuando se sintió fuerte. ¿En qué momentos de éxito te olvidas más de él?
2. «Justo es el Señor.» ¿Eres capaz de reconocer tu parte de culpa sin justificarte?
3. Escudos de bronce en lugar de oro: ¿mantienes alguna apariencia que ya no tiene sustancia?

Para orar. *Señor, enséñame la diferencia entre servirte a ti y servir a los señores de este mundo, y que tu servicio sea mi libertad.*

13

Abía: el discurso del monte Semerón

En 1 Reyes, Abía (allí Abiam) ocupa ocho versículos y recibe un juicio severo: «anduvo en todos los pecados de su padre» (1 Re 15,1-8). El Cronista no repite ese juicio: cuenta un discurso y una victoria. Tras la presentación del rey (vv. 1-3), Abía habla desde el monte Semerón a Jeroboam y a todo Israel (vv. 4-12); luego viene la batalla, en la que Judá, rodeado, clama al Señor y vence (vv. 13-20), y al final, su familia y sus fuentes (vv. 21-22). El discurso es la clave: el reino del Señor, el culto legítimo y una advertencia a los hermanos del norte.

Abía, rey de Judá

1 El año decimoctavo del reinado de Jeroboam [1], entró a
reinar en Judá Abía. 2 Tres años reinó en Jerusalén. Su
madre se llamó Micaya, hija de Uriel de Gabaa [2]. Y había
guerra entre Abía y Jeroboam. 3 Saliendo, pues, Abía a
campaña con cuatrocientos mil hombres [3], gente muy va-
lerosa y escogida, se le opuso Jeroboam, presentando
ochocientos mil hombres escogidos también, y de gran va-
lor para pelear.

El discurso del monte Semerón

4 Abía hizo alto sobre el monte Semerón [4], situado en la
tribu de Efraín, y dijo: Escucha tú, oh Jeroboam, con todo
Israel: 5 ¿Ignoráis acaso que el Señor Dios de Israel dio
para siempre el reino de Israel a David y a sus hijos con
pacto perpetuo [5]?, 6 ¿y que Jeroboam, hijo de Nabat, sier-
vo de Salomón, hijo de David [6], se levantó y se rebeló con-
tra su señor?, 7 ¿y que se coligaron con él unos hombres
vanísimos, e hijos de Belial, y prevalecieron contra Ro-
boam, hijo de Salomón; por cuanto era Roboam inexper-
to, y de corazón medroso [7], y no pudo resistirles?

8 Ahora bien, vosotros decís que tenéis fuerza para resistir
al reino del Señor, que posee él o gobierna por medio de
los hijos de David [8]; y tenéis una gran muchedumbre, y
los becerros de oro que os ha hecho Jeroboam para que
sean dioses vuestros [9]; 9 y habéis echado los sacerdotes del
Señor, hijos de Aarón, y los levitas, y os habéis instituido
otros sacerdotes a la manera de los demás pueblos de la
tierra; cualquiera que se presente y consagre su mano in-
molando un novillo y siete carneros [10], queda hecho sa-
cerdote de aquellos que no son dioses.

10 Pero el Señor nuestro es el Dios verdadero [11], a quien no-
sotros no hemos abandonado; y los sacerdotes del linaje de
Aarón son los que sirven al Señor, como también los levi-
tas en sus ministerios; 11 y los que ofrecen holocaustos al

Señor cada día, mañana y tarde, y perfumes preparados
según lo prescrito en la ley, y ponen los panes encima de la
mesa limpísima [12]; y está en nuestro poder el candelero de
oro con sus mecheros, que se encienden siempre a la tar-
de; en suma, nosotros observamos los mandamientos del
Señor Dios nuestro; a quien vosotros habéis abandonado.
[12] Por tanto el caudillo de nuestro ejército es Dios [13], y sus
sacerdotes los que tocan los clarines y dan la señal contra
vosotros. Oh hijos de Israel, no queráis pelear contra el Se-
ñor Dios de vuestros padres, porque no os tiene cuenta.

La batalla

[13] Mientras él hablaba así, Jeroboam le armaba asechanzas
por la espalda [14]. Y manteniéndose al frente de los enemi-
gos, iba cercando con sus tropas a Judá, sin que éste lo ad-
virtiese. [14] Mas volviendo Judá los ojos vio que le acome-
tían de frente y por las espaldas, y clamó al Señor, y los sa-
cerdotes empezaron a tocar las trompetas [15]. [15] Alzaron el
grito todos los soldados de Judá; y he aquí que al estruen-
do de sus voces aterró Dios a Jeroboam y a todo Israel, que
tenía cercados a Abía y a Judá. [16] Y los hijos de Israel vol-
vieron las espaldas a Judá, en cuyas manos los abandonó
Dios. [17] Con esto Abía y su gente hicieron en ellos gran des-
trozo, tanto que cayeron heridos quinientos mil valientes
por parte de Israel [16].

18 Así quedaron entonces abatidos los hijos de Israel [17], y
los de Judá cobraron grandísimos bríos, por haber puesto
su esperanza en el Señor Dios de sus padres. 19 Abía fue
persiguiendo a Jeroboam en su fuga, y le tomó varias ciu-
dades, a Betel con sus aldeas [18], a Jesana con las suyas, y a
Efrón también con las suyas. 20 Ni pudo Jeroboam alzar ya
cabeza mientras vivió Abía; y lo hirió el Señor, y murió [19].

21 Después que se aseguró Abía en el trono, tomó catorce
mujeres [20], y de ellas tuvo veintidós hijos y dieciséis hijas.
22 Las demás acciones de Abía, su proceder y sus obras es-
tán escritas exactísimamente en el Libro del profeta
Addo [21].

¿Sabías que?

Una antigua cronología judía, el Séder Olam Rabbá (cap. 16), lee el v. 20 de otro modo. Como Jeroboam enterró a Abía, se pregunta a quién «hirió el Señor», y responde: a Abía. ¿Por qué, si había vencido defendiendo el culto verdadero? Porque avergonzó en público a sus hermanos echándoles en cara sus becerros de oro, y porque, cuando tomó Betel, vio allí el becerro y lo dejó en su sitio. La lectura fuerza el texto, pero revela una sensibilidad: un celo que humilla al hermano y no arranca el ídolo no agrada a Dios.

«Vuestros hermanos»: el norte en las Crónicas

Rey	Qué pasa	Cita
Roboam	No pelea «contra vuestros hermanos»; sacerdotes y fieles del norte vienen a Jerusalén	11,4.13-16
Abía	«No queráis pelear contra el Señor Dios de vuestros padres»	13,4-12
Asá	Muchos de Efraín, Manasés y Simeón se acogen a él	15,9
Josafat	Reprendido por su alianza con Acab; recorre su pueblo hasta Efraín	19,2.4
Amasías	Despide a los soldados de Efraín: «el Señor no está con Israel»	25,7-10
Acaz	Oded; los efraimitas visten a los cautivos de Judá y los llevan a Jericó	28,8-15
Ezequías	Invita al norte a la Pascua; ora por los que la comen sin purificarse	30,1-20
El pueblo	Destruye los ídolos también en Efraín y Manasés	31,1
Josías	Purifica el país hasta Neftalí; Pascua con «los de Israel»	34,6-7; 35,18

El Cronista no cuenta la historia del reino del norte ni su caída, que solo evoca en 30,6-9, pero no da por perdidos a sus habitantes: son «hermanos» (11,4; 28,8.11), y el templo de Jerusalén sigue abierto para ellos. Jesús anunciará a la samaritana la hora de adorar al Padre «en espíritu y en verdad» (Jn 4,21-24).

PARA PROFUNDIZAR

«No peleéis contra el Señor»: el discurso de Abía y el Israel del norte

En 1 Reyes, la división del reino se cuenta desde el norte: el oráculo de Ahías, la coronación de Jeroboam, los becerros de Betel y Dan, una dinastía tras otra hasta la caída de Samaria. El Cronista, que solo narra la historia de Judá, no cuenta nada de eso. Pero en el monte Semerón pone en boca de Abía un discurso que resume toda su manera de entender el cisma (13,4-12).

El argumento tiene tres pasos. Primero, la legitimidad: Dios dio el reino de Israel a David y a sus hijos «con pacto perpetuo», una «alianza de sal» que no caduca (ver nota a 13,5), y ese reino no es de David, sino «del Señor», que lo gobierna por medio de los hijos de David (ver nota a 13,8). Jeroboam aparece como un criado rebelde, sus partidarios como «hijos de Belial» y Roboam como un joven sin experiencia (13,6-7), aunque el mismo Cronista había dicho que tenía cuarenta y un años (12,13). Segundo, el culto: el norte tiene becerros de oro y sacerdotes que cualquiera puede hacerse con una buena ofrenda (13,8-9); Judá conserva a los hijos de Aarón, a los levitas, el holocausto de la mañana y de la tarde, la mesa y el candelero (13,10-11). Tercero, la conclusión: Dios va a la cabeza de Judá, y pelear contra Judá es pelear contra el Señor: «no queráis pelear contra el Señor Dios de vuestros padres, porque no os tiene cuenta» (13,12).

Viene luego una batalla contada como una liturgia. Mientras Abía habla, Jeroboam tiende una emboscada; Judá, rodeado, clama al Señor, los sacerdotes tocan las trompetas, el pueblo lanza

el grito y Dios hiere a Israel (13,13-17). La victoria llega «por haber puesto su esperanza en el Señor» (13,18), y las cifras enormes dicen, en el lenguaje del Cronista, que la desproporción no cuenta cuando Dios combate (ver el cuadro del capítulo 17). Es el mismo rey al que 1 Reyes juzga con dureza (1 Re 15,3): dos retratos que no se anulan, porque cada libro mira desde un lugar distinto; Reyes, desde el corazón del rey; el Cronista, desde la legitimidad de la dinastía y del culto.

¿Da por perdido el Cronista al norte? Durante buena parte del siglo XX, muchos estudiosos leyeron las Crónicas como una polémica contra los samaritanos y su templo del monte Garizín. Hoy predomina otra lectura, defendida sobre todo por Sara Japhet y H. G. M. Williamson: para el Cronista, «todo Israel» son las doce tribus, y el norte no está excluido, sino extraviado. El discurso mismo lo muestra: Abía no maldice, advierte; llama a sus enemigos «hijos de Israel» y les habla del «Dios de vuestros padres». El resto del libro confirma que la puerta sigue abierta: los del norte son «vuestros hermanos» (11,4; 28,8-11), sacerdotes y fieles de todas las tribus vienen a Jerusalén (11,13-16; 15,9), Ezequías invita a Efraín y Manasés a su Pascua y ora por los que la comen sin purificarse (30,1-20), y la reforma de Josías llega hasta Neftalí (34,6-7; ver el cuadro de este capítulo). La Comisión Bíblica sitúa a las Crónicas, con Esdras y Nehemías, entre las tendencias «más cerradas y exclusivistas» del judaísmo posterior al destierro, frente a libros como Rut o Jonás (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 110); pero, al menos con el norte, el celo del Cronista por el templo no le cierra la puerta al hermano.

El Nuevo Testamento retoma la tensión. Los samaritanos, herederos en parte del antiguo norte, eran para los judíos del tiempo de Jesús lo que Jeroboam para Abía: un culto ilegítimo en otro monte. Jesús no lo niega, «la salvación viene de los judíos», pero anuncia la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre «en espíritu y en verdad» (Jn 4,20-24); reprende a Santiago y a Juan cuando quieren hacer bajar fuego sobre una aldea samaritana (Lc 9,52-56), y pone a un samaritano como modelo de amor al prójimo (Lc 10,33). Antes de su pasión pidió al Padre «que todos sean uno» (Jn 17,21), y el concilio Vaticano II puso esa oración en el fundamento de la búsqueda de la unidad de los cristianos (Unitatis redintegratio, 2). Salvadas las distancias, el discurso de Abía enseña algo que vale también hoy: se puede defender la verdad del culto sin dejar de llamar «hermanos» a los que se fueron.

PAUSA

1. Abía defendió la verdad del culto, pero siguió llamando «hijos de Israel» a sus enemigos. ¿Cómo hablas tú de los que piensan o creen de otra manera?
2. Rodeado por delante y por detrás, Judá clamó al Señor. ¿Cuál es tu primera reacción cuando te sientes acorralado?

Para orar. *Señor, que defienda tu verdad sin dejar de reconocer como hermanos a los que se han alejado.*

14

Asá: diez años de paz y la victoria sobre Zara

Con Asá empieza un reinado de cuarenta y un años (16,13), al que 1 Reyes dedica dieciséis versículos: una reforma, la alianza con Damasco y una enfermedad de los pies (1 Re 15,9-24). El Cronista lo divide en dos tiempos, y este capítulo es el primero. El rey busca al Señor, reforma el culto y Dios le da paz (vv. 1-7); cuando llega la invasión de Zara con un ejército inmenso, Asá ora y vence (vv. 8-15). Nada de esto está en Reyes. Las palabras clave son «buscar» y «apoyarse»: el lector las encontrará otra vez en el capítulo 16, en sentido contrario.

Asá busca al Señor

1 Pasó, en fin, Abía a descansar con sus padres, y fue sepultado en la ciudad de David; sucediéndole en el reino su
hijo Asá, en cuyo tiempo estuvo el país en paz por diez
años [1]. 2 Hizo Asá lo que era bueno y agradable a los ojos
de su Dios, y derribó los altares del culto extranjero, y los
adoratorios profanos de los lugares altos [2], 3 y quebró las
estatuas, y taló los bosques sacrílegos [3], 4 y ordenó a Judá
que siguiese al Señor Dios de sus padres [4], y practicase la
ley y todos los mandamientos, 5 y quitó de todas las ciudades de Judá los altares y los adoratorios [5]; y reinó la paz.

6 Restauró también las ciudades fuertes de Judá [6]; porque
vivía con sosiego, y no se movió guerra ninguna en su
tiempo, concediéndole el Señor la paz. 7 Entonces dijo a
Judá: Reparemos estas ciudades y cerquémoslas de muros,
y fortifiquémoslas con torres, y puertas, y cerraduras,
ahora que por todas partes respiramos libres de guerras,
por haber buscado al Señor Dios de nuestros padres, y ha-
bernos dado él paz [7] por todo el contorno. Pusieron, pues,
manos a la obra, sin que hubiese ningún estorbo que impi-
diese la restauración.

La victoria sobre Zara

8 Tenía Asá en su ejército trescientos mil hombres de Judá,
armados de escudos y picas [8], y de Benjamín doscientos
ochenta mil de rodela y aljaba, todos ellos gente valerosísi-
ma. 9 Contra éstos salió a campaña Zara, rey de Etiopía [9],
con su ejército de un millón de hombres y trescientos ca-
rros de guerra, y avanzó hasta Maresa. 10 Asá marchó con-
tra él, y le presentó la batalla en el valle de Sefata, que está
junto a Maresa [10];

11 e invocó al Señor Dios, diciendo: Señor, para ti lo mismo
es dar socorro por medio de pocos, que de muchos [11]; ayú-
danos, oh Señor Dios nuestro, pues confiados en ti y en tu
Nombre hemos venido contra esta muchedumbre. Señor,
tú eres nuestro Dios, no prevalezca el hombre contra ti.

12 En efecto, el Señor aterró a los etíopes a la vista de Asá y
de Judá [12]; y echaron a huir. 13 Los persiguió Asá con su
gente hasta Gerara [13], y fueron los etíopes destrozados
hasta no quedar hombre con vida; exterminados por el Se-
ñor que los hería y por su ejército que peleaba. Cogieron,
pues, un gran botín, 14 y destruyeron todas las ciudades al
contorno de Gerara; porque se había apoderado de todos
un gran terror [14], y las ciudades fueron saqueadas, y se sa-
caron de ellas muchos despojos. 15 Asimismo destruyeron
las majadas de las ovejas [15], y se llevaron infinita multitud
de ganado menor y de camellos; y regresaron a Jerusalén.

¿Sabías que?

El Talmud cuenta una historia del oro de Jerusalén. José reunió en Egipto todo el oro y la plata del mundo; Israel se lo llevó al salir de Egipto, y quedó en la tierra hasta que Sesac se lo arrebató a Roboam; luego Zéraj, rey de Kush, se lo quitó a Sesac; Asá se lo quitó a Zéraj y lo envió al rey de Damasco (16,2); los amonitas se lo quitaron a Damasco, y Josafat a los amonitas (20,25). La cadena sigue con Senaquerib, Ezequías, los caldeos, los persas, los griegos y los romanos, y termina: «y está todavía en Roma» (Pesajim 119a). Es una lectura de la historia como un ir y venir de riquezas que nunca permanecen.

PAUSA

1. Así construyó en tiempo de paz. ¿Qué estás construyendo ahora, en los días tranquilos, para cuando lleguen las pruebas?
2. «Para ti lo mismo es dar socorro por medio de pocos que de muchos». ¿Ante qué «muchedumbre» te sientes hoy pequeño?

Para orar. *Señor, en ti me apoyo: que no prevalezca contra ti nada de lo que me asusta.*

15

La profecía de Azarías y la alianza de Asá

Después de la victoria, un profeta sale al encuentro del rey. El discurso de Azarías (vv. 1-7) contiene la frase que mejor resume las Crónicas: «Si vosotros lo buscareis, lo hallaréis; mas si lo abandonareis, os abandonará». Asá responde con una reforma y una gran asamblea en Jerusalén, en el tercer mes, donde Judá, Benjamín y muchos venidos del norte juran buscar al Señor de todo corazón (vv. 8-15). El capítulo termina con la deposición de la reina madre y un resumen tomado en parte de 1 Re 15,13-15 (vv. 16-19). Reyes no conoce ni al profeta ni la alianza.

La profecía de Azarías

1 Entonces Azarías, hijo de Oded, movido del espíritu de
Dios [1], 2 fue a encontrar a Asá, y le dijo: Escuchadme tú,
oh Asá, y pueblos todos de Judá y de Benjamín: El Señor
ha estado con vosotros en la batalla, porque vosotros ha-
béis permanecido adictos a él. Si vosotros lo buscareis, lo
hallaréis; mas si lo abandonareis, os abandonará [2].

3 Mucho tiempo pasará Israel sin el verdadero Dios [3], sin
sacerdote, sin doctor y sin ley. 4 Y cuando en medio de su
angustia se conviertan al Señor Dios de Israel y lo busca-
ren, lo hallarán [4]. 5 Durante aquel tiempo no habrá segu-

ridad para ir y venir, sino que por todos lados asaltarán terrores a todos los habitantes de la tierra; 6 porque una nación se levantará contra otra [5], y una ciudad contra otra ciudad, pues el Señor los conturbará con toda suerte de aflicciones.

7 Vosotros entretanto armaos de valor, y no desmayen vuestros brazos; puesto que habéis de recibir la recompensa de vuestras fatigas [6].

La reforma y la alianza

8 Oyendo Asá las palabras y profecía de Azarías, hijo de Oded profeta [7], cobró aliento, y quitó los ídolos de todo el país de Judá y de Benjamín, y de las ciudades que habían conquistado en la montaña de Efraín; y dedicó o restableció el altar del Señor [8], que estaba colocado ante el pórtico del templo del Señor. 9 Y convocó a todo Judá y Benjamín, y con ellos a los forasteros de Efraín, y de Manasés, y de Simeón [9], pues se iban acogiendo a él muchos de Israel, viendo cuánto le favorecía el Señor su Dios.

10 Y venidos a Jerusalén el mes tercero del año decimoquinto [10] del reinado de Asá, 11 inmolaron al Señor en aquel día setecientos bueyes y siete mil carneros, de los despojos y botín que habían traído [11].

12 Entró después, según costumbre, a ratificar el pacto o promesa [12] de que seguirían al Señor Dios de sus padres

con todo el corazón y con toda su alma. 13 Que si alguno,
dijo, no siguiere al Señor Dios de Israel, muera sin
excepción [13], sea pequeño o grande, varón o mujer. 14 Y ju-
raron al Señor en alta voz y con júbilo, y al son de trompe-
tas y clarines, 15 todos los que estaban en Judá, echándose
imprecaciones [14]; pues hicieron este juramento de todo su
corazón, y buscaron al Señor con plena voluntad, y así es
que lo hallaron; y les dio el Señor paz con todos sus veci-
nos.

La reina madre y los lugares altos

16 Depuso también el rey a su madre Maaca [15] de la augusta
autoridad que gozaba, porque había colocado en un bos-
que el ídolo de Príapo; el cual rompió Asá, haciéndole mil
pedazos, y lo quemó en el torrente de Cedrón. 17 No obs-
tante, quedaron lugares altos en Israel; si bien el corazón
de Asá fue perfecto [16] todo el tiempo de su vida.

18 Entregó también al templo del Señor las cosas que su pa-
dre y él tenían ofrecidas con voto [17], el oro y la plata, y di-
ferentes especies de vasos o utensilios. 19 Finalmente, no
hubo guerra hasta el año treinta y cinco [18] del reinado de
Asá.

¿Sabías que?

Los profetas de las Crónicas hablan a menudo con palabras de otros profetas. Azarías promete, como Jeremías, que quien busca a Dios lo encuentra (15,2-4; Jer 29,13-14) y termina con una frase de Jeremías (15,7; Jer 31,16); Hanani recuerda los ojos del Señor que recorren toda la tierra, como Zacarías (16,9; Zac 4,10), y Josafat exhorta con el juego de palabras de Isaías: creer para mantenerse firme (20,20; Is 7,9). En 1934, el exegeta alemán Gerhard von Rad llamó a estos discursos «sermones levíticos», porque veía en ellos el eco de la predicación del templo después del destierro, que actualizaba la Escritura para su comunidad. Hoy se discute la etiqueta, pero no el hecho: el Cronista lee la historia con la Biblia en la mano.

PAUSA

1. «Si lo buscareis, lo hallaréis». ¿Dónde y cuándo buscas a Dios en tu semana?
2. Asá antepuso la fidelidad a Dios a su propia familia. ¿Qué lealtades compiten en tu vida con la que debes a Dios?

Para orar. *Señor, que te busque de todo corazón, y que me deje encontrar por ti.*

16

Asá: la desconfianza y la enfermedad

El segundo tiempo de Asá empieza con una amenaza. Baasa de Israel fortifica Rama, muy cerca de Jerusalén, y Asá, en lugar de clamar al Señor como ante Zara, compra con el oro del templo la ayuda del rey de Damasco (vv. 1-6, como 1 Re 15,17-22). Lo que sigue es propio del Cronista: el vidente Hanani le reprocha haberse apoyado en Siria y no en el Señor, y el rey lo mete en el cepo (vv. 7-10); al final, enfermo, Asá no busca al Señor, y muere con grandes honores (vv. 11-14; cf. 1 Re 15,23-24). El rey que oró en el capítulo 14 se cierra a la palabra.

La alianza con Benadad

1 Pero el año treinta y seis del reinado de Asá [1], entró Baasa, rey de Israel, en el país de Judá, y empezó a fortificar a
Rama, para que ninguno del reino de Asá pudiese entrar y
salir libremente [2]. 2 Entonces sacó Asá la plata y el oro de
los tesoros del templo del Señor [3] y de los tesoros del rey;
y se lo envió a Benadad, rey de Siria, que tenía su corte en
Damasco, diciéndole: 3 Hay alianza entre yo y tú [4]; al
modo que la hubo entre mi padre y el tuyo; por tanto te remito ese oro y plata, para que, rompiendo el tratado que
tienes hecho con Baasa, rey de Israel, le obligues a retirarse de mi país.

4 En vista de esta demostración, despachó Benadad los generales de sus ejércitos contra las ciudades de Israel; los cuales batieron las ciudades de Ahión, de Dan, de Abelmain, y todas las ciudades muradas de Neftalí [5]. 5 Lo que sabido por Baasa, cesó de fortificar a Rama, y dejó la obra sin acabar. 6 Entretanto el rey Asá tomó consigo toda la gente de Judá, y trajeron de Rama todas las piedras y maderas acopiadas por Baasa para la construcción, y con ellas fortificó a Gabaa y a Masfa [6].

El vidente Hanani

7 En aquel tiempo se presentó el profeta Hanani [7] a Asá, rey de Judá, y le dijo: Por cuanto has puesto la confianza en el rey de Siria, y no en el Señor tu Dios [8], por eso el ejército del rey de Siria se ha escapado de tus manos. 8 Pues, ¿no eran en mucho mayor número los etíopes y los de la Libia [9], con sus carros de guerra y caballería y tropas innumerables, y no obstante los entregó el Señor en tus manos, por haber puesto en él tu confianza? 9 Ello es así que los ojos del Señor están contemplando toda la tierra, y dan fortaleza [10] a los que creen en él con perfecto corazón. Luego tú has procedido neciamente [11]; y por eso desde aquí adelante se levantarán guerras contra ti.

10 Airado Asá contra el profeta, lo mandó poner en un cepo [12], indignado sobremanera de esto que le había di-

cho; y en aquel tiempo quitó la vida a muchísimos del pueblo [13].

La enfermedad y la sepultura de Asá

[11] Mas los hechos de Asá, desde el principio hasta el fin, se hallan escritos en el libro de los Anales de los Reyes de Judá y de Israel [14]. [12] Cayó finalmente enfermo Asá el año treinta y nueve de su reinado, de un dolor de pies agudísimo; y ni aun en su dolencia recurrió al Señor, sino que confió más en el saber de los médicos [15].

[13] Fue, pues, a descansar con sus padres; habiendo muerto el año cuarenta y uno de su reinado [16]. [14] Y lo sepultaron en el sepulcro que había mandado abrir para sí [17] en la ciudad de David; y lo pusieron sobre su lecho cubierto de aromas, y de ungüentos exquisitos [18], preparados con arte por los perfumeros, y los quemaron sobre él con pompa extraordinaria.

¿Sabías que?

El Talmud conserva el recuerdo de esta costumbre. Una enseñanza antigua dice que «se quema por los reyes» al morir, y que no es una costumbre de los paganos, porque Jeremías se la anunció a Sedecías (Jer 34,5); se quemaban el lecho y los objetos personales del rey, para que nadie más los usara, y lo mismo se hacía a la muerte de los presidentes del sanedrín. Cuenta también que, cuando murió Rabán Gamaliel el Viejo, el prosélito Onquelos quemó en su honor objetos por valor de siete mil denarios de Tiro (Avodá Zará 11a).

Un rey en dos tiempos

Primeros años	Últimos años
Roboam: fortifica el reino y sigue tres años los caminos de David y de Salomón (11,5-17)	Asegurado en el reino, «abandonó la ley del Señor» (12,1)
Asá: busca al Señor y tiene diez años de paz; ora y vence a Zara (14 – 15)	Se apoya en el rey de Siria, mete al vidente en el cepo y en su enfermedad no busca al Señor (16)
Joás: hace lo recto mientras vive el sacerdote Joíada; restaura el templo (24,2-14)	Muerto Joíada, sirve a los ídolos y manda apedrear a Zacarías, su hijo (24,17-22)
Amasías: obra lo recto, «mas no con un corazón perfecto»; obedece al varón de Dios (25,2.7-10)	Adora a los dioses de Edom, que acaba de vencer, y amenaza al profeta (25,14-16)
Ozías: busca al Señor mientras vive Zacarías, su maestro (26,4-15)	Se engríe y quiere quemar el incienso en el templo (26,16-21)
Ezequías: purifica el templo, celebra la Pascua y confía en el Señor ante Senaquerib (29 – 32,23)	Se envanece y se humilla; «el Señor le dejó de su mano, a fin de probarle» (32,25-26.31)
Manasés, al revés: llena Jerusalén de ídolos y hace pasar a sus hijos por el fuego (33,1-10)	Desterrado, se humilla, ora y es escuchado; vuelve y reforma el culto (33,12-16)

«Si vosotros lo buscareis, lo hallaréis; mas si lo abandonareis, os abandonará» (15,2). El Cronista no escribe biografías edificantes: muestra que la fidelidad de ayer no garantiza la de mañana, y que la infidelidad de ayer no cierra la puerta de mañana. «Si el justo se aparta de su justicia..., si el malvado se convierte...» (Ez 18,24.27); «el que crea estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10,12).

PARA PROFUNDIZAR

«Si lo *buscareis*, lo *hallaréis*»: Asá y los *reyes que empiezan bien y acaban mal*

El libro de los Reyes despacha a Asá en dieciséis versículos y lo juzga con benevolencia: hizo lo recto, apartó a la reina madre y su corazón fue entero con el Señor toda su vida (1 Re 15,9-24). El Cronista copia ese elogio (15,17), pero cuenta una historia en dos tiempos, y el contraste entre ellos es su enseñanza. En el primero, Asá busca al Señor y manda a Judá que lo busque (14,4); construye en tiempo de paz, porque la paz es el fruto de esa búsqueda (14,7); ante el millón de Zara ora con una fe desnuda, «para ti lo mismo es dar socorro por medio de pocos que de muchos» (14,11); escucha al profeta Azarías, renueva el altar, reúne al pueblo y le hace jurar la alianza con júbilo (15,8-15), y depone a su propia abuela por un ídolo (15,16).

En el segundo tiempo, todo se invierte. Ante la amenaza de Baasa, Asá ya no ora: saca del templo el oro que acababa de consagrar y compra la ayuda del rey de Damasco (16,2-3). El vidente Hanani le pone delante su propia historia: se apoyó en el Señor contra los etíopes y venció; ahora se ha apoyado en el rey de Siria (16,7-9). El rey que había obedecido la palabra de Azarías mete en el cepo a Hanani y oprime a parte del pueblo (16,10). Y cuando enferma, «ni aun en su dolencia recurrió al Señor» (16,12). El texto no condena la medicina, que la Escritura honra (ver nota a 16,12): el reproche es que el rey que buscaba a Dios dejó de buscarlo, en la guerra y en el dolor.

Asá no es un caso aislado. El cuadro que sigue muestra el mismo dibujo en Roboam; en Joás, fiel mientras vivió el sacerdote Joíada, que mandó apedrear al hijo de su bienhechor (24); en Amasías, que adoró los dioses del pueblo que acababa de vencer (25); en Ozías, que buscó a Dios mientras vivió su maestro Zacarías y luego se engrió (26), y aun en Ezequías, a quien Dios «dejó de su mano, a fin de probarle» (32,31). Y muestra también el dibujo inverso: Manasés, el peor de los reyes, se humilla en el destierro y es escuchado (33,12-13). El Cronista no escribe biografías edificantes ni condenas sin remedio: enseña que la fidelidad se juega en el presente. «El Señor está con vosotros cuando vosotros estáis con él», dice el hebreo de 15,2.

Dos palabras hebreas sostienen esta enseñanza. La primera es darash, «buscar» a Dios, que el primer libro de las Crónicas presentó ya como la clave de su manera de leer la historia (ver el ensayo del capítulo 10 de 1 Crónicas). La segunda es nishán, «apoyarse»: Judá venció a Jeroboam por haberse apoyado en el Señor (13,18), y Asá se apoyó en él contra Zara (14,11) y luego en el rey de Siria (16,7-8). La fe no es un capital acumulado que se puede gastar después, sino un apoyo que se elige cada día. Ezequiel lo enseñó a los desterrados: si el justo se aparta de su justicia, no se le recordarán sus obras justas; y si el malvado se convierte, vivirá (Ez 18,24.27).

El Nuevo Testamento recoge la advertencia. San Pablo escribe a los corintios, después de recordar las caídas de Israel en el desierto: «el que crea estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10,12). Y el Resucitado dice a la iglesia de Éfeso, que ha trabajado y sufrido por su nombre: «tengo contra ti que has dejado tu primer amor;

acuérdate de dónde has caído, conviértete y vuelve a tus obras primeras» (Ap 2,4-5). Las «obras primeras» de Éfeso se parecen a los «pasos primeros» que Josafat quiso seguir (17,3): el amor del principio.

Por eso la Iglesia habla de la perseverancia como de una gracia. Los creyentes «esperan justamente la gracia de la perseverancia final» (Catecismo, n. 2016), y la piden cada vez que rezan «no nos dejes caer en la tentación» (n. 2849); san Agustín dedicó a este don uno de sus últimos escritos, Sobre el don de la perseverancia. La historia de Asá no invita a la angustia, sino a una vigilancia humilde: el que empezó bien no está a salvo por haber empezado, y el que empezó mal no está perdido por eso. Basta volver cada día a buscar al Señor, que «se deja encontrar» (15,2.15).

PAUSA

1. Asá confió en Dios ante el millón de Zara, pero no ante Baasa. ¿En qué terrenos de tu vida dejas de contar con Dios?
2. Asá castigó al profeta que le dijo la verdad. ¿Cómo recibes las correcciones que te duelen?
3. ¿Qué «pasos primeros» de tu fe te gustaría recuperar?

Para orar. *Señor, no permitas que me aparte de ti; dame la gracia de buscarte hasta el final.*

17

Josafat: un rey que hace enseñar la ley

Josafat reinó veinticinco años (20,31), y 1 Reyes le dedica once versículos propios (1 Re 22,41-51), además de su papel junto a Acab y a Joram de Israel (1 Re 22; 2 Re 3). El Cronista le consagra cuatro capítulos (17 – 20). Este primero retrata un buen comienzo: el rey se afianza y busca al Dios de su padre (vv. 1-6), envía por las ciudades a príncipes, levitas y sacerdotes con el libro de la ley (vv. 7-9), los vecinos le temen y le pagan tributo (vv. 10-11), y se describen sus fortalezas y su ejército (vv. 12-19). La misión de enseñanza es lo más nuevo.

Josafat se afianza

1 Lo sucedió en el reino Josafat, su hijo, el cual prevaleció
siempre contra Israel [1]. 2 Y estableció compañías de soldados en todas las ciudades de Judá, cercadas de murallas; y
puso guarniciones en tierra de Judá y en las ciudades de
Efraín conquistadas por su padre Asá [2]. 3 Y el Señor estuvo con Josafat, porque siguió los pasos primeros de David,
su padre [3]; y no puso su confianza en los ídolos, 4 sino en
el Dios de su padre [4], siguiendo el camino de sus mandamientos, y apartándose de los pecados de Israel.

5 Con esto le aseguró el Señor en la posesión del reino, y
todo Judá ofrecía presentes a Josafat; de suerte que vino a
tener inmensas riquezas y mucha gloria [5]. 6 Y encendido
su corazón en celo por la observancia de las leyes del
Señor [6], quitó del país de Judá también los adoratorios de
los lugares excelsos y los bosques profanos.

Maestros de la ley

7 Asimismo el año tercero de su reinado dio comisión en-
tre los magnates de su corte [7] a Benaíl, y a Obdías, y a Za-
carías, y a Natanael, y a Miqueas para que enseñasen en
las ciudades de Judá; 8 enviando con ellos a los levitas Se-
meías, y Natanías, y Zabadías, y Asael, y Semiramot, y Jo-
natán, y Adonías, y Tobías y Tobadonías [8], levitas todos,
acompañados de los sacerdotes Elisama y Joram; 9 los cua-
les adoctrinaban al pueblo en Judá, llevando consigo el li-
bro de la ley del Señor [9]; y recorrían todas las ciudades de
Judá, instruyendo al pueblo.

10 Con esto el terror del nombre del Señor [10] se derramó
por todos los reinos circunvecinos de Judá, y no se atre-
vían a mover guerra contra Josafat. 11 Y aun los mismos fi-
listeos ofrecían presentes a Josafat, y le pagaban un tribu-
to en dinero; los árabes también le traían ganados [11], siete
mil setecientos carneros, y otros tantos machos cabríos.

Las fortalezas y el ejército

12 Fue, pues, Josafat haciéndose poderoso, y creciendo en
grandeza hasta lo sumo; y edificó en Judá alcázares a ma-
nera de torres [12], y ciudades muradas, 13 e hizo muchas
obras en las ciudades de Judá. Tenía también en Jerusalén
varones aguerridos y esforzados;

14 de los cuales ésta es la enumeración, según sus casas y fa-
milias: En Judá los jefes del ejército eran el general Ednas,
que tenía a sus órdenes trescientos mil hombres de gran
valor [13]; 15 y a éste se seguía Johanán, jefe que mandaba
doscientos ochenta mil hombres. 16 Después venía Ama-
sías, hijo de Zecri, consagrado al Señor [14], que tenía bajo
su mando doscientos mil valientes. 17 Inmediato a éste ve-
nía el valiente campeón Elíada [15], que tenía a sus órdenes
doscientos mil armados de arco y escudo. 18 Tras éste venía
Jozabad, y a sus órdenes ciento ochenta mil soldados de
tropa ligera. 19 Todos éstos estaban prontos a las órdenes
del rey; sin contar aquellos que había puesto de guarni-
ción en las ciudades muradas por todo el país de Judá.

¿Sabías que?

El nombre de Josafat tuvo una vida inesperada. En la Edad Media se hizo popularísima la leyenda de Barlaam y Josafat: un príncipe de la India, encerrado por su padre para que no conociera el dolor ni la fe cristiana, es convertido por el ermitaño Barlaam y termina dejando el trono para vivir en el desierto. Los dos entraron en el Martirologio romano, el 27 de noviembre. Hoy se sabe que la leyenda es una versión cristianizada de la vida de Buda, y que el nombre del príncipe viene, a través de formas como Joasaf, del título budista bodhisattva: el parecido con el nombre del rey de Judá es casual (Catholic Encyclopedia, «Barlaam and Josaphat», 1907).

Las cifras de los ejércitos

Rey	Ejército	Cita
Roboam	180.000 escogidos de Judá y Benjamín	11,1
Abía	400.000 contra 800.000; caen 500.000 de Israel	13,3.17
Asá	580.000 de Judá y Benjamín contra el millón de Zara	14,8-9
Josafat	1.160.000 en cinco cuerpos, sin las guarniciones	17,14-19
Amasías	300.000, y 100.000 de Israel a sueldo	25,5-6
Ozías	307.500 al mando de 2.600 jefes	26,12-13
Facee	120.000 de Judá muertos en un día; 200.000 cautivos	28,6.8
Acab	En Qarqar, 2.000 carros y 10.000 soldados, según Salmanasar III (853 a. C.)	1 Re 22
Senaquerib	Dice haberse llevado de Judá 200.150 personas (701 a. C.)	2 Re 18

Las dos últimas filas, tomadas de inscripciones asirias, sirven de comparación. El millón de Zara no tiene paralelo en ningún documento antiguo. Quizá élef, «millar», designaba en origen una unidad o un clan (ver el ensayo «¿Seiscientos mil?», en Números 1); pero el Cronista usa las cifras como un lenguaje: la grandeza del ejército dice la bendición del rey fiel, y la desproporción proclama que vence Dios, para quien «lo mismo es dar socorro por medio de pocos que de muchos» (14,11). Hay que leerlas según las maneras de narrar de su época (Catecismo 110; Comisión Bíblica, 2014, n. 70).

PAUSA

1. Josafat envió maestros con el libro de la ley a todas las ciudades. ¿Quién te enseñó a ti la fe, y a quién se la estás enseñando tú?
2. ¿Qué lugar ocupa la Escritura en tu formación cristiana?

Para orar. *Señor, que tu palabra recorra mi casa y mi ciudad, y que yo sepa transmitirla.*

18

Josafat y Acab: la batalla de Ramot de Galaad

Este capítulo copia casi palabra por palabra 1 Re 22,1-35, la historia de Miqueas, hijo de Jemla, y de la muerte de Acab (ver 1 Re 22 y su ensayo). El Cronista, que no cuenta las historias del reino del norte, la recoge porque en ella está Josafat, y le cambia el marco: empieza con la riqueza del rey y su parentesco con Acab (vv. 1-3), añade que en la batalla el Señor lo socorrió (v. 31) y omite el final de Acab (1 Re 22,36-38). La pregunta la hará el profeta Jehú (19,2): ¿qué hace un rey que busca a Dios en tan mala compañía?

La alianza con Acab

[1] Fue, pues, Josafat muy rico, y adquirió mucha gloria; y emparentó con Acab [1]. [2] Al cabo de algunos años pasó a visitar a éste en Samaria, por cuya llegada hizo matar Acab muchísimos carneros y bueyes para él y para la gente que con él había venido, y lo persuadió de ir con él contra Ramot de Galaad [2]. [3] Dijo, pues, Acab, rey de Israel, a Josafat, rey de Judá: Ven conmigo a Ramot de Galaad. Le respondió Josafat: Tú y yo somos una misma cosa [3], y una misma cosa tu pueblo y el mío, y así iremos contigo a la guerra.

Los cuatrocientos profetas

4 Añadió Josafat al rey de Israel: Te ruego que consultes en
este lance qué es lo que dice el Señor [4]. 5 Juntó, pues, el
rey de Israel cuatrocientos profetas, y les dijo: ¿Debemos
ir a atacar a Ramot de Galaad, o estarnos quedos? Respon-
dieron ellos: Marcha; que Dios entregará esa ciudad en po-
der del rey. 6 Replicó Josafat: ¿No hay aquí algún profeta
del Señor, para que también le consultemos? 7 Dijo el rey
de Israel a Josafat: Aquí hay un hombre por quien pode-
mos inquirir la voluntad del Señor; mas yo lo aborrezco [5],
porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre des-
dichas; éste tal es Miqueas, hijo de Jemla. Y respondió Jo-
safat: No hables, oh rey, de esa manera. 8 Llamó, pues, el
rey de Israel a uno de los eunucos o camareros [6], y le dijo:
Llama luego a Miqueas, hijo de Jemla.

9 Entretanto el rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, vesti-
dos de traje real, estaban ambos sentados en tronos; el si-
tio donde estaban era una plaza, junto a la puerta de Sa-
maria; y todos aquellos profetas iban vaticinando en su
presencia. 10 Sedecías, hijo de Canaana, se hizo unos cuer-
nos de hierro, y dijo: Esto dice el Señor: Con éstas volte-
arás tú a la Siria, hasta hacerla añicos. 11 Y todos aquellos
profetas vaticinaban del mismo modo, diciendo: Sal con-
tra Ramot de Galaad, y tendrás próspero suceso; el Señor
la entregará en poder del rey.

Miqueas ante los dos reyes

12 Por lo que el mensajero que había ido a llamar a Miqueas, previno a éste: Mira que todos los profetas a una
voz anuncian al rey felices sucesos; por lo que te ruego que
tu lenguaje sea conforme al suyo, y anuncies cosas favora-
bles. 13 Le respondió Miqueas: Vive el Señor, que todo
aquello que mi Dios me dijere, eso hablaré. 14 Se presentó,
pues, al rey; el cual le dijo: Miqueas, ¿debemos declarar la
guerra contra Ramot de Galaad, o estarnos quietos? Le
respondió Miqueas: Id; porque todo os saldrá
felizmente [7], y los enemigos serán entregados en vuestras
manos. 15 Replicó el rey: En nombre del Señor te conjuro
una y otra vez, que no me hables sino la verdad.
16 Entonces dijo Miqueas: He visto a todo Israel disperso
por los montes, como ovejas sin pastor; y ha dicho el Se-
ñor: Estos no tienen quien los mande; que se vuelva cada
uno en paz a su casa. 17 Y dijo el rey de Israel a Josafat: ¿No
te dije yo que éste no me anunciaría cosa buena, sino sólo
desdichas?

18 Pero Miqueas replicó: Pues oíd aún la palabra del Señor:
He visto yo al Señor sentado en su trono, y a toda la mili-
cia celestial en torno de él a la diestra y a la siniestra. 19 Y
ha dicho el Señor: ¿Quién engañará a Acab, rey de Israel, a
fin de que salga a campaña y perezca en Ramot de Galaad?
Y diciendo quién una cosa y quién otra, 20 sobrevino cierto

espíritu, y presentándose ante el Señor, dijo: Yo lo engañaré. Le preguntó el Señor: ¿Cómo lo engañarás tú? 21 Iré, respondió él, y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas. Y el Señor le contestó: Lo engañarás y te saldrás con ello; anda, y hazlo así [8]. 22 En consecuencia ya ves cómo el Señor ha puesto o permitido [9] el espíritu de mentira en la boca de todos tus profetas; y el Señor mismo ha pronunciado contra ti desastres.

23 Entonces Sedecías, hijo de Canaana, se acercó y dio a Miqueas un bofetón, diciendo: ¿Por qué camino se ha ido de mí el espíritu del Señor para ir a hablarte a ti? 24 Respondió Miqueas: Tú mismo lo verás en aquel día, en que irás huyendo de aposento en aposento para esconderte. 25 Pero el rey de Israel dio una orden diciendo: Prended a Miqueas, y llevadlo a Amón, gobernador de la ciudad, y a Joás, hijo de Amelec, 26 y les diréis: Esto manda el rey: Metedlo en la cárcel, y dadle un pedazo de pan y un poquito de agua, hasta mi feliz regreso. 27 A lo que dijo Miqueas: Si regresases tú felizmente, no será verdad que el Señor haya hablado por mi boca. Y añadió: Oídlo, pueblos todos.

La batalla de Ramot de Galaad

28 Sin embargo, el rey de Israel y Josafat, rey de Judá, marcharon [10] contra Ramot de Galaad. 29 Mas el rey de Israel dijo a Josafat: Yo mudaré de traje [11], y entraré de este modo en batalla; tú lleva tus vestidos. En efecto, el rey de

Israel entró disfrazado en el combate. 30 Había dado el rey de Siria esta orden a los capitanes de su caballería: No peleéis contra nadie, pequeño ni grande, sino tan solamente contra el rey de Israel.

31 Y así luego que los comandantes de la caballería vieron a Josafat, dijeron: El rey de Israel es ése; y rodeándolo cargaron sobre él. Pero él invocó a gritos al Señor, el cual lo socorrió, y los desvió de él [12]. 32 Porque habiendo visto los capitanes de la caballería que no era el rey de Israel, lo dejaron.

33 Entretanto sucedió que uno de la tropa, tirando sin objeto particular una saeta, hirió al rey de Israel entre el cuello y la espalda [13]; por lo que dijo el rey a su cochero: Vuelve atrás, y sácame del combate, porque estoy herido. 34 Con esto se acabó en aquel día la guerra [14]. El rey de Israel se mantuvo en su coche hasta la tarde, enfrente a los siros, y murió al ponerse el sol.

PAUSA

1. Josafat pidió consultar al Señor cuando ya había dado su palabra a Acab. ¿Buscas el consejo de Dios antes de decidir, o solo para confirmar lo que ya decidiste?
2. En la batalla, Josafat clamó y fue escuchado, aunque se había equivocado. ¿Te atreves a clamar a Dios también cuando la culpa es tuya?

Para orar. *Señor, dame un corazón que escuche tu palabra y la cumpla, aunque contradiga a todos.*

19

Josafat pone jueces en Judá

De vuelta en Jerusalén, Josafat escucha la reprensión del profeta Jehú: ha ayudado a un impío, pero Dios ve también el bien que hay en él (vv. 1-3). El rey responde con una segunda reforma: recorre en persona su reino «desde Bersabee hasta la montaña de Efraín» (v. 4), nombra jueces en las ciudades fortificadas y los exhorta a juzgar en nombre de Dios (vv. 5-7), y establece en Jerusalén un tribunal de levitas, sacerdotes y jefes de familia, presidido por el sumo sacerdote en las causas de Dios y por un príncipe de Judá en los asuntos del rey (vv. 8-11). Reyes no cuenta nada de esto.

La reprensión de Jehú

1 Pero Josafat, rey de Judá, regresó a su palacio en Jerusalén, sano y salvo [1]; 2 a cuyo encuentro vino Jehú, profeta, hijo de Hanani [2], y le dijo: Tú das socorro a un impío, y te estrechas en amistad con gente que aborrece al Señor [3]; por tanto merecías experimentar la ira del Señor. 3 Mas se han hallado en ti buenas obras [4]; pues arrancaste los bosques idolátricos de la tierra de Judá; y has convertido tu corazón en busca del Señor Dios de tus padres.

Los jueces de Josafat

4 Habitó, pues, Josafat en Jerusalén, y salió de nuevo a visitar a su pueblo desde Bersabee hasta la montaña de Efraín, y redujo sus vasallos al Señor Dios de sus padres [5].

5 Puso además jueces en todas las ciudades fuertes de Judá [6] y en todas partes. 6 Y dando sus órdenes a los jueces: Mirad, les dijo, mirad lo que hacéis, porque ejercéis las veces, no de un hombre, sino del Señor [7], y cualquier sentencia que diereis recaerá sobre vosotros [8]. 7 Esté con vosotros el temor del Señor, y haced todas las cosas con exactitud; pues en Dios nuestro Señor no cabe injusticia, ni soborno, ni codicia de dones [9].

8 Josafat estableció también en Jerusalén levitas, y sacerdotes [10], y príncipes o cabezas de las familias de Israel, para que hiciesen justicia a sus moradores y juzgasen las causas del Señor [11]; 9 y les dio sus órdenes, y dijo: Debéis portaros con fidelidad y con sincero corazón [12] en el temor del Señor. 10 En cualquier pleito entre familia y familia [13] de vuestros hermanos que habitan en sus ciudades, que viniere a vuestro tribunal, siempre que se trate de la ley, de los mandamientos, de las ceremonias o de los preceptos, los instruiréis, para que no pequen contra el Señor; a fin de que no descargue su ira sobre vosotros y sobre vuestros hermanos; obrando así no pecaréis. 11 A este fin Amarías, vuestro sumo sacerdote, presidirá en todo

aquello que concierne a Dios [14]; y Zabadías, hijo de Ismahel, príncipe de la casa de Judá, presidirá en todos los negocios pertenecientes al servicio del rey; tenéis también entre vosotros los levitas, los cuales os servirán de maestros [15]; cobrad ánimo y cumplid exactamente vuestros deberes, que el Señor os colmará de bienes.

PARA PROFUNDIZAR

Josafat, «el Señor juzga»: maestros de la ley y jueces

El nombre de Josafat, Yehoshafat, significa «el Señor juzga», y el Cronista hace de él un programa. 1 Reyes recuerda sobre todo su alianza con Acab (1 Re 22); las Crónicas le atribuyen dos reformas que Reyes no menciona: la enseñanza de la ley en las ciudades (17,7-9) y la organización de la justicia (19,4-11). Ambas nacen de un principio: Israel vive de la ley de Dios, y esa ley tiene que ser conocida y aplicada.

La primera reforma es una catequesis. En el tercer año de su reinado, Josafat envía a cinco príncipes de su corte, nueve levitas y dos sacerdotes, que recorren las ciudades «llevando consigo el libro de la ley del Señor» (17,9; ver nota a 17,7). El Deuteronomio mandaba leer la ley a todo el pueblo (Dt 31,9-13) y confiaba a los levitas la enseñanza (Dt 33,10); el Cronista, que escribe en la estela de Esdras y de los levitas que leían el libro de la ley y explicaban su sentido (Neh 8,8), ve en Josafat un precursor. El texto pone la misión entre la piedad del rey y el respeto de los pueblos vecinos (17,10): antes que el ejército, la palabra.

La segunda reforma es judicial. Josafat pone jueces en las ciudades fortificadas, como mandaba Dt 16,18, y les da una instrucción que es un pequeño tratado de ética: «Mirad lo que hacéis, porque ejercéis las veces, no de un hombre, sino del Señor» (19,6). El juez juzga en nombre de Dios, ante Dios y con Dios (ver notas a 19,6). De ahí sus exigencias: el temor del Señor, la diligencia y la imitación de Dios, en quien «no cabe injusticia, ni soborno, ni codicia de dones» (19,7; Dt 1,17; 10,17; 16,19-20). En Jerusalén, un tribunal de levitas, sacerdotes y jefes de familia resuelve los casos difíciles que llegan de las ciudades (19,8-10), como preveía Dt 17,8-13.

El último versículo distingue dos competencias: el sumo sacerdote Amarías preside «en todo aquello que concierne a Dios», y Zabadías, príncipe de Judá, «en todos los negocios pertenecientes al servicio del rey» (19,11). Torres Amat lo comenta en una nota de 1824: «En este lugar se da una importantísima instrucción a los reyes y jueces de la tierra»; ve aquí «la distinción de las dos jurisdicciones civil y eclesiástica», y compara a Zabadías con «el prefecto del pretorio» de los romanos. La nota se inscribe en una doctrina antigua. El papa Gelasio I escribió al emperador Anastasio, en el año 494, que el mundo se gobierna principalmente por dos poderes, la autoridad sagrada de los pontífices y la potestad real, y León XIII lo resumió en 1885: Dios ha repartido el gobierno del género humano entre el poder eclesiástico, «puesto al frente de los intereses divinos», y el poder civil, «encargado de los intereses humanos» (Immortale Dei).

Hay que leer la nota con cuidado. El texto no habla de Iglesia y Estado, que no existían, sino de dos ámbitos dentro de un mismo pueblo de la alianza, bajo un mismo rey y una misma ley: tam-

bién las causas «del rey» se juzgan en el temor del Señor. Pero la intuición es valiosa, y los primeros lectores del Cronista la conocían: en la Judea de la época persa gobernaban juntos un gobernador y un sumo sacerdote, Zorobabel y Josué (Ag 1,1; Zac 4,14). Jesús dio a la distinción su forma definitiva: «Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21). El concilio Vaticano II enseña que la comunidad política y la Iglesia «son independientes y autónomas, cada una en su propio terreno», y que ambas, por títulos distintos, están al servicio del hombre (Gaudium et spes, 76; Catecismo, n. 2245).

La justicia de los jueces sigue siendo una cuestión de fe. El Catecismo define la justicia como la voluntad constante de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido, y cita la ley del Levítico: «Siendo juez no hagas injusticia, ni por favor del pobre, ni por respeto al grande» (Lv 19,15; Catecismo, n. 1807). Y el reformador no es un santo de vitral: Josafat se alió con Acab (18,1), fue reprendido por ello (19,2) y volverá a asociarse con un rey impío (20,35-37). El Cronista no esconde sus faltas; muestra que un hombre de corazón dividido pudo dar a su pueblo maestros y jueces. «El Señor juzga»: por eso los jueces de la tierra deben juzgar como él.

PAUSA

1. «No juzgáis en nombre de un hombre, sino del Señor». ¿Cómo juzgas a los demás en tu casa, en tu trabajo, en tus palabras?
2. Jehú reprendió a Josafat, pero reconoció también el bien que había en él. ¿Sabes corregir sin dejar de ver lo bueno del otro?

Para orar. *Señor, que en cada juicio mío haya temor de ti, justicia y misericordia.*

20

La victoria cantada de Josafat

Casi todo este capítulo (vv. 1-30) no tiene paralelo en los libros de los Reyes, y es una de las páginas más características del Cronista. Moabitas, amonitas y gentes del monte Seir invaden Judá rodeando el mar Muerto, y Josafat no reúne primero un ejército, sino una asamblea de oración en el templo (vv. 1-13). El espíritu del Señor viene sobre un levita cantor, que promete la victoria con las palabras de Moisés ante el mar Rojo (vv. 14-19). Judá sale precedido por los cantores, y los enemigos se destruyen entre sí (vv. 20-30). El final del reinado trae una alianza que fracasa (vv. 31-37).

La amenaza y la oración del rey

1 Después de esto se coligaron los hijos de Moab y los hijos
de Amón, y con ellos algunos amonitas [1], contra Josafat
para hacerle guerra. 2 Y llegaron unos mensajeros a avisar
a Josafat, diciendo: Viene contra ti una gran muchedum-
bre de los países de la otra parte del mar muerto, y de la
Siria [2]; y ahora están acampados en Asasontamar, por
otro nombre Engaddi [3]. 3 Con esto Josafat, atemorizado,
se dedicó todo a suplicar al Señor [4], y ordenó un ayuno a
todo el pueblo de Judá. 4 Y se juntó el pueblo de Judá para

implorar el socorro del Señor, y toda la gente venía desde sus ciudades a presentarle sus ruegos.

5 Y puesto Josafat en medio del concurso de Judá y de Jerusalén en el templo del Señor delante del atrio nuevo,
6 dijo: Señor Dios de nuestros padres, tú eres el Dios del cielo y el dueño de todos los reinos de las naciones [5]; en tus manos están la fortaleza y el poder, y nadie puede resistirte. 7 ¿No es así que tú, oh Dios nuestro, acabaste con todos los moradores de esta tierra delante de Israel, tu pueblo, y se la diste para siempre a los descendientes de tu amigo Abrahán [6]? 8 Los cuales la habían habitado, y erigido en ella un santuario a tu Nombre, diciendo: 9 Si descargaren males sobre nosotros [7], la espada vengadora, o peste, o hambre, nos presentaremos en tu acatamiento dentro de esta casa en que ha sido invocado tu Nombre, y clamaremos a ti en nuestras tribulaciones, y tú nos oirás y nos salvarás.

10 Ahora, pues, los hijos de Amón y los de Moab, y los de la montaña de Seir, por cuyas tierras no permitiste que pasase Israel [8] al salir de Egipto, antes se desvió Israel de ellos, y no los mató: 11 he aquí que proceden al contrario, y hacen todo esfuerzo para arrojarnos del país, cuya posesión nos diste. 12 ¡Oh Dios nuestro! ¿y no castigarás tú esas gentes? En nosotros ciertamente no hay tanta fuerza que podamos resistir a esa multitud que nos acomete. Mas no sabiendo

lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que volver a ti nuestros ojos [9]. 13 Estaba a la sazón todo Judá delante del Señor con los niños, mujeres e hijos [10].

El oráculo del levita Jahaziel

14 Se hallaba allí Jahaziel, hijo de Zacarías, hijo de Banaías, hijo de Jehiel, hijo de Matanías, levita, de la familia de Asaf, y entró en él el espíritu del Señor [11], en medio de aquel concurso, 15 y dijo: Atención, oh pueblo de Judá, y vosotros habitantes de Jerusalén, y tú, oh rey Josafat: Esto os dice el Señor: No tenéis que temer ni acobardaros a vista de esa muchedumbre, porque el combate no está a cargo vuestro, sino de Dios [12]. 16 Mañana marcharéis contra ellos, pues han de subir por la cuesta llamada Sis, y los encontraréis en la extremidad del torrente que corre hacia el desierto de Jeruel. 17 No tendréis vosotros que pelear; manteneos solamente a pie firme con confianza, y veréis [13], oh habitantes de Judá y Jerusalén, el socorro del Señor sobre vosotros; no tenéis que temer ni acobardaros; mañana saldréis contra ellos, y el Señor estará con vosotros.

18 Al oír esto Josafat y el pueblo de Judá, y los habitantes todos de Jerusalén, se postraron rostro por tierra ante el Señor, y lo adoraron [14]. 19 Al mismo tiempo los levitas del linaje de Caat y del linaje de Coré [15], cantaban alabanzas al

Señor Dios de Israel con grandes voces, que llegaban hasta el cielo.

La victoria cantada

20 Y a la mañana siguiente poniéndose en movimiento, tomaron el camino del desierto de Tecue; y comenzada la marcha, Josafat, puesto en medio de ellos, dijo: Oídme, varones de Judá, y vosotros habitantes todos de Jerusalén: Confiad en el Señor Dios vuestro, y estaréis seguros [16]; creed a sus profetas, y todo irá felizmente. 21 Hizo después sus advertencias al pueblo, y señaló cantores del Señor, para que distribuidos en coros [17] cantasen sus alabanzas, y precediendo al ejército, dijesen todos a una voz: Glorificad al Señor, porque es eterna su misericordia. 22 Luego que dieron principio al canto, convirtió el Señor contra sí mismos las estratagemas de los enemigos [18], es decir, de los amonitas, y de los moabitas, y de los pueblos de la montaña de Seir, que habían venido para pelear contra Judá, y quedaron derrotados. 23 Porque los amonitas y moabitas se levantaron contra los moradores de la montaña de Seir, los destrozaron y acabaron con ellos; y ejecutado esto, volviendo luego las armas contra sí mismos, se mataron unos a otros a cuchilladas.

24 Los de Judá, así que llegaron a la altura desde donde se descubre el desierto, vieron a lo lejos todo aquel espacioso campo cubierto de cadáveres, y que ni uno siquiera había

escapado a la mortandad [19]. [25] Llegó, pues, Josafat con todo su ejército para coger los despojos de los muertos; y hallaron entre los cadáveres muchas alhajas, y vestidos, y vasos preciosísimos, y lo cogieron todo; siendo tanto el botín, que no sabían cómo llevarlo, ni pudieron en tres días recoger todos los despojos. [26] Finalmente, el cuarto día se reunieron en el valle de Bendición [20]; pues por haber ellos bendecido allí al Señor, dieron a aquel lugar el nombre de valle de Bendición, que conserva hasta hoy día.

[27] Desde donde toda la tropa de Judá y los habitantes de Jerusalén regresaron a esta ciudad, precedidos de Josafat, alegres sobremanera por haberles concedido el Señor el triunfar de sus enemigos. [28] Y entraron en Jerusalén y en la casa del Señor al son de los salterios, y de cítaras, y de trompetas. [29] Y se derramó el terror del Señor sobre todos los reinos cercanos, así que oyeron cómo el Señor había peleado contra los enemigos de Israel. [30] Con esto quedó en paz el reino de Josafat, y le dio el Señor tranquilidad por todas partes.

El final del reinado de Josafat

[31] De esta suerte reinó Josafat sobre Judá: siendo de treinta y cinco años cuando comenzó a reinar; y reinó veinticinco años en Jerusalén; su madre se llamó Azuba, hija de Selahí. [32] E imitó a su padre Asá, sin degenerar de él en cosa alguna, haciendo lo que era grato a los ojos del Señor.

33 Aunque no quitó los lugares altos [21], y el pueblo no había aún enderezado bien su corazón al Señor Dios de sus padres. 34 Los demás hechos de Josafat desde el principio al fin están escritos en el Libro de Jehú, hijo de Hanani, que los insertó en el Libro de los Reyes de Israel [22].

35 Al cabo Josafat, rey de Judá, muerto Acab, contrajo amistad con Ocozías, rey de Israel, cuyas obras fueron sumamente impías [23]. 36 Y se unió con él para construir naves que hiciesen el viaje a Tarsis [24], y formaron una armada en Asiongaber. 37 Mas Eliezer, hijo de Dodau de Maresa [25], profetizó a Josafat, diciendo: Por cuanto has hecho liga con Ocozías, el Señor ha destruido tus designios. En efecto, las naves dieron al través, y no pudieron hacer el viaje a Tarsis.

¿Sabías que?

Al este de Jerusalén, entre la ciudad vieja y el monte de los Olivos, corre el valle del Cedrón, que la tradición cristiana llama «valle de Josafat» desde el siglo IV (así el Peregrino de Burdeos, en el año 333, y el *Onomástico* de Eusebio y de san Jerónimo), y en el que después también judíos y musulmanes situaron el juicio final: se lo identificó con el lugar donde, según Joel, Dios juzgará a las naciones (Jl 4,2.12). El Cedrón era ya la gran necrópolis de Jerusalén en tiempos de los reyes, y esa esperanza lo llenó todavía más de tumbas. Un inmenso cementerio judío ocupa la falda del monte de los Olivos, donde muchos quisieron ser enterrados para estar en primera fila el día de la resurrección (cf. Zac 14,4), y al otro lado, junto a la muralla oriental, está el cementerio musulmán. En el fondo del valle, detrás del llamado monumento de Absalón, una tumba excavada en la roca hacia el comienzo de nuestra era lleva por tradición el nombre de «tumba de Josafat», aunque nada tiene que ver con el rey de este capítulo.

El mar Rojo y el valle de Bendición

Éxodo 14 – 15	2 Crónicas 20
Ven venir al faraón, tienen miedo y claman al Señor (14,10)	Josafat, atemorizado, busca al Señor y ora en el templo (20,3-12)
«No temáis; estad firmes y veréis la salvación del Señor» (14,13)	«No tenéis que temer... manteneos solamente a pie firme... y veréis el socorro del Señor» (20,15.17)
«El Señor peleará por vosotros» (14,14)	«El combate no está a cargo vuestro, sino de Dios» (20,15); «el Señor había peleado» (20,29)
Habla Moisés, el siervo del Señor (14,13)	Habla Jahaziel, levita cantor, sobre quien viene el espíritu del Señor (20,14)
Dios confunde a los egipcios y el mar los cubre, sin que Israel combata (14,24-28)	Mientras Judá canta, los enemigos se destruyen entre sí (20,22-23)
«No quedó ni uno de ellos»; Israel ve a los egipcios muertos en la orilla (14,28.30)	«Ni uno siquiera había escapado»; el campo cubierto de cadáveres (20,24)
«El pueblo creyó en el Señor y en Moisés, su siervo» (14,31)	«Confiad en el Señor... creed a sus profetas» (20,20)
El canto de Moisés y la danza de María con los panderos (15,1-21)	Los cantores delante del ejército; la bendición en el valle; salterios, cítaras y trompetas en el templo (20,21.26-28)
Tiemblan Edom, Moab y los habitantes de Canaán (15,14-16)	«Se derramó el terror del Señor sobre todos los reinos cercanos» (20,29)

El Cronista cuenta la victoria de Josafat con las palabras del paso del mar: la salvación sigue siendo obra de Dios, y al pueblo le toca creer, mantenerse firme y cantar. La Liturgia de las Horas une 20,17 con Ef 6,12.14 («estad firmes»), y Joel llamará «valle de Josafat», «el Señor juzga», al lugar del juicio de las naciones (Jl 4,2.12).

PARA PROFUNDIZAR

«El combate no está a cargo vuestro, sino de Dios»: la victoria cantada de Josafat

La noticia llega como un golpe: una gran muchedumbre de moabitas, amonitas y gentes del monte Seir ha rodeado el mar Muerto y acampa ya en Engadí (20,1-2). El Cronista no oculta que Josafat tuvo miedo (20,3). Lo notable es lo que hace con su miedo. No pasa revista a sus tropas, que en el capítulo 17 se contaban por cientos de miles, sino que se pone a «buscar» al Señor, proclama un ayuno y reúne a todo Judá en el templo, «con los niños, mujeres e hijos» (20,13). Torres Amat anota que así se hacía en las calamidades públicas, para hacer a Dios una violencia que le agrada, y recuerda a Tertuliano, que describe las asambleas de los cristianos como un asedio a Dios con la oración (*Apologético* 39).

La oración del rey (20,6-12) es una pequeña escuela de oración en el peligro. Empieza por Dios, Señor del cielo y de todos los reinos; recuerda lo que ha hecho, la tierra dada a la descendencia de Abrahán, «tu amigo»; invoca la promesa de la dedicación del templo, que Dios escucharía a su pueblo cuando clamara en esta casa (6,28-30; 7,13-14), y solo al final presenta el problema: los vecinos a quienes Israel respetó al salir de Egipto vienen ahora a echarlo de su tierra. La conclusión es una confesión de impotencia: «no sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que volver a ti nuestros ojos» (20,12). Es la humildad que el Catecismo pone en la base de toda oración (n. 2559).

La respuesta llega en medio de la asamblea, por boca de un levita de la familia de Asaf, Jahaziel, sobre quien viene el espíritu del

Señor (20,14). Sus palabras son las de Moisés ante el mar Rojo: no temáis, estad firmes y veréis la salvación del Señor, que peleará por vosotros (Éx 14,13-14; ver el cuadro de este capítulo). Al día siguiente, el rey resume la fe que se pide al pueblo con un juego de palabras que Isaías repetirá a Acaz: creed en el Señor y estaréis firmes (20,20; Is 7,9). Creer no es aquí sentir seguridad, sino apoyarse en Dios y quedarse en pie.

Entonces viene la escena más sorprendente del libro: el ejército sale precedido por los cantores, que entonan el estribillo del templo, «Glorificad al Señor, porque es eterna su misericordia» (20,21). «Luego que dieron principio al canto», los enemigos se vuelven unos contra otros (20,22-23). Judá no levanta la espada: recoge el botín durante tres días, bendice al Señor en el valle que desde entonces se llamó de Bendición y vuelve al templo con salterios, cítaras y trompetas (20,25-28). La campaña entera es una liturgia. Sobre todo desde el estudio de G. von Rad (1951) se habla de la «guerra santa» del antiguo Israel, en la que Dios es el combatiente y la victoria es don suyo; muchos observan que en las Crónicas esa guerra se convierte casi en un acto de culto, un ideal pensado para una comunidad sin rey ni ejército, que solo podía confiar en Dios.

El relato tiene, con todo, un filo duro: el campo cubierto de cadáveres y «ni uno siquiera» que escapara (20,24). El texto celebra la liberación, no la matanza, que no es obra de Judá, y el lector cristiano lo lee sabiendo que el Antiguo Testamento contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo 122) y que el Señor manda amar a los enemigos (Mt 5,44). La Iglesia ha encontrado en esta página otra clave. En el Oficio de lectura del viernes de la

15.ª semana del tiempo ordinario la une, en el responsorio, a las palabras de san Pablo: nuestra lucha no es contra la carne y la sangre; estad, pues, firmes, ceñidos con la verdad (Ef 6,12.14). Y Pablo describe a continuación la armadura del cristiano: la verdad, la justicia, la fe y la palabra de Dios (Ef 6,14-17). «La oración es un combate», enseña el Catecismo (n. 2725), y Josafat muestra cómo se libra: con ayuno, con súplica humilde, escuchando la palabra y alabando antes de ver la victoria.

Siglos después, Pablo y Silas, presos en Filipos, cantaban himnos a Dios a medianoche cuando la tierra tembló y se abrieron las puertas de la cárcel (Hch 16,25-26). La alabanza no es el premio de la victoria, sino su comienzo. Y el nombre del rey, Josafat, «el Señor juzga», que Joel dará al valle del juicio de las naciones (Jl 4,2.12), resume la lección de su vida: la última palabra sobre la historia no la tienen los ejércitos.

PAUSA

1. «No sabiendo lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que volver a ti nuestros ojos». ¿Qué situación de tu vida necesita hoy esa oración?
2. Los cantores iban delante del ejército. ¿Alabas a Dios antes de ver la solución, o solo cuando ya llegó?
3. Josafat se asoció con un rey impío y sus naves se rompieron. ¿Qué alianzas o amistades te apartan de Dios?

Para orar. *Señor, cuando no sepa qué hacer, que mis ojos se vuelvan a ti, y que mi primera palabra sea tu alabanza.*

21

Joram y la carta de Elías

Joram, hijo del piadoso Josafat, es uno de los peores reyes de Judá. Empieza matando a sus hermanos (vv. 1-4), sigue los caminos de la casa de Acab, cuya hija era su esposa, y pierde Edom y Lobna (vv. 5-11). Entonces le llega una carta del profeta Elías que anuncia el castigo (vv. 12-15), y el capítulo cuenta su cumplimiento: filisteos y árabes, la enfermedad y una muerte sin honores (vv. 16-20). Los libros de los Reyes despachan este reinado en nueve versículos (2 Re 8,16-24); el Cronista añade el fratricidio, la carta y el final. Y aun así, Dios no apaga la lámpara de David (v. 7).

Un rey que empieza matando

1 Pasó, en fin, Josafat a descansar con sus padres, y fue se-
pultado con ellos en la ciudad de David; sucediéndole en el
reino su hijo Joram; 2 cuyos hermanos, hijos de Josafat,
fueron Azarías, y Jahiel, y Zacarías, y Azarías, y Micael [1] y
Safatías; todos hijos de Josafat, rey de Judá. 3 Y les dio su
padre muchas sumas de oro y de plata, y preciosidades, y
ciudades muy bien pertrechadas en Judá; pero el reino se
lo entregó a Joram, por ser el primogénito [2]. 4 Tomó,
pues, Joram posesión del reino de su padre; y asegurado

en su trono, pasó a cuchillo a todos sus hermanos [3], y a algunos de los principales de Israel.

5 Treinta y dos años tenía Joram cuando comenzó a reinar;
y reinó ocho años en Jerusalén. 6 Y siguió los pasos de los
reyes de Israel, como lo había hecho la casa de Acab; pues
tenía por mujer a una hija de éste [4], y así hizo lo malo en
la presencia del Señor. 7 Mas el Señor no quiso destruir la
casa de David, a causa del pacto hecho con él, y por haber-
le prometido que le dejaría a él y a sus hijos una lámpara
en todo tiempo [5].

Edom y Lobna se rebelan

8 Por aquellos días se rebeló la Idumea, sacudiendo el yugo
de Judá [6], y se creó rey propio. 9 Y pasando a ella Joram
con sus capitanes y con toda la caballería que consigo te-
nía, salió de noche y derrotó a los idumeos [7] y a todos los
capitanes de su caballería, que lo habían cercado. 10 Con
todo eso la Idumea se mantuvo rebelde, sustrayéndose del
dominio de Judá, como está hoy día. También en este
tiempo se separó la ciudad de Lobna, negándole la obe-
diencia; y por haber Joram abandonado así al Señor Dios
de sus padres [8]; 11 además de que erigió adoratorios en los
lugares altos de las ciudades de Judá, e hizo idolatrar a los
habitantes de Jerusalén [9], y prevaricar a Judá.

La carta del profeta Elías

12 Entonces le entregaron una carta del profeta Elías [10], en
la cual estaba escrito: Esto dice el Señor Dios de tu padre
David: Ya que tú no has seguido las pisadas de Josafat, tu
padre, ni las pisadas de Asá, rey de Judá, 13 sino que has
andado por el camino de los reyes de Israel, y has hecho
idolatrar a Judá, y a los habitantes de Jerusalén, imitando
la impiedad de la casa de Acab, además de haber muerto a
tus hermanos, estirpe de tu padre, harto mejores que
tú [11]; 14 he aquí que te castigará el Señor con un terrible
azote a ti y a tu pueblo, y a tus hijos y mujeres, y a todas
tus cosas. 15 Tú en particular enfermarás de una dolencia
de vientre tan maligna, que irás echando las entrañas
poco a poco un día tras otro [12].

El castigo y la muerte de Joram

16 Suscitó, pues, el Señor contra Joram el espíritu de los fi-
listeos y de los árabes [13], confinantes con los etíopes. 17 Y
entraron en la tierra de Judá, y la devastaron, y saquearon
cuanto había en el palacio del rey, llevándose además sus
hijos y mujeres, sin que le quedase otro hijo que Joacaz [14],
el cual era el menor de todos.

18 Y además de esto, lo hirió el Señor con una enfermedad
incurable de vientre [15]. 19 De esta suerte, sucediéndose
unos a otros los días y estaciones, se pasaron dos años [16];

hasta que consumido lentamente de la podredumbre, tanto que arrojaba sus mismas entrañas, acabó al tiempo de penar y de vivir. Muerto que fue de una tan horrible enfermedad, el pueblo no le celebró exequias, quemándole perfumes [17] como a sus antecesores, según costumbre. [20] Treinta y dos años tenía cuando comenzó a reinar, y ocho años reinó en Jerusalén. Su proceder no fue recto [18]. Lo sepultaron en la ciudad de David; mas no en el sepulcro de los reyes.

¿Sabías que?

La tradición judía nunca dejó de esperar a Elías, el profeta que no murió y que ha de volver antes del día del Señor (Mal 3,23-24). El *Seder Olam Rabbá*, una crónica rabínica atribuida a rabí Yosé ben Jalaftá, del siglo II, dice que Elías fue «escondido» y que desde entonces «escribe los hechos de todas las generaciones». En la cena de Pascua, muchas familias judías llenan una copa para Elías y abren la puerta para recibirlo, y en la circuncisión se le reserva una silla, «la silla de Elías». Los cristianos, con el Evangelio, reconocen en Juan Bautista al Elías que había de venir (Mt 17,10-13).

PARA PROFUNDIZAR

La carta del profeta Elías

Joram, hijo de Josafat, reinó ocho años en Jerusalén (21,5), y el Cronista los cuenta con dureza. Empezó matando a sus herma-

nos, «harto mejores» que él (21,4.13); se casó con una hija de Acab y siguió los caminos de los reyes de Israel (21,6); perdió Edom, que se dio rey propio, y la ciudad de Lobna, «por haber abandonado al Señor» (21,8-10). Entonces, dice el texto, «le entregaron una carta del profeta Elías» (21,12). Es la única vez que el gran profeta del norte aparece en las Crónicas, y el único escrito que la Biblia le atribuye.

La carta tiene la forma de un oráculo: «Esto dice el Señor Dios de tu padre David». Mide a Joram por la vara de los buenos reyes de Judá y lo acusa de dos pecados: haber llevado al pueblo a la idolatría, a «prostituirse» como la casa de Acab, y haber matado a sus hermanos. Anuncia dos castigos: un gran azote sobre el pueblo, los hijos, las mujeres y los bienes del rey, y una enfermedad de las entrañas para él (21,12-15). No es el único profeta que escribe: Jeremías enviará una carta a los desterrados de Babilonia (Jer 29) y dictará un rollo que el rey Joakim echará al fuego (Jer 36). Lo escrito permanece, y puede leerse otra vez cuando se cumple.

La carta plantea un problema de fechas que los lectores atentos han notado siempre. Según los libros de los Reyes, Elías fue arrebatado al cielo (2 Re 2), y en la campaña contra Moab, en vida de Josafat, Eliseo ya es conocido como el que «echaba agua en las manos de Elías» (2 Re 3,11). ¿Cómo pudo escribir a Joram? Se han dado varias respuestas. Algunos recuerdan que Joram reinó unos años junto a su padre (2 Re 1,17; 8,16), y que los relatos de 2 Re no siguen siempre el orden de los hechos, de modo que Elías pudo dirigirse a él antes de su partida. Otros piensan que el profeta dejó escrita la carta, previendo el crimen. La tradición judía la recibió sin escándalo: el *Seder Olam Rabbá* (cap. 17) dice que la

carta llegó a Joram cuando Elías llevaba ya siete años «escondido» (ver el recuadro de este capítulo). Flavio Josefo la cuenta sin detenerse en la dificultad (*Antigüedades judías* IX,5,2). Muchos estudiosos modernos piensan que el Cronista dio forma a un oráculo de juicio y lo puso bajo la autoridad del mayor profeta de aquella época; otros, en un escrito del círculo de sus discípulos. La cuestión sigue abierta.

Al Cronista le interesa sobre todo el cumplimiento. Filisteos y árabes saquean el palacio y se llevan a los hijos y a las mujeres del rey; solo queda el menor, Joacaz, es decir, Ocozías (21,16-17; 22,1). La enfermedad dura dos años, hasta que el rey «acabó al tiempo de penar y de vivir» (21,19; la transcripción había perdido el «dos» y decía «pensar»). Muere sin la hoguera de aromas con que se honraba a los reyes y es enterrado fuera del sepulcro real; el hebreo dice que «se fue sin que nadie lo echara de menos» (21,20). Es la retribución inmediata que el Cronista aplica a cada reinado (ver el ensayo del capítulo 10 de 1 Crónicas). El lector cristiano no debe convertirla en una regla para juzgar a los enfermos: Jesús lo rechazó expresamente (Jn 9,2-3; Lc 13,1-5), y el Catecismo enseña a vivir la enfermedad de cara a Dios, como camino de conversión (n. 1502).

Dos cosas quedan de esta página. La primera, que la palabra de Dios no está encadenada (2 Tim 2,9): ni a la vida del profeta, ni al poder del rey, ni a la distancia. San Gregorio Magno escribía a Teodoro, médico del emperador en Constantinopla, que la Sagrada Escritura es como una carta del Dios todopoderoso a su criatura (*Cartas* IV,31). La segunda, que en el reinado más oscuro de la dinastía el Cronista escribe una de sus frases más lumino-

sas: «el Señor no quiso destruir la casa de David, a causa del pacto hecho con él» (21,7). La carta condena a un rey; la promesa protege a su descendencia.

PAUSA

1. Joram recibió de su padre un reino y una fe, y se quedó solo con el reino. ¿Qué herencia de fe has recibido, y qué haces con ella?
2. La alianza de Josafat con la casa de Acab marcó a sus hijos y a sus nietos. ¿Qué decisiones tuyas de hoy marcarán a los que vienen detrás?
3. «Se fue sin que nadie lo echara de menos». ¿Qué te gustaría que recordaran de ti?

Para orar. *Señor, que tu palabra me encuentre a tiempo, y que mi vida deje tras de sí gratitud y no alivio.*

22

Ocozías y Atalía

El reinado de Ocozías dura un año y cabe en nueve versículos (vv. 1-9): el único hijo superviviente de Joram reina guiado por su madre Atalía y por los consejeros de la casa de Acab, acompaña a Joram de Israel a la guerra y muere en la purga de Jehú, de un modo distinto del que cuenta 2 Re 9,27-28. Atalía se apodera entonces del trono y mata a la descendencia real, pero una princesa, mujer del sumo sacerdote, salva a un niño y lo esconde seis años en el templo (vv. 10-12; 2 Re 11,1-3). La promesa hecha a David queda en manos de un niño de pecho.

Ocozías, aconsejado para su ruina

1 Los habitantes de Jerusalén proclamaron luego por rey,
en lugar de Joram, a Ocozías, el menor de sus hijos; porque los mayores en edad habían sido todos muertos por las
guerrillas árabes que habían invadido el campamento [1];
reinó, pues, Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá.
2 Cuarenta y dos años [2] contaba Ocozías cuando entró a
reinar, y un año reinó en Jerusalén; se llamaba su madre
Atalía, hija de Acab, hijo de Amri [3]. 3 Pero también éste
comenzó luego a seguir los pasos de la casa de Acab; porque su madre lo precipitó a la impiedad [4]. 4 Hizo, pues, lo
malo en la presencia del Señor como la casa de Acab; de la

cual escogió sus consejeros [5] después de la muerte de su padre, para perdición suya.

[5] Y se gobernó por sus consejos. Y salió con Joram, hijo de Acab, rey de Israel, a la guerra contra Hazael, rey de Siria, en Ramot de Galaad [6], donde los siros hirieron a Joram. [6] El cual se retiró a Jezrael para curarse de sus heridas; pues fueron muchas las que recibió en aquella batalla. Por lo que Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá, bajó a visitar a Joram, hijo de Acab, que se hallaba enfermo en Jezrael; [7] porque fue voluntad de Dios irritado contra Ocozías [7], que éste pasase a visitar a Joram; y que después de llegado, saliese con él contra Jehú, hijo de Namsi, a quien ungió el Señor para exterminar la casa de Acab. [8] Estando, pues, Jehú destruyendo la casa de Acab, se encontró con varios príncipes de Judá, y con los hijos de los hermanos de Ocozías [8] que estaban a su servicio, y les quitó la vida. [9] Y andando en busca del mismo Ocozías, que se había escondido en Samaria [9], se apoderó de él; y traído a su presencia, le hizo quitar la vida; y le dieron sepultura en Jerusalén, por ser hijo o nieto de Josafat, el cual había seguido al Señor con todo su corazón. Ni quedó ya esperanza alguna [10] de que pudiese reinar nadie de la estirpe de Ocozías;

Atalía y el niño escondido

10 porque Atalía, su madre, viendo muerto a su hijo, se alzó
con el reino, y mató toda la estirpe real de la casa de
Joram [11]. 11 Pero Josabet, hija del rey [12], cogió a Joás, hijo
de Ocozías, robándolo de entre los demás hijos del rey,
cuando los mataban, y lo escondió en compañía de su no-
driza en el templo, en la estancia del dormitorio de los sa-
cerdotes y levitas. Esta Josabet, que lo escondió, y evitó
que Atalía lo matase, era hija del rey Joram, mujer del
sumo sacerdote Joíada, y hermana de Ocozías. 12 Se con-
servó, pues, escondido en su compañía, en el templo del
Señor, los seis años que duró el reinado de Atalía [13] sobre
el país.

PAUSA

1. Ocozías «escogió sus consejeros... para perdición suya». ¿A quién escuchas cuando tienes que decidir algo importante?
2. Josabet arriesgó la vida por un niño. ¿Qué vida frágil ha puesto Dios hoy en tus manos?

Para orar. *Señor, dame consejeros sabios y un corazón dócil, y guarda en mí la esperanza aunque parezca escondida.*

23

Joás, rey en el templo

En el séptimo año, el sumo sacerdote Joiada prepara la caída de Atalía. El relato sigue de cerca el de 2 Re 11,4-20, pero con cambios que revelan al Cronista: los conjurados son cinco centuriones con nombre propio, los levitas y los jefes de familia de todo Judá; solo los sacerdotes y levitas entran en la casa del Señor, y la usurpadora no muere dentro del templo. El capítulo tiene tres momentos: la conjura y la coronación (vv. 1-11), la muerte de Atalía (vv. 12-15) y la alianza, con la destrucción del templo de Baal y el restablecimiento del culto que ordenó David (vv. 16-21).

La conjura y la coronación

[1] Pero al séptimo año se animó Joiada [1]; y uniéndose con
los centuriones, es a saber, con Azarías, hijo de Jeroham, e
Ismael, hijo de Johanán, y Azarías, hijo de Obed, y Maa-
sías, hijo de Adaías, y Elisafat, hijo de Zecri, hizo liga con
ellos. [2] Los que recorriendo el país de Judá, juntaron los le-
vitas de todas sus ciudades [2], y los príncipes de las fami-
lias de Israel, y vinieron a Jerusalén. [3] Y todo este congre-
so se coligó con el rey en el templo del Señor [3] y les dijo
Joiada: Ved aquí al hijo del rey, él es el que reinará, como
el Señor lo tiene predicho de los hijos de David.

4 Lo que vosotros debéis ejecutar, es: 5 La tercera parte de
vosotros, así sacerdotes y levitas como porteros que en-
tráis de semana [4], estará en las puertas; otra tercera parte
en la habitación del rey; y la otra tercera en la puerta lla-
mada del Fundamento; el resto de la gente esté en los pa-
tios del templo del Señor. 6 Nadie entre en la casa del Señor
sino los sacerdotes y levitas [5] que están de servicio; éstos
sólo entren, por estar consagrados, y todo el resto de la
gente esté de centinela ante la casa del Señor. 7 Los levitas
estarán alrededor del rey, todos armados (a cualquier otro
que entre en el templo, quítesele la vida [6]), y acompañen
al rey cuando entre y salga.

8 Los levitas, pues, y todo Judá ejecutaron puntualmente
las órdenes del sumo sacerdote Joíada. Y tomó cada uno
los hombres que tenía a su mando, así los que venían se-
gún el turno para hacer la semana, como los que, cumpli-
da su semana, debían salir, porque el sumo sacerdote Joía-
da no había permitido que se marcharan las compañías de
levitas, que al fin de la semana se sucedían unas a otras. 9 Y
dio luego el sumo sacerdote Joíada a los centuriones las
lanzas, y escudos, y rodelas, consagrados al templo del Se-
ñor por el rey David [7]; 10 y apostó toda la gente armada de
dagas, desde la parte derecha del templo hasta la izquierda
delante del altar y del templo [8], alrededor del rey. 11 En se-
guida sacaron al hijo del rey, y le ciñeron la corona, y el

testimonio, y le pusieron en la mano el libro de la ley [9], y lo proclamaron rey. Y el sumo sacerdote Joíada, asistido de sus hijos, lo ungió; y lo aclamaron diciendo: Viva el rey.

La muerte de Atalía

[12] Mas habiendo oído Atalía el alborozo del pueblo, que iba corriendo y vitoreando al rey, se presentó al pueblo en el templo del Señor; [13] y viendo, así que entró, al rey puesto sobre el estrado o trono [10], y a los príncipes y tropas que le rodeaban, y al pueblo todo haciendo fiesta, y tocando las trompetas, y cantando al son de varios instrumentos; y oídas sus aclamaciones, rasgó sus vestiduras, y dijo: Traición, traición. [14] Pero el sumo sacerdote Joíada acercándose a los centuriones y comandantes del ejército, les dijo: Sacadla de dentro del recinto del templo, y allá fuera degolladla; con lo que precavió el sumo sacerdote que no fuese muerta dentro de la casa del Señor [11]. [15] Ellos la asieron del cuello; y así que hubo entrado por la puerta de los caballos de la casa real [12], allí la mataron.

La alianza y el orden del templo

[16] Hizo después Joíada pacto entre él y el pueblo todo con el rey [13], de que serían pueblo del Señor. [17] Por lo que todo el pueblo entró en el templo de Baal, y lo destruyeron, e hicieron pedazos sus altares y simulacros; y a Matán, sacerdote de Baal, lo degollaron ante sus aras [14] o altares.

18 Joíada estableció prefectos de la casa del Señor, los cuales estaban subordinados a los sacerdotes y levitas, que habían sido distribuidos por David para el servicio del templo del Señor, para ofrecer al Señor los holocaustos, según está escrito en la ley de Moisés, con cánticos de alegría, conforme a lo dispuesto por David [15]. 19 Puso asimismo porteros en las puertas del templo del Señor, para que no entrase en él ninguno que por cualquier causa fuese inmundo [16].

20 Y juntando consigo a los centuriones, y a los soldados más valientes, y a los príncipes del pueblo, y a toda la gente del país, dispusieron que bajase el rey de la casa del Señor, y lo introdujeron por la puerta superior en el palacio del rey, y lo colocaron en el real solio. 21 Con eso, todo el pueblo del país celebró fiestas, y la ciudad quedó sosegada; habiendo perecido Atalía al filo de la espada.

Atalía y Joás en Reyes y en Crónicas

2 Reyes 11	2 Crónicas 22 – 23
Josabá, hija del rey Joram, salva al niño (11,2)	Josabet, hija del rey y además mujer del sumo sacerdote Joíada (22,11)
Los conjurados: los jefes de centena de los carios y de los corredores, la guardia real (11,4)	Cinco centuriones con nombre, los levitas de todas las ciudades y los jefes de familia de Israel (23,1-2)
La guardia vigila el templo y el palacio (11,5-8)	Solo entran en la casa del Señor los sacerdotes y levitas, «por estar consagrados» (23,6)
Las lanzas y los escudos del rey David (11,10)	Las lanzas, escudos y rodelas consagrados por David (23,9)
La diadema y el testimonio; lo ungen y aplauden: «¡Viva el rey!» (11,12)	Corona, testimonio y, en la Vulgata, la ley en la mano; lo ungen Joíada y sus hijos (23,11)
El rey junto a la columna; los jefes (Vulgata: «cantores») y las trompetas (11,14)	Se añaden los cantores, que dirigen la alabanza con instrumentos (23,13)
«No muera en la casa del Señor»; la matan junto al camino de los caballos (11,15-16)	«Que no fuese muerta dentro de la casa del Señor»; muere junto a la puerta de los caballos (23,14-15)
Pacto entre el Señor, el rey y el pueblo, y entre el rey y el pueblo (11,17)	Pacto entre Joíada, el pueblo y el rey: serán pueblo del Señor (23,16)
Destruyen el templo de Baal y matan a Matán (11,18)	Lo mismo (23,17)
Joíada pone guardias en la casa del Señor (11,18)	Restablece los turnos de David, los holocaustos «con cánticos de alegría» y los porteros (23,18-19)

El Cronista cuenta la misma conjura, pero la hace obra de sacerdotes y levitas, y cuida que solo los consagrados entren en el lugar santo (Nm 1,51; 3,10; Ez 44,9-16). Ver el ensayo y el cuadro «La lámpara de David», en 2 Re 11.

PAUSA

1. Joíada esperó seis años antes de actuar. ¿Sabes esperar el momento de Dios sin dejar de prepararlo?
2. El pueblo derribó el templo de Baal y restableció el culto verdadero. ¿Qué tendrías que derribar y qué restaurar en tu vida?

Para orar. *Señor, que mi vida sea una casa tuya donde no entre la mentira y donde vuelva a cantar la alegría.*

24

Joás y la sangre de Zacarías

Los cuarenta años de Joás tienen dos tiempos, separados por la muerte del sumo sacerdote Joíada. En el primero, el rey restaura el templo con una colecta que el pueblo hace con alegría (vv. 1-14). Muerto Joíada y enterrado entre los reyes (vv. 15-16), los príncipes llevan a Joás a los ídolos; Dios envía profetas, y el último, Zacarías, hijo de Joíada, muere apedreado en el atrio del templo (vv. 17-22). Llega el castigo: una pequeña tropa aramea derrota a Judá, y el rey muere asesinado en su cama (vv. 23-27). La reparación del templo está también en 2 Re 12; la apostasía y la muerte de Zacarías, solo aquí.

Joás restaura el templo

1 De siete años era Joás cuando comenzó a reinar; y cuarenta años reinó en Jerusalén; se llamaba su madre Sebia,
y era natural de Bersabee. 2 E hizo Joás lo que es bueno delante del Señor, mientras vivió el sacerdote Joíada [1],
3 quien lo casó con dos mujeres [2], de quienes tuvo hijos e hijas.

4 Después de esto quiso Joás restaurar el templo del Señor;
5 a cuyo fin, convocando los sacerdotes y levitas, les dijo: Salid por las ciudades de Judá, y recoged de todo Israel el dinero para los reparos anuales del templo de vuestro

Dios; y hacedlo pronto. Pero los levitas obraron con
negligencia [3]. [6] Por lo que llamó el rey al príncipe de los
sacerdotes Joíada, y le dijo: ¿Cómo no has tenido cuidado
de obligar a los levitas a que recogiesen de Judá y de Jeru-
salén la contribución impuesta por Moisés, siervo del Se-
ñor, a todo el pueblo de Israel para la construcción del Ta-
bernáculo de la Alianza [4]? [7] Porque la impiísima Atalía y
sus hijos [5] habían arruinado la casa de Dios; y se sirvieron
de todas las cosas consagradas al templo del Señor para
adornar el templo de Baal.

[8] Mandó, pues, el rey que se hiciese un arca [6]; la que colo-
caron junto a la puerta del templo del Señor, por la parte
de afuera; [9] y se pregonó en Judá y en Jerusalén que cada
cual trajese al Señor la contribución señalada por Moisés,
siervo de Dios, a todo Israel en el desierto. [10] Se alegraron
de esto todos los príncipes y el pueblo todo [7]; y acudieron
a echar en el arca del Señor el dinero, de suerte que la lle-
naron.

[11] Así que llegaba el tiempo de llevar al arca a la presencia
del rey por manos de los levitas (cuando veían que había
mucha cantidad de dinero), venía el secretario del rey con
un comisario elegido por el sumo sacerdote, y sacaban el
dinero que había en el arca, la cual volvían a su sitio. Así lo
hacían todos los días; y se recogió infinito dinero. [12] El cual
entregaron el rey y Joíada a los capataces de las obras del

templo del Señor; y éstos pagaban con él a los canteros, y a los varios artífices que trabajaban para reparar la casa del Señor; e igualmente a los que trabajaban en hierro y en bronce, para asegurar lo que amenazaba ruina. 13 Y estos obreros trabajaron con esmero; y repararon las hendiduras de las paredes [8], restituyendo el templo del Señor a su antiguo estado, y consolidándole perfectamente. 14 Acabadas todas las obras, presentaron al rey y a Joíada el sobrante del dinero, del cual se hicieron los vasos para el servicio del templo [9] y para los holocaustos, como las tazas y demás vasos de oro y de plata. Y mientras vivió Joíada se ofrecían continuamente holocaustos en la casa del Señor.

La muerte de Joíada y la apostasía

15 Pero Joíada, envejecido y cargado de días, vino a morir, siendo de edad de ciento treinta años [10]; 16 y fue sepultado en la ciudad de David con los reyes [11], por el bien que había hecho a Israel y a su casa.

17 Mas después de muerto Joíada entraron los príncipes de Judá a postrarse a los pies del rey; el cual, halagado con sus obsequios y lisonjeras razones [12], se dejó llevar de ellos. 18 Y así fue que abandonaron el templo del Señor Dios de sus padres y dieron culto a los simulacros y bosques a ellos consagrados [13]; pecado que acarreó la ira sobre Judá y Jerusalén. 19 Entretanto el Señor les enviaba

profetas para que se convirtiesen a él [14]; pero por más intimaciones que les hacían, no eran escuchadas.

La sangre de Zacarías

[20] Por último revistió Dios de su espíritu al sumo sacerdote Zacarías, hijo de Joíada [15]; y presentándose delante del pueblo, les habló de esta manera: Esto dice el Señor Dios: ¿Por qué buscáis vuestra ruina traspasando los mandamientos del Señor, y lo habéis abandonado para ser de él abandonados? [21] Mas ellos aunados contra Zacarías, lo apedrearon por orden del rey, en el atrio del templo del Señor [16]. [22] Y no se acordó el rey Joás de los beneficios [17] que le había hecho Joíada, padre de Zacarías, sino que mató a este hijo suyo; el cual dijo al morir: Véalo el Señor y haga justicia [18].

El castigo de Joás

[23] Al cabo de un año salió a campaña contra él el ejército de Siria [19], entró en el país de Judá y en Jerusalén, y mató a todos los príncipes del pueblo; y remitieron todos los despojos a su rey, a Damasco. [24] A la verdad, aunque los siros habían venido en cortísimo número [20], el Señor entregó en sus manos una multitud inmensa de hijos de Israel, por haber abandonado al Señor Dios de sus padres. También Joás fue maltratado por ellos de un modo ignominioso;

25 y al partir lo dejaron en grandes dolores; finalmente, sus
propios criados se conjuraron contra él para vengar la san-
gre del hijo de Joíada [21], sumo sacerdote, y lo asesinaron
en su misma cama, y quedó muerto; y lo enterraron en la
ciudad de David, mas no en los sepulcros de los reyes.
26 Los que se conjuraron contra él, fueron Zabad, hijo de
Semmaat, amonita, y Jozabad, hijo de Semarit,
moabita [22]. 27 En orden a sus hijos, y a la suma del dinero
que se recogió en su reinado, y al modo con que fue restau-
rada la casa de Dios, todo esto está escrito por menor en el
Libro de los Reyes [23]. Lo sucedió en el reino su hijo Ama-
sías.

¿Sabías que?

El Talmud cuenta una leyenda terrible sobre la sangre de Zacarías (Guittín 57b; cf. Sanedrín 96b). Cuando Nabuzardán, el general de Nabucodonosor, entró en el templo, encontró una sangre que hervía en el suelo. Le dijeron que era la de los sacrificios; la comparó con sangre de animales, y no era igual. Bajo amenaza, confesaron: era la de un profeta que los reprendía y al que habían matado, y desde hacía muchos años no se aquietaba. Nabuzardán mató sobre ella a sabios, a jóvenes y a niños, y la sangre seguía hirviendo, hasta que gritó: «Zacarías, Zacarías, ¿quieres que los destruya a todos?». Entonces se calmó. La leyenda termina diciendo que el general, espantado al pensar en su propia culpa, se arrepintió y se hizo prosélito.

Desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías

Quién	Qué pasa	Cita
Abel	Su sangre «clama desde la tierra»	Gn 4,8-10
Zacarías	Apedreado en el atrio: «Véalo el Señor»	2 Cr 24,20-22
Urías	El rey Joakim lo hace matar a espada	Jer 26,20-23
Jeremías	Echado en una cisterna de lodo	Jer 38,6
Los profetas	Apedreados, aserrados, muertos a espada	Heb 11,37
Juan Bautista	Decapitado en la cárcel de Herodes	Mc 6,17-29
Jesús	«Desde la sangre de Abel… hasta la de Zacarías»	Mt 23,35
En la cruz	«Padre, perdónales»	Lc 23,34
Esteban	Apedreado: «no les tomes en cuenta este pecado»	Hch 7,60
Santiago	El primero de los Doce mártir, a espada	Hch 12,2
Cristo	Su sangre «habla mejor que la de Abel»	Heb 12,24
Los mártires	Bajo el altar: «¿hasta cuándo?»	Ap 6,9-11

En Cristo, la sangre de los justos cambia de voz: ya no pide venganza, sino perdón. El martirio es «el supremo testimonio de la verdad de la fe» (Catecismo 2473); la Iglesia lee 2 Cr 24,18-22 en el común de los mártires.

PARA PROFUNDIZAR

Zacarías, hijo de Joíada: «Véalo el Señor»

Joás fue un rey en dos tiempos. Salvado de niño por su tía Josabet y coronado a los siete años por el sumo sacerdote Joíada (22,10 – 23,21), obró bien «mientras vivió el sacerdote Joíada» (24,2) y restauró el templo con la ofrenda alegre del pueblo

(24,4-14). Pero su fidelidad dependía de su tutor. Muerto Joíada, los príncipes se postran ante el rey, lo halagan y lo llevan a los ídolos (24,17-18). Dios no castiga enseguida: «les enviaba profetas para que se convirtiesen a él» (24,19), como hará hasta el final del libro (36,15-16).

El último de esos profetas es Zacarías, hijo de Joíada. El espíritu de Dios «se viste» de él, y, de pie por encima del pueblo, pronuncia la sentencia que resume las Crónicas: «lo habéis abandonado para ser de él abandonados» (24,20). Lo apedrean por orden del rey en el atrio del templo (24,21), donde su padre había coronado a Joás; la lapidación, castigo del que arrastraba al pueblo a otros dioses (Dt 13,7-12), cae sobre el que lo llamaba a volver al Señor. El narrador subraya la ingratitud: el rey «no se acordó de los beneficios» de Joíada. Zacarías muere diciendo: «Véalo el Señor y haga justicia» (24,22). Al cabo de un año, una pequeña tropa aramea derrota a Judá y mata a los príncipes que habían seducido al rey, y Joás muere asesinado en su cama «para vengar la sangre del hijo de Joíada» (24,23-25).

Jesús recordó esta muerte. Anuncia a los escribas y fariseos que caerá sobre ellos toda la sangre justa derramada en la tierra, «desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el santuario y el altar» (Mt 23,35; Lc 11,51 no nombra al padre). «Hijo de Baraquías» plantea una dificultad, porque así se llamaba el padre del profeta Zacarías (Zac 1,1). San Jerónimo, en su comentario a Mateo, examina tres candidatos: el profeta Zacarías, de cuya muerte violenta nada dice la Escritura; Zacarías, el padre de Juan Bautista, identificación que procede de los apócrifos y que, advierte, «como no

tiene autoridad en la Escritura, se desprecia con la misma facilidad con que se afirma» (el *Protoevangelio de Santiago* 23-24 cuenta que lo mataron en el templo por orden de Herodes, y que su sangre apareció junto al altar), y el hijo de Joíada, muerto en el atrio del templo. Explica que «Baraquías» significa «bendito del Señor», un nombre que conviene a la justicia de Joíada, y añade que en el evangelio que usaban los nazarenos se leía «hijo de Joíada». La mayoría de los intérpretes piensa en el Zacarías de este capítulo.

¿Por qué Abel y Zacarías? Abel es el primer justo asesinado de la Biblia (Gn 4,8), y Zacarías sería el último de la Biblia hebrea si, como en el orden que conserva el Talmud (Baba Batra 14b), las Crónicas eran ya su último libro en tiempos de Jesús, cosa que no es segura. Toda la sangre de los justos, de principio a fin. Las dos muertes, además, piden justicia: la sangre de Abel «clama» desde la tierra (Gn 4,10), y el Catecismo la cuenta entre los «pecados que claman al cielo» (n. 1867); Zacarías pide que Dios vea y pida cuentas. La tradición judía guardó esta memoria con una leyenda estremecedora (ver el recuadro de este capítulo), y Rashi, siguiendo un midrash, le aplica la queja de las Lamentaciones: «¿Será asesinado en el santuario del Señor el sacerdote y el profeta?» (Lam 2,20).

Aquí está el contraste que ilumina la página. Zacarías muere pidiendo justicia, y su oración no es pecado: también las almas de los mártires preguntan bajo el altar «¿hasta cuándo?» (Ap 6,10). Pero Jesús pidió otra cosa en la cruz: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Y Esteban, apedreado como Zacarías por anunciar la palabra, murió diciendo: «Señor, no les

tomes en cuenta este pecado» (Hch 7,60). El Catecismo pone esa oración como ejemplo de la intercesión cristiana, que llega «hasta rogar por los que le hacen mal» (n. 2635), y la carta a los Hebreos dice que la sangre de Cristo «habla mejor que la de Abel» (Heb 12,24): no clama venganza, sino perdón.

La Iglesia lee esta página entre las lecturas del común de los mártires (24,18-22) y el sábado de la 11.ª semana del tiempo ordinario de los años pares (24,17-25), con el evangelio de los dos señores: «no podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,24). El martirio, enseña el Catecismo, es «el supremo testimonio de la verdad de la fe» (n. 2473). Ver el cuadro «Desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías».

PAUSA

1. Joás fue fiel mientras vivió Joíada. ¿Se sostiene tu fe por sí misma, o solo por quienes te rodean?
2. «No se acordó el rey Joás de los beneficios». ¿A quién debes una gratitud que has olvidado?
3. Zacarías pidió justicia; Jesús y Esteban pidieron perdón. ¿A quién te pide Dios perdonar hoy?

Para orar. *Señor Jesús, cuya sangre habla mejor que la de Abel, enséñame a perdonar a los que me hieren.*

25

Amasías y los dioses de Edom

Amasías obra bien, «mas no con un corazón perfecto» (v. 2), y su reinado es una serie de decisiones ante la palabra de Dios. Castiga a los asesinos de su padre según la ley de Moisés (vv. 1-4); despide, por consejo de un varón de Dios, a los mercenarios de Israel y vence a Edom (vv. 5-13), pero adopta los dioses de los vencidos y hace callar al profeta (vv. 14-16). Después desafía a Joás de Israel, que lo derrota, abre una brecha en la muralla y saquea el templo (vv. 17-24), y muere asesinado (vv. 25-28). 2 Re 14,1-20 no cuenta los mercenarios ni los dioses de Edom.

Un corazón dividido

1 De veinticinco años era Amasías cuando comenzó a reinar, y veintinueve años reinó en Jerusalén. Se llamó su
madre Joadán, natural de Jerusalén. 2 Y obró lo que es
bueno en la presencia del Señor; mas no con un corazón
perfecto [1]. 3 Y luego que vio asegurado su imperio, hizo
degollar a los criados que habían asesinado al rey su pa-
dre; 4 pero no mató a sus hijos, conformándose con lo que
está escrito en el libro de la ley de Moisés, donde el Señor
mandó expresamente: No morirán los padres por los
hijos [2], ni los hijos por los padres, sino que cada uno mo-
rirá por su pecado personal.

Los mercenarios de Israel y la guerra de Edom

5 Congregó después Amasías a Judá, y según la distribución de familias, puso tribunos y centuriones en todo Judá
y Benjamín; e hizo el censo de su población desde veinte
años arriba y halló trescientos mil mozos hábiles para la
guerra [3], y el manejo de lanza y escudo. 6 Tomó también a
su sueldo cien mil valientes de Israel, por cien talentos de
plata [4]. 7 Entonces vino a encontrarle un varón de Dios, y
le dijo: Oh rey, no vaya contigo el ejército de Israel, porque
el Señor no está con Israel, ni con ninguno de los hijos de
Efraín [5]. 8 Que si piensas que en las guerras depende todo
de la fuerza del ejército, Dios hará que tú seas vencido de
los enemigos, porque en mano de Dios está el dar auxilio o
poner en fuga [6]. 9 Respondió Amasías al varón de Dios:
¿Pues y los cien talentos que he dado a los soldados de Is-
rael? Le replicó el varón de Dios: Tiene el Señor de donde
poder darte mucho más que eso [7]. 10 Separó, pues, Ama-
sías el ejército que le había venido de Efraín, para que se
volviese a su país; y regresaron estas tropas a su tierra
muy irritados contra Judá.

11 Amasías lleno de confianza puso en movimiento su gen-
te, y se dirigió al valle de las Salinas [8], donde derrotó a
diez mil de los hijos de Seir o idumeos. 12 Los hijos de Judá
hicieron prisioneros a otros diez mil hombres, y los lleva-
ron a la cima de un despeñadero, desde cuya altura los

precipitaron, reventando todos ellos [9]. 13 Pero aquel ejército que había despedido Amasías para no llevarlo consigo a la guerra, invadió las ciudades de Judá, desde Samaria hasta Bet-Horón [10]; y habiendo pasado a cuchillo a tres mil personas, recogió mucho botín.

Los dioses de Edom y el profeta

14 Amasías después de la derrota de los idumeos, trayéndose consigo los dioses de los hijos de Seir, los tomó por dioses suyos [11], y los adoraba y ofrecía incienso. 15 Por lo cual enojado el Señor contra Amasías, le envió un profeta que le dijese: ¿Cómo has adorado tú a unos dioses que no han podido librar a su pueblo de tus manos [12]? 16 Y diciéndole esto el profeta, le respondió Amasías: ¿Eres tú, por ventura, consejero del rey? [13] Calla, si no quieres te mande quitar la vida. Mas el profeta dijo al partir: Sé que Dios ha decretado hacerte morir a ti por esa maldad que has cometido, y porque además no has dado oído a mis consejos.

La derrota ante Joás de Israel

17 Tomó, pues, Amasías, rey de Judá, una pésima resolución, y envió a decir a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel, como desafiándole: Ven, y nos veremos las caras. 18 Mas éste le volvió a enviar los mensajeros, diciendo: El cardo que se crece en el Líbano [14], envió a decir al cedro del Líbano: Da tu hija por mujer a mi hijo; y he aquí

que las bestias que había en los bosques del Líbano, pasaron y hollaron al cardo. 19 Tú has dicho: Yo he derrotado a los idumeos; y con esto se ha engreído y ensoberbecido tu corazón [15]; estáte quieto en tu casa; ¿a qué propósito provocas contra ti los desastres para perderte tú y Judá contigo? 20 No quiso escuchar Amasías; porque era disposición del Señor [16] que fuese entregado en manos de sus enemigos, a causa de los dioses de Edom que adoraba.

21 Con esto salió a campaña Joás rey de Israel, y se hallaron los dos uno enfrente del otro. Estaba acampado Amasías, rey de Judá, en Betsames de Judá; 22 y se amilanó Judá a la vista de Israel, y huyó a sus estancias. 23 Y Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Joacaz, fue hecho prisionero en Betsames por Joás, rey de Israel, quien lo llevó a Jerusalén, cuya muralla derribó por espacio de cuatrocientos codos [17], desde la puerta de Efraín hasta la puerta del Angulo. 24 Y se llevó a Samaria todo el oro y la plata, y cuantos vasos halló en la casa de Dios, y en la habitación de Obededom [18], y en los tesoros de la casa real, y asimismo los hijos de los que estaban en rehenes.

25 Vivió Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, quince años después de la muerte de Joás, rey de Israel, hijo de Joacaz. 26 Las demás acciones de Amasías, desde el principio al fin, están escritas en el Libro de los Reyes de Judá y de Israel. 27 Después que se apartó del Señor [19], tramaron una conju-

ración contra él en Jerusalén; y habiendo huido a Laquis, despacharon gentes para que allí lo asesinasen, como lo hicieron. 28 Y transportando el cadáver en caballos, lo sepultaron con sus padres en la ciudad de David 20.

¿Sabías que?

El dios principal de los edomitas se llamaba Qos. La Biblia no lo nombra, pero aparece en nombres de reyes de Edom que citan las inscripciones asirias, como Qaus-gabri, vasallo de Asarhadón en el siglo VII a. C., en la misma lista que Manasés, rey de Judá. En Horvat Qitmit, en el Néguev, el arqueólogo Itzhaq Beit-Arieh excavó en los años ochenta del siglo XX un santuario edomita de esa época, con figuras de barro e inscripciones que invocan a Qos. Y Flavio Josefo cuenta que Costóbaro, cuñado de Herodes el Grande, descendía de sacerdotes de «Koze», a quien los idumeos habían tenido por dios (*Antigüedades judías* XV,7,9).

PAUSA

1. El varón de Dios le dijo a Amasías: «Tiene el Señor de donde poder darte mucho más que eso». ¿Qué te está costando obedecer a Dios?
2. Amasías adoró a los dioses que acababa de vencer. ¿Qué éxitos tuyos se han convertido en ídolos?
3. «¿Eres tú, por ventura, consejero del rey?». ¿Cómo recibes las correcciones que no te gustan?

Para orar. *Señor, dame un corazón entero, que no se engría en la victoria ni cierre los oídos a tu palabra.*

26

Ozías, el rey leproso

Los libros de los Reyes despachan a Ozías en siete versículos (2 Re 15,1-7); el Cronista le dedica un capítulo entero y lo convierte en una parábola sobre el éxito y el orgullo. Tiene dos tiempos. Mientras el rey «buscó al Señor», todo le sale bien: victorias sobre filisteos y árabes, torres, cisternas, viñas, un ejército bien armado e ingenios de guerra (vv. 1-15). Cuando «se engrió su corazón», entra en el santuario a quemar el incienso que solo tocaba a los sacerdotes, y sale de allí leproso para siempre (vv. 16-23). Un mismo verbo hebreo, «hacerse fuerte», marca la subida y la caída.

Ozías busca al Señor

1 Después todo el pueblo de Judá proclamó por rey en lugar de Amasías a su hijo Ozías [1], de edad de dieciséis años.
2 Este reedificó a Ailat, habiéndola restituido al dominio
de Judá, después que el rey Amasías fue a descansar con
sus padres. 3 Dieciséis años tenía Ozías cuando comenzó a
reinar, y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén; se llamaba su madre Jequelia, natural de Jerusalén. 4 E hizo lo
que era recto en los ojos del Señor, imitando en todo a su
padre Amasías [2]. 5 Buscó con ansia al Señor mientras vivió Zacarías, varón prudente y profeta del Señor [3]; y el

Señor, a quien él buscaba, le encaminó bien en todas las cosas.

Victorias, torres y cisternas

6 En fin, salió a campaña y peleó contra los filisteos, y derribó los muros de Get y los de Jabnia, y los de Azoto [4];
edificó asimismo castillos en Azoto y en tierra de los filisteos; 7 y lo ayudó Dios contra los filisteos, y contra los árabes habitantes de Gurbaal, y contra los amonitas [5]. 8 Los amonitas pagaban tributo a Ozías, cuyo nombre se hizo célebre [6] a causa de sus continuas victorias, hasta la entrada de Egipto.

9 Edificó también Ozías torres en Jerusalén sobre la puerta del Angulo, y sobre la puerta del Valle [7], y otras en el mismo lado del muro, y las fortificó. 10 Levantó también torres y cortijos en el desierto, e hizo muchísimas cisternas, pues tenía muchos ganados, así en las campiñas como en el vasto país del desierto. Tuvo igualmente viñas y viñadores en los montes, y especialmente en el Carmelo; porque era hombre muy dado a la agricultura [8].

11 El ejército de sus guerreros, que salía a campaña, estaba bajo el mando de Jehiel, secretario, y de Maasías, doctor de la ley [9], y de Ananías, uno de los generales del rey. 12 El número total de los príncipes o jefes de familia, varones esforzados, ascendía a dos mil seiscientos. 13 Estos tenían a

su mando todo el ejército, compuesto de trescientos siete
mil quinientos hombres [10] hábiles para la guerra, y que
combatían contra los enemigos del rey. [14] A todo este ejér-
cito le proveyó Ozías de escudos, y lanzas, y de cascos, y
corazas, y de arcos, y de hondas para tirar piedras [11].
[15] Además construyó en Jerusalén máquinas de varias
especies [12], que colocó en las torres y en los ángulos de los
muros para disparar saetas y piedras grandes; y se exten-
dió muy lejos la gloria de su nombre, porque el Señor le
asistía y daba vigor.

El rey en el santuario

[16] Mas al verse tan poderoso se engrió su corazón [13] para
ruina suya, y despreció a su Señor Dios; y habiendo entra-
do en el templo del Señor, quiso ofrecer allí incienso sobre
el altar de los perfumes. [17] Al instante entró en pos de él
Azarías, sumo sacerdote, acompañado de ochenta sacer-
dotes del Señor, hombres de gran firmeza [14]; [18] y se opusie-
ron al rey, y le dijeron: Oh Ozías, no te pertenece a ti el
ofrecer incienso al Señor, sino a los sacerdotes, esto es, a
los hijos de Aarón que han sido consagrados para este mi-
nisterio. Sal del santuario [15]; no quieras despreciar nues-
tro consejo; porque no será esa acción gloriosa para ti de-
lante del Señor, sino criminal.

[19] Pero Ozías, arrebatado de cólera, y teniendo en la mano
el incensario para ofrecer el incienso, amenazaba a los sa-

cerdotes; y de repente apareció la lepra en su frente [16], a
vista de los sacerdotes, en la casa del Señor, junto al altar
de los perfumes. [20] Y habiéndolo mirado Azarías, sumo sa-
cerdote, y todos los demás sacerdotes, echaron de ver la le-
pra en su frente, y a toda prisa lo hicieron salir fuera. Y él
mismo, despavorido, se apresuró a salir, porque había
sentido de repente el castigo que le había enviado el
Señor [17].

[21] Estuvo, pues, el rey Ozías leproso hasta su muerte, y ha-
bitó en una casa separada [18], cubierto de lepra, por moti-
vo de la cual había sido echado del templo del Señor. En-
tretanto su hijo Joatam tomó el gobierno de la casa real, y
administraba justicia al pueblo. [22] Los demás hechos pri-
meros y postreros de Ozías los escribió el profeta Isaías,
hijo de Amós [19]. [23] Al fin fue Ozías a descansar con sus pa-
dres, y lo sepultaron en el campo de los reales sepulcros;
fuera de ellos, porque era leproso [20]. Lo sucedió en el rei-
no su hijo Joatam.

¿Sabías que?

El manuscrito completo más antiguo del libro de Isaías es el gran rollo que unos pastores beduinos encontraron en 1947 en la primera cueva de Qumrán, junto al mar Muerto. Mide más de siete metros, tiene cincuenta y cuatro columnas y fue copiado hacia el siglo II a. C.; se conserva en el Santuario del Libro del Museo de Israel, en Jerusalén, que expone un facsímil. Su primera línea nombra a los cuatro reyes de estos capítulos: «Visión de Isaías, hijo de Amós… en los días de Ozías, Joatam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá» (Is 1,1).

Reyes junto al altar

Quién	Qué hizo	Juicio del texto
Melquisedec	Rey de Salem y sacerdote; ofrece pan y vino (Gn 14,18-20)	Figura de Cristo (Sal 110,4; Heb 7,1-3)
Saúl	Ofrece el holocausto sin esperar a Samuel (1 Sam 13,8-12)	«Has obrado neciamente» (13,13)
David	Ofrece holocaustos ante el arca y bendice al pueblo (2 Sam 6,17-18)	Sin reproche
Salomón	Ofrece mil víctimas y dedica el templo (2 Cr 1,6; 7,4-7)	Sin reproche
Jeroboam	Quema incienso en el altar de Betel (1 Re 12,33 – 13,4)	Se le seca la mano
Acaz	Ofrece en el altar copiado de Damasco (2 Re 16,12-13)	Cerrará el templo (2 Cr 28,24)
Ozías	Entra en el santuario a quemar incienso (2 Cr 26,16-19)	«No te pertenece a ti»: la lepra
Ezequías	Manda a los sacerdotes ofrecer los sacrificios (2 Cr 29,21-24)	«Bueno, recto y justo» (31,20)
Cristo	Rey y sumo sacerdote, se ofrece una vez para siempre (Heb 7,26-28)	«Rey de reyes» (Ap 19,16)
El pueblo cristiano	«Sacerdocio real» (1 Pe 2,9)	«Reino de sacerdotes» (Ap 1,6; 5,10)

El incienso y el santuario eran de los sacerdotes: «el extraño que se acerque, morirá» (Nm 18,7). En Cristo se unen la realeza y el sacerdocio (Catecismo, n. 1544).

PARA PROFUNDIZAR

Ozías: el rey que quiso ser sacerdote

Los libros de los Reyes solo dicen que el Señor hirió a Ozías con la lepra (2 Re 15,5). El Cronista cuenta por qué, y hace de su reinado una parábola sobre el éxito. Mientras el rey «buscó al Señor», todo le salió bien: victorias, torres, cisternas, viñas y un ejército bien armado. El texto repite de dónde le venía todo: «lo ayudó Dios», «el Señor le asistía». Y llega la frase decisiva: fue ayudado maravillosamente «hasta que se hizo fuerte», y «al verse tan poderoso se engrió su corazón» (26,15-16). Ya lo había advertido el Deuteronomio: cuando comas y te sacies, que no se eleve tu corazón y digas: «mi poder y la fuerza de mi mano me han dado esta riqueza» (Dt 8,12-17).

El pecado de Ozías no fue un descuido ritual. Entró en el santuario, donde solo entraban los sacerdotes, para quemar incienso en el altar de oro, un gesto que la Ley reservaba a los hijos de Aarón (Éx 30,7-8; Nm 18,1-7). El Cronista lo llama maal, prevaricación, la palabra con que nombra las infidelidades que destruyen a Israel. Azarías y ochenta sacerdotes le cierran el paso sin más armas que la palabra: «No te pertenece a ti, Ozías» (26,18). El rey se enfurece con el incensario en la mano, y la lepra le brota en la frente, delante del altar. Sale corriendo, vive aislado hasta su muerte y lo entierran aparte. La tentación más peligrosa del poder no es despreciar lo sagrado, sino apropiárselo.

No era la primera vez. Saúl ofreció el holocausto sin esperar a Samuel y oyó: «Has obrado neciamente» (1 Sam 13,8-14); Jeroboam subió al altar de Betel a quemar incienso y se le secó la mano (1 Re

13,1-4); Acaz subirá al altar copiado de Damasco (2 Re 16,12-13). David y Salomón, en cambio, ofrecieron sacrificios y bendijeron al pueblo sin reproche (2 Sam 6,17-18; 1 Re 8,62-64). La diferencia no está en que el rey rece o haga ofrendas, sino en que tome lo que no se le ha dado. El Cronista distingue entre lo que «concierne a Dios» y lo que pertenece «al servicio del rey» (19,11; ver el ensayo del capítulo 19), y la Carta a los Hebreos lo resume: nadie se arroga este honor, sino el que es llamado por Dios (Heb 5,4).

Lo que Ozías quiso arrebatar, Dios lo concede en Cristo. El Salmo 110 anunciaba un rey que sería «sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec», el rey de Salem que ofreció pan y vino (Gn 14,18; Sal 110,4). El Catecismo enseña que el Mesías debía ser ungido «a la vez como rey y sacerdote» (n. 436) y que todas las figuras del sacerdocio antiguo se cumplen en Cristo, «único mediador» (n. 1544). Pero su camino es el inverso del de Ozías: Cristo «no se glorificó a sí mismo» haciéndose sumo sacerdote, sino que lo recibió del Padre (Heb 5,5), y, siendo de condición divina, no se aferró a su igualdad con Dios, sino que se despojó de sí mismo (Flp 2,6-7).

Por Cristo, todo el pueblo de Dios es «un reino de sacerdotes» (Ap 1,6; 1 Pe 2,9): «toda la comunidad de los creyentes es, como tal, sacerdotal» (Catecismo, n. 1546). Eso no borra la distinción que defendieron los sacerdotes ante Ozías: el sacerdocio común de los fieles y el ministerial, «aunque su diferencia es esencial y no sólo en grado, están ordenados el uno al otro» (n. 1547). La lección vale para todos, laicos y ministros: en la casa de Dios nadie es dueño, y todo servicio se recibe.

El capítulo tiene un epílogo en otro libro. «El año en que murió el rey Ozías», escribe Isaías, «vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso» (Is 6,1); Rashi comenta que el Señor estaba sentado para juzgar a Ozías, «que vino a usurpar la corona del sacerdocio». En el mismo templo donde el rey soberbio fue herido, el profeta ve al verdadero Rey, oye a los serafines cantar «Santo, santo, santo» y, en lugar de reclamar nada, confiesa: «soy hombre de labios impuros». Un serafín toma un carbón encendido del altar y le purifica los labios (Is 6,5-7): en el templo donde Ozías recibió la lepra junto al altar, Isaías recibe del altar el perdón. San Juan dirá que Isaías vio entonces la gloria de Cristo (Jn 12,41). El que entró orgulloso salió leproso; el que se reconoció impuro salió enviado: «Heme aquí, envíame» (Is 6,8).

PAUSA

1. Ozías se perdió en el momento de su mayor éxito. ¿Qué logros tuyos podrían estar elevando tu corazón?
2. Los sacerdotes dijeron la verdad al rey, aunque era peligroso. ¿Quién te dice a ti la verdad, y cómo la recibes?
3. Ozías tomó lo que no se le había dado. ¿Hay algo en tu vida que quieres poseer en lugar de recibirlo como un don?

Para orar. *Señor, que la prosperidad no me aleje de ti, y que te busque todos los días de mi vida.*

27

Joatam

El capítulo más breve de este bloque, nueve versículos, para un rey sin escándalos. Joatam hace lo recto como su padre, «salvo que no se entremetió en el templo»: el Cronista lo elogia precisamente por no repetir el pecado de Ozías. Construye, fortifica, vence a los amonitas y se hace fuerte «por haber procedido rectamente» (vv. 1-6); el cierre repite su edad y sus años de reinado y lo entierra con honor (vv. 7-9). Detrás de la calma, un aviso: «el pueblo seguía todavía en los desórdenes». La rectitud de un gobernante no basta si no cambia el corazón del pueblo.

Un rey recto

1 Veinticinco años tenía Joatam cuando comenzó a
reinar [1], y dieciséis años reinó en Jerusalén; se llamaba su
madre Jerusa, hija de Sadoc [2]. 2 Y procedió con rectitud a
la presencia del Señor, conforme a todo lo que había he-
cho su padre Ozías; salvo que no se entremetió en el tem-
plo del Señor [3]: pero el pueblo seguía todavía en los desór-
denes. 3 Joatam fue el que construyó la puerta altísima del
templo del Señor [4], e hizo muchas obras en los muros de
la torre Ofel [5]. 4 También edificó ciudades en las monta-
ñas de Judá, y castillos y torres en los bosques [6].

5 Este hizo guerra al rey de los amonitas [7], a los cuales sujetó; por lo que le dieron por entonces los amonitas cien talentos de plata, diez mil coros o cargas de trigo [8], y otros tantos de cebada; esto mismo le dieron los amonitas el segundo y tercer año. 6 Joatam, pues, se hizo poderoso, por haber procedido rectamente [9] en los ojos del Señor Dios suyo.

El final del reinado

7 Los demás hechos de Joatam, y todas sus batallas y empresas [10] están escritas en el Libro de los Reyes de Israel y de Judá. 8 De veinticinco años era cuando entró a reinar [11]; y reinó dieciséis años en Jerusalén. 9 Finalmente, Joatam fue a descansar con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de David [12]; sucediéndole en el trono su hijo Acaz.

PAUSA

1. Joatam fue elogiado por no entrar donde no le correspondía. ¿Dónde necesitas tú aprender a detenerte?
2. «El pueblo seguía todavía en los desórdenes»: un buen gobernante no basta. ¿Qué cambio esperas de otros que en realidad te toca empezar a ti?

Para orar. *Señor, afirma mis caminos delante de ti, para que mi fuerza venga solo de ti.*

28

Acaz y los cautivos de Judá

Acaz es, para el Cronista, el peor rey de Judá antes de Manasés. El capítulo tiene cuatro partes: sus idolatrías, hasta quemar a sus hijos (vv. 1-4); la guerra contra Siria e Israel, con una matanza y doscientos mil cautivos (vv. 5-8); la página luminosa del profeta Oded y de los jefes de Efraín, que devuelven a los cautivos vestidos, alimentados y ungidos (vv. 9-15), y la espiral final: Acaz pide ayuda a Asiria, que lo oprime, sacrifica a los dioses de Damasco y cierra el templo (vv. 16-27). En el centro, una paradoja: los del norte obedecen a un profeta, mientras el rey de Judá no escucha a nadie.

El peor de los reyes

1 Veinte años tenía Acaz cuando comenzó a reinar [1]; y dieciséis años reinó en Jerusalén. No se portó bien en la
presencia del Señor, como su padre David; 2 sino que siguió
los senderos de los reyes de Israel; y además fundió estatuas a los Baales o ídolos [2]. 3 Este es aquel que ofreció in-
cienso en el valle de Benennom [3], e hizo pasar sus hijos
por el fuego, según el rito idolátrico de las naciones exterminadas por el Señor al arribo de los hijos de Israel.
4 Asimismo ofrecía sacrificios, y quemaba perfumes en las
alturas y en los collados, y debajo de todo árbol frondoso.

La guerra contra Siria e Israel

5 Por eso el Señor Dios lo entregó en poder del rey de
Siria [4], el cual le derrotó, y cogió un gran botín de su rei-
no, y se lo llevó a Damasco. También fue entregado en ma-
nos del rey de Israel, que hizo gran destrozo en su gente.
6 Pues Facee, hijo de Romelía [5], mató en un solo día ciento
veinte mil hombres de Judá, todos ellos bravos soldados;
porque habían abandonado al Señor Dios de sus padres.
7 Por el mismo tiempo Zecri, hombre poderoso de Efraín,
mató a Maasías, hijo del rey, y a Ezrica, su mayordomo,
como también a Elcana, que tenía el segundo lugar des-
pués del rey [6]. 8 Y los hijos de Israel hicieron cautivos de
sus hermanos doscientos mil [7], mujeres, niños y niñas, y
cogieron infinitos despojos, y los llevaron a Samaria.

El profeta Oded

9 Había allí en aquella sazón un profeta del Señor, llamado
Oded [8], el cual, saliendo al encuentro del ejército que ve-
nía a Samaria, les dijo: Habéis visto que el Señor Dios de
vuestros padres, irritado contra los hijos de Judá, los ha
entregado en vuestras manos; mas vosotros les habéis qui-
tado la vida atrozmente; tanto que vuestra crueldad ha su-
bido hasta el cielo. 10 Además de esto queréis subyugar a
los hijos de Judá y de Jerusalén, como a esclavos y escla-
vas, cosa que de ninguna manera debéis hacer; pues en
esto pecáis contra el Señor Dios vuestro [9]. 11 Oíd, pues,

ahora mi consejo: Volved a enviar a sus casas esos prisioneros hermanos vuestros, que habéis traído acá; porque el furor grande del Señor está para caer sobre vosotros.

12 Con esto algunos de los príncipes de los hijos de Efraín o de Israel, Azarías, hijo de Joanán, Baraquías, hijo de Mosollamot [10], Ezequías, hijo de Sellum, y Amasa, hijo de Adali, se opusieron a pie firme a los que venían de la batalla, 13 y les dijeron: No introduciréis acá esos cautivos, porque pecaríamos contra el Señor. ¿Cómo pretendéis aumentar nuestros pecados y colmar la medida de los antiguos delitos [11], puesto que es ése un gran pecado, y la terrible ira del Señor va a descargar sobre Israel? 14 Con eso los soldados soltaron los despojos y todo cuanto habían cogido [12] delante de aquellos príncipes y de todo el pueblo; 15 y los varones antes mencionados, tomando a los cautivos y a todos los desnudos, los vistieron de los despojos; y después de haberlos vestido y calzado, y confortado con comida y bebida, y ungido para aliviarlos del cansancio, y cuidádolos con mucho esmero, montaron en asnos a los que no podían andar [13] y eran de cuerpo débil, y los llevaron a Jericó, ciudad de las Palmas, a sus hermanos; y después se volvieron a Samaria.

Acaz busca ayuda en Asiria

16 En aquel tiempo envió el rey Acaz a pedir socorro al rey de los asirios [14]. 17 Entretanto entraron los idumeos en el

país de Judá, y mataron mucha gente, y cogieron un gran botín. 18 Asimismo los filisteos invadieron las ciudades de la llanura, y la parte meridional de Judá, y se apoderaron de Betsames, y de Ayalón, y de Gaderot [15], como también de Socó, y de Temnán, de Gamzo con sus aldeas, y se establecieron en ellas. 19 Porque el Señor había humillado a Judá [16] por los pecados de Acaz, rey de Judá, a quien dejó sin amparo por su desprecio del Señor. 20 El cual hizo mover contra él a Telgatfalnasar, rey de los asirios [17], que también lo afligió y taló el país sin hallar resistencia alguna. 21 Acaz, pues, despojando el templo del Señor, y el palacio real, y las casas de los príncipes, ofreció dones al rey de los asirios, y sin embargo de nada le sirvió.

22 Sobre todo esto, en el mismo tiempo de su angustia [18] aumentó las ofensas contra el Señor; de suerte que el mismo rey Acaz en persona 23 inmoló víctimas a los dioses de Damasco que creía sus enemigos [19], diciendo: Los dioses de los reyes de Siria son los que los protegen; yo los aplacaré, pues, con sacrificios, y se pondrán de mi parte; cuando al contrario ellos fueron la causa de su ruina y de la de todo Israel. 24 Acaz, pues, habiendo quitado todos los vasos de la casa de Dios, y habiéndolos hecho pedazos, cerró las puertas del templo de Dios [20], y erigió altares en todas las esquinas de Jerusalén. 25 Asimismo los erigió en todas las

ciudades de Judá para quemar sobre ellos incienso, provocando la indignación del Señor Dios de sus padres.

[26] Las demás cosas suyas y todas sus obras primeras y postreras, están escritas en el Libro de los Reyes de Judá y de Israel. [27] En fin, pasó Acaz a descansar con sus padres, y lo sepultaron en la ciudad de Jerusalén; pues no quisieron colocarlo en los sepulcros de los reyes de Israel o Judá [21]. Lo sucedió en el reino su hijo Ezequías.

¿Sabías que?

Gamzo (28,18), una aldea de la Sefela cerca de Lod, solo aparece aquí en la Biblia, pero su nombre se hizo famoso por un maestro judío de finales del siglo I, Najum de Gamzo, maestro de rabí Aquiba. El Talmud cuenta que ante cualquier desgracia decía: «También esto es para bien» (gam zu le-tová), jugando con el nombre de su pueblo. Y cuenta que una vez, yendo de camino con tres asnos cargados de comida y bebida, hizo esperar a un pobre que le pedía de comer mientras descargaba el animal, y el hombre murió antes de recibir nada; Najum pidió para sí mismo, como expiación, los sufrimientos que padeció el resto de su vida (*Taanit* 21a). Los de Efraín, en este capítulo, no hicieron esperar a nadie.

Los cautivos de Judá y el buen samaritano

2 Crónicas 28,8-15	Lucas 10,30-37
Las víctimas: doscientos mil de Judá, vencidos y despojados, muchos desnudos (28,8.15)	**La víctima:** un hombre asaltado, despojado y herido, medio muerto (10,30)
Quién los ve: el profeta Oded y cuatro jefes de Efraín (28,9.12)	**Quién lo ve:** un sacerdote y un levita pasan de largo; un samaritano se detiene (10,31-33)
Por qué actúan: «pecaríamos contra el Señor» (28,13)	**Por qué actúa:** «se compadeció» (10,33)
El vestido: los vistieron y los calzaron con el botín (28,15)	**El vestido:** lo habían despojado de todo (10,30)
La comida: les dieron de comer y de beber (28,15)	**El cuidado:** lo llevó a una posada y pagó por él (10,34-35)
El aceite: los ungieron (28,15)	**El aceite:** vendó sus heridas con aceite y vino (10,34)
La montura: llevaron en asnos a los que no podían andar (28,15)	**La montura:** lo puso sobre su propia cabalgadura (10,34)
El lugar: de Samaria a Jericó, «ciudad de las Palmas» (28,15)	**El lugar:** el camino que baja de Jerusalén a Jericó (10,30)
La enseñanza: son «hermanos vuestros» (28,11)	**La enseñanza:** «¿quién fue el prójimo?… Vete y haz tú lo mismo» (10,36-37)

Si Jesús alude a este episodio es una cuestión discutida: no lo cita, pero sus oyentes, que conocían las Escrituras, pudieron oír el eco. La Ley ya mandaba amar al prójimo y al forastero como a uno mismo (Lv 19,18.34).

PARA PROFUNDIZAR

Los samaritanos compasivos: Oded, los cautivos de Judá y la parábola de Jesús

Acaz es el peor rey de Judá antes de Manasés: fundió imágenes de los Baales, quemó a sus hijos en el valle de Ben-Hinnom y sacrificó en todas las alturas (28,1-4). El Cronista cuenta su castigo con cifras terribles: ciento veinte mil muertos en un día y doscientas mil mujeres y niños llevados cautivos a Samaria (28,6-8). Son números que no se leen como un parte de guerra (ver el cuadro del capítulo 17), pero lo que el texto quiere que veamos es claro: una guerra entre hermanos, en la que el vencedor se dispone a esclavizar al vencido. La Comisión Bíblica recuerda que la Escritura «denuncia y condena toda forma de abuso, desde la esclavitud a las guerras fratricidas» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 126). Y eso es exactamente lo que ocurre a continuación.

A las puertas de Samaria, un profeta del Señor llamado Oded sale al encuentro del ejército. Su discurso tiene tres pasos. Reconoce que Dios entregó a Judá por sus pecados; denuncia que los vencedores han matado «con una furia que llega hasta el cielo», y les hace la pregunta que desarma: «¿No tenéis vosotros mismos culpas contra el Señor?» (28,9-10). Y concluye: devolved a los cautivos, porque son «hermanos vuestros» (28,11). Cuatro jefes de Efraín, a los que el Cronista nombra uno por uno, se plantan ante los soldados, y estos sueltan prisioneros y botín «delante de todo el pueblo». Luego viene una lista que parece un catálogo de misericordia: vistieron a los desnudos, los calzaron, les dieron de

comer y de beber, los ungieron, montaron en asnos a los débiles y los llevaron a Jericó, «ciudad de las Palmas», con sus hermanos (28,15). Benedicto XVI escribió que la predicación de los profetas «se alza vigorosamente contra todo tipo de injusticia y violencia» (*Verbum Domini*, 42); aquí, además, alguien la escucha.

La página sorprende en un libro que apenas habla del reino del norte, cuyos reyes adoraban becerros de oro (13,8-9; ver el cuadro del capítulo 13). Mientras el rey de Judá no escucha a nadie y acaba cerrando el templo, los de Samaria obedecen a un profeta del Señor. El Cronista, que defiende sin descanso a Jerusalén, concede a los del norte la escena más luminosa del reinado de Acaz: la fidelidad a Dios no coincide siempre con las fronteras.

Siete siglos después, Jesús contó la historia de un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de bandidos y quedó medio muerto. Un sacerdote y un levita pasaron de largo; un samaritano, heredero de aquella Samaria que los judíos despreciaban (2 Re 17,24-41; Jn 4,9), lo vio, se compadeció, vendó sus heridas con aceite y vino, lo montó en su propia cabalgadura y cuidó de él (Lc 10,30-37). Los parecidos son llamativos: Samaria, Jericó, el aceite, la montura, el despojado, el extraño que socorre. Muchos comentaristas, como F. Scott Spencer en un estudio de 1984, piensan que los oyentes de Jesús, que conocían las Escrituras, pudieron oír en la parábola el eco de 2 Cr 28; Jesús no lo cita, y conviene no afirmar más de lo que el texto permite (ver el cuadro de este capítulo).

Las dos historias enseñan lo mismo. El prójimo no es solo el de mi bando: «Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí

y que yo pueda ayudar», escribió Benedicto XVI comentando la parábola (*Deus caritas est*, 15), y el Catecismo pide «que nos hagamos prójimos del más lejano» (n. 1825). Los gestos de los de Efraín son las obras de misericordia corporales, «dar de comer al hambriento… vestir al desnudo» (n. 2447), las mismas por las que Cristo juzgará (Mt 25,35-36) y las que la Escritura pide incluso con el enemigo: «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer» (Prov 25,21; Rom 12,20). Los Padres, como Orígenes y san Agustín, vieron en el samaritano a Cristo mismo, que se inclina sobre la humanidad herida. Y la pregunta de Oded encierra una lección más fina: la compasión empieza cuando uno recuerda sus propias culpas. Quien se sabe perdonado no esclaviza a su hermano. «Vete y haz tú lo mismo» (Lc 10,37).

PAUSA

1. Los de Efraín vieron en sus enemigos vencidos a sus «hermanos». ¿A quién te cuesta hoy mirar así?
2. Oded preguntó: «¿No tenéis vosotros mismos culpas?». ¿Ante qué juicio tuyo sobre otros te haría bien esta pregunta?
3. Vestir, calzar, alimentar, ungir, llevar al débil: ¿cuál de estos gestos te pide Dios esta semana, y para quién?

Para orar. *Señor, dame un corazón compasivo como el de los de Efraín, y enséñame a hacerme prójimo del que está caído.*

29

Ezequías abre las puertas del templo

Tres capítulos para un versículo de Reyes. Donde 2 Re 18,4 resume la reforma de Ezequías en una línea, el Cronista narra con detalle la purificación del templo (cap. 29), la Pascua (cap. 30) y la organización del culto (cap. 31). Este capítulo avanza en cuatro pasos: el rey abre las puertas que su padre había cerrado y exhorta a los levitas (vv. 1-11); dieciséis días de limpieza (vv. 12-19); el sacrificio por el pecado «por todo Israel» (vv. 20-24), y el culto restablecido con la música de David y una alegría desbordante (vv. 25-36). Reformar, para el Cronista, es volver a abrir la casa de Dios.

Las puertas abiertas

1 Comenzó, pues, a reinar Ezequías [1] a la edad de veinticinco años; y reinó veintinueve en Jerusalén; su madre se
llamó Abía, hija de Zacarías. 2 E hizo lo que era grato a los
ojos del Señor, siguiendo en todo el proceder de su padre
David [2]. 3 En el primer año y mes de su reinado abrió las
puertas del templo del Señor, y las renovó [3]. 4 E hizo vol-
ver los sacerdotes y levitas, y juntándolos en la plaza
oriental,

5 les dijo: Escuchadme, oh levitas: Purificaos; limpiad la
casa del Señor Dios de vuestros padres y quitad del santua-

rio toda inmundicia [4]. [6] Pecaron nuestros padres [5], y cometieron la maldad en presencia del Señor Dios nuestro, abandonándole; apartaron sus rostros del Tabernáculo del Señor, y le volvieron las espaldas. [7] Cerraron las puertas del atrio, y apagaron las lámparas [6], dejaron de quemar el incienso y de ofrecer los holocaustos en el santuario al Dios de Israel. [8] Por eso la ira del Señor se ha encendido contra Judá y Jerusalén, y los ha abandonado a la turbación, y a la ruina, y al escarnio [7], como vosotros mismos lo estáis viendo con vuestros ojos. [9] Ved cómo nuestros padres han perecido al filo de la espada; y nuestros hijos e hijas y nuestras mujeres han sido llevadas cautivas por esa maldad. [10] Ahora, pues, yo deseo que hagamos alianza con el Señor Dios de Israel [8], a fin de que aparte de nosotros el furor de su ira. [11] Hijos míos, no seáis negligentes [9]; a vosotros os ha escogido el Señor para que asistáis en su presencia, y le sirváis y deis culto, y le ofrezcáis incienso.

Dieciséis días de purificación

[12] Al punto se presentaron los levitas [10] del linaje de Caat, Mahat, hijo de Amasai, y Joel, hijo de Azarías; del linaje de Merari, Cis, hijo de Abdí, y Azarías, hijo de Jalaleel; del linaje de Gersom, Joá, hijo de Zemma, y Edén, hijo de Joá; [13] del linaje de Elisafán, Samri y Jahiel; del linaje de Asaf, Zacarías y Matanías. [14] Asimismo del linaje de Hemán, Jahiel y Semei; y del linaje de Iditún, Semeías y Oziel.

15 Los cuales congregaron a sus hermanos, y se purificaron; y entraron conforme a la orden del rey y al mandamiento del Señor en la casa de Dios para purificarla.

16 Igualmente los sacerdotes habiendo entrado en el santuario del templo del Señor para purificarlo, sacaron al atrio de la casa del Señor todas las inmundicias que hallaron dentro, y de allí las cogieron los levitas, y las llevaron fuera al torrente de Cedrón [11]. 17 El día primero del primer mes, llamado Nisán [12], principiaron a limpiar; y el día octavo del mismo mes entraron en el pórtico del templo del Señor, y por ocho días estuvieron purificando el templo; y a los dieciséis del dicho mes acabaron la obra comenzada. 18 Presentándose luego al rey Ezequías, le dijeron: Hemos purificado toda la casa del Señor, y el altar de los holocaustos y sus instrumentos, como también la mesa de la proposición con todos sus utensilios, 19 y todas las alhajas del templo, profanadas por el rey Acaz durante su reinado, después que prevaricó; y he aquí que están todas puestas en orden delante del altar del Señor.

La expiación por todo Israel

20 En consecuencia, el rey Ezequías, levantándose muy de mañana, congregó a todos los príncipes o magnates de la ciudad, y subió al templo del Señor, 21 y ofrecieron todos juntos siete toros, y siete carneros, y siete corderos, y siete machos cabríos por la expiación del pecado, por el reino o

delitos del rey, por la profanación del santuario [13], y por los pecados de todo Judá; y dijo a los sacerdotes, hijos de Aarón, que los ofreciesen sobre el altar del Señor. [22] Sacrificaron, pues, los sacerdotes los toros, y recibieron la sangre, y la derramaron sobre el altar; como también los carneros; y asimismo los corderos, cuya sangre derramaron igualmente sobre el altar. [23] En cuanto a los machos cabríos ofrecidos por el pecado, los hicieron arrimar delante del rey y de todo el pueblo, y pusieron sus manos sobre ellos, [24] y los inmolaron los sacerdotes, y con su sangre rociaron el altar por la expiación de los pecados de todo Israel; porque el rey había mandado que se ofreciese holocausto por todo Israel [14] y por el pecado.

Música y alegría

[25] Estableció también levitas en el templo del Señor con sus címbalos, y salterios, y cítaras, según la disposición del rey David, y de Gad profeta, y del profeta Natán [15]; porque éste fue un mandamiento del Señor, comunicado por medio de sus profetas. [26] Y estos levitas asistieron con los instrumentos músicos de David, y los sacerdotes con las trompetas. [27] Entonces ordenó Ezequías que se ofreciesen los holocaustos sobre el altar; y mientras que los holocaustos se ofrecían, comenzaron a cantar las alabanzas del Señor [16], y a tocar las trompetas, y acompañar el canto con los varios instrumentos músicos, dispuestos por Da-

vid, rey de Israel. 28 Entretanto, mientras todo el pueblo
adoraba al Señor, los cantores y los que tenían las trompe-
tas hacían su oficio, hasta que fue consumido el holocaus-
to. 29 Concluida la ofrenda, el rey y todos los que con él es-
taban, postrándose, adoraron al Señor. 30 En fin, Ezequías
y los príncipes mandaron a los levitas que alabasen al Se-
ñor con los cánticos de David y del profeta Asaf [17]; y lo hi-
cieron con gran alegría, y dobladas las rodillas en tierra
adoraron al Señor.

31 Añadió todavía Ezequías: Vosotros habéis sido consagra-
dos al Señor [18]; venid, pues, y ofreced víctimas y alaban-
zas en la casa del Señor. Y toda la muchedumbre ofreció
víctimas, y alabanzas, y holocaustos con devoto corazón.
32 El número de los holocaustos ofrecidos por el pueblo fue
éste: Setenta toros, cien carneros y doscientos corderos.
33 Además consagraron al Señor seiscientos bueyes y tres
mil ovejas. 34 Pero los sacerdotes eran pocos, y no bastaban
por sí solos para desollar las reses de los holocaustos; por
cuyo motivo les ayudaron los levitas, sus hermanos, hasta
que se acabó la función, y se hubieron purificado más sa-
cerdotes; porque los levitas se purifican con menos cere-
monias que los sacerdotes [19]. 35 Así fueron muchísimos los
holocaustos, y la grasa de las víctimas pacíficas, y las liba-
ciones de los holocaustos; y quedó restablecido el culto del
templo del Señor. 36 De lo que manifestaron gran gozo Eze-

quías y todo el pueblo, viendo la restauración del culto del Señor. Porque semejante resolución había sido tomada de improviso [20].

¿Sabías que?

El Talmud cuenta que el rey Ezequías tomó seis decisiones por su cuenta: tres que los sabios aprobaron y tres que no. Aprobaron que escondiera un «libro de remedios» en el que todos confiaban, que hiciera pedazos la serpiente de bronce convertida en ídolo (2 Re 18,4) y que arrastrara los huesos de su padre Acaz en un lecho de cuerdas, sin funerales de rey (28,27). No aprobaron que tapara las aguas del Guijón (32,30), que arrancara el oro de las puertas del templo para pagar al rey de Asiria (2 Re 18,16) y que «intercalara Nisán en Nisán», es decir, que añadiera un mes al año cuando ya era tarde, para celebrar la Pascua en el mes segundo (30,2) (*Berajot* 10b).

La reforma de Ezequías: un versículo en Reyes, tres capítulos en Crónicas

Paso	Qué se hace	Cita
Las puertas	El rey abre y repara las puertas del templo el primer mes	29,3
Los levitas	«Hijos míos, no seáis negligentes»: se purifican	29,4-15
La limpieza	Dieciséis días; la inmundicia, al Cedrón	29,16-19
La expiación	Siete toros, carneros, corderos y machos cabríos «por todo Israel»	29,20-24
La música	Levitas y trompetas según David, Gad y Natán	29,25-30
Las ofrendas	Sacrificios de acción de gracias; los levitas ayudan	29,31-36
Las cartas	Invitación a Efraín y Manasés: burlas y algunos humildes	30,1-12
La Pascua	En el mes segundo; oración por los impuros	30,13-22
Otra semana	Siete días más; la bendición llega al cielo	30,23-27
Los altares	Derribados en Judá, Benjamín, Efraín y Manasés	31,1
Turnos y diezmos	Turnos del templo, parte del rey, primicias y diezmos	31,2-10
Los almacenes	Administradores fieles; raciones para cada familia	31,11-19
Lo que dice Reyes	Quita los lugares altos, las estelas y la Aserá, y rompe Nehustán, la serpiente de bronce	2 Re 18,4

Reyes dedica a la reforma de Ezequías un versículo y a la de Josías dos capítulos (2 Re 22 – 23); las Crónicas cuentan las dos por extenso y comparan sus Pascuas (ver el cuadro del capítulo 35). Ver también el cuadro «La reforma de Josías», en el capítulo 23 de 2 Reyes.

PAUSA

1. Ezequías empezó su reinado abriendo las puertas que su padre había cerrado. ¿Qué puerta cerrada de tu vida necesitas abrir de nuevo a Dios?
2. «Hijos míos, no seáis negligentes». ¿En qué servicio que Dios te ha confiado te has vuelto descuidado?
3. Los levitas fueron «más rectos de corazón» y respondieron antes que los sacerdotes. ¿Respondes con prontitud cuando Dios te llama?

Para orar. *Señor, purifica la casa de mi corazón y vuelve a encender en ella la lámpara de tu presencia.*

30

La Pascua de Ezequías

La Pascua de Ezequías es una de las páginas más hermosas del libro, y es propia del Cronista: los libros de los Reyes no la mencionan. El capítulo avanza en tres pasos: la invitación por cartas a «todo Israel», también a los supervivientes del reino del norte, con burlas y con algunos que se humillan (vv. 1-12); la Pascua celebrada en el mes segundo, con muchos que comen sin estar purificados y la oración del rey por ellos (vv. 13-22), y otra semana de fiesta, con una alegría que no se veía desde Salomón (vv. 23-27). El rito importa, pero importa más el corazón que busca a Dios.

Cartas a todo Israel

1 Envió después Ezequías por todo Israel y Judá, y en particular escribió cartas a Efraín y a Manasés [1], convidándolos a venir al templo del Señor en Jerusalén para celebrar
la Pascua del Señor Dios de Israel. 2 Pues habiendo tenido
consejo el rey con los príncipes o magnates y con todo el
pueblo de Jerusalén, determinaron celebrar la Pascua en
el mes segundo [2]: 3 visto que no habían podido celebrarla
a su tiempo, por cuanto no estaban purificados bastantes
sacerdotes, y el pueblo no se había podido reunir todavía
en Jerusalén. 4 Fue esta resolución muy del agrado del rey

y de toda la muchedumbre. 5 Por lo que determinaron enviar mensajeros por todo Israel desde Bersabee hasta Dan [3], convidando a los pueblos a venir a celebrar la Pascua al Señor Dios de Israel en Jerusalén; pues muchos no la habían celebrado hacía tiempo, a pesar de lo ordenado por la ley.

6 En efecto, salieron correos por orden del rey y de sus magnates, con cartas circulares para todo Israel y Judá; en las cuales, conforme a lo mandado por el rey, se decía: Hijos de Israel, convertíos al Señor [4], Dios de Abrahán, y de Isaac, y de Israel, y él acogerá las reliquias que han escapado del poder del rey de los asirios. 7 No queráis imitar a vuestros padres y hermanos [5], que se alejaron del Señor Dios de sus padres, y el Señor los abandonó a la perdición, como vosotros mismos estáis viendo. 8 No endurezcáis vuestros corazones [6], como vuestros padres; rendíos al Señor, y venid a su santuario, que santificó para siempre; servid al Señor Dios de vuestros padres, y se apartará de vosotros su furor e indignación. 9 Porque si vosotros os convertís al Señor, vuestros hermanos e hijos hallarán compasión en sus amos, que los llevaron cautivos, y volverán a esta tierra; puesto que piadoso y clemente es el Señor vuestro Dios [7], y no ha de torcer su rostro, si os volviereis a él.

10 Iban, pues, corriendo los correos de ciudad en ciudad
por el país de Efraín y de Manasés hasta el de Zabulón;
mas estos pueblos se reían y mofaban de ellos [8]. 11 Sin em-
bargo, algunos varones de Aser, de Manasés y de Zabulón,
abrazando el consejo [9], vinieron a Jerusalén. 12 Al contra-
rio, en Judá obró la mano del Señor, dándoles a todos un
mismo corazón [10] para obedecer la palabra del Señor,
conforme a la orden del rey y de los príncipes.

La Pascua del mes segundo

13 Con esto se congregaron en Jerusalén muchos pueblos
para celebrar la fiesta de los Azimos o la Pascua [11], el mes
segundo. 14 E inmediatamente destruyeron los altares que
había en Jerusalén; y todos los parajes donde se ofrecía in-
cienso a los ídolos, los arruinaron, y lo arrojaron todo en
el torrente de Cedrón [12]. 15 Y sacrificaron el cordero pas-
cual el día catorce del mes segundo. También los sacerdo-
tes y levitas, que por fin se habían ya purificado [13], ofre-
cieron holocaustos en el templo del Señor; 16 y ejercieron
sus funciones conforme a lo expuesto en la ley de Moisés,
varón de Dios. Recibían los sacerdotes de mano de los levi-
tas la sangre que se debía derramar; 17 porque como mu-
chísima gente no estaba todavía purificada, por eso los le-
vitas degollaron el cordero pascual [14] por aquellos padres
de familia que no habían acudido a tiempo para purificar-
se delante del Señor.

18 Y aun gran parte del pueblo de Efraín, y de Manasés, y
de Isacar, y de Zabulón, que no estaba purificada, comie-
ron el cordero, no según la Escritura [15]. Mas Ezequías hizo
oración por ellos, diciendo: El Señor, que es infinitamente
bueno, se apiadará 19 de todos aquellos que de todo cora-
zón buscan al Señor Dios de sus padres; y no les imputará
la falta de no estar bien purificados. 20 En efecto, lo oyó be-
nigno el Señor, y perdonó al pueblo [16].

21 De esta manera los hijos de Israel, que se hallaron en Je-
rusalén, celebraron con gran alegría la solemnidad de los
Azimos por espacio de siete días, cantando cada día ala-
banzas al Señor, y asimismo los levitas y sacerdotes con
los instrumentos músicos correspondientes a su oficio.
22 Ezequías por su parte dio las gracias a todos los levitas,
los cuales tenían mucho conocimiento en las cosas del
Señor [17], y los alentó; y los siete días que duró la solemni-
dad comieron de las víctimas pacíficas que ofrecían, ala-
bando al Señor Dios de sus padres.

Otros siete días de fiesta

23 Y todo aquel concurso acordó hacer fiesta aún otros siete
días [18], como lo ejecutaron con sumo gozo. 24 Porque Eze-
quías, rey de Judá, había dado para aquel gentío mil toros
y siete mil ovejas; para el cual los príncipes o magnates ha-
bían añadido mil toros y diez mil ovejas; por lo que se pu-
rificó un gran número de sacerdotes. 25 Así pues, rebosaba

de alegría toda la gente de Judá, junto con los sacerdotes y levitas, no menos que todo el concurso que había acudido de Israel, como también los extranjeros [19], tanto los del país de Israel, como los que habitaban en tierra de Judá. [26] En suma, fue grande esta solemnidad que se celebró en Jerusalén, y cual no se había visto semejante en aquella ciudad desde el tiempo de Salomón, hijo de David [20], rey de Israel. [27] Finalmente, los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y fue oída su voz por el Señor; y su oración penetró hasta la morada santa del cielo [21].

¿Sabías que?

Cada día la Iglesia abre la Liturgia de las Horas con el invitatorio, que de ordinario es el Salmo 95: «Venid, aclamemos al Señor...», con su advertencia final: «Ojalá escuchéis hoy su voz: no endurezcáis el corazón» (Sal 95,7-8). La Carta a los Hebreos comenta ese «hoy» y lo aplica a los cristianos (Heb 3,7 – 4,11). Las cartas de Ezequías a las tribus del norte dicen lo mismo con la imagen de la cerviz (30,8), que Torres Amat convirtió en «corazones»: la invitación de Dios tiene siempre fecha de hoy.

PARA PROFUNDIZAR

La Pascua de Ezequías: un corazón que busca a Dios

Los libros de los Reyes no mencionan la Pascua de Ezequías; el Cronista le dedica un capítulo entero y la pone en el centro de su

reforma. Purificado el templo, el rey quiere que vuelva a celebrarse la fiesta que hacía de Israel un pueblo, y la quiere para «todo Israel», no solo para Judá. Envía correos con cartas también a Efraín y Manasés, los supervivientes del reino del norte después de las deportaciones asirias (30,1.6). La carta no les echa en cara el cisma: «Volved al Señor, y él volverá a vosotros»; «no endurezcáis vuestra cerviz»; «piadoso y clemente es el Señor vuestro Dios, y no ha de torcer su rostro, si os volviereis a él» (30,6-9). Es la voz de Éx 34,6, el retrato del Dios que perdona.

La respuesta se divide. Muchos se ríen de los mensajeros (30,10), como un día se reirán de los profetas en Jerusalén (36,16). Algunos de Aser, Manasés y Zabulón «se humillan» y vienen (30,11): el verbo de la promesa de 7,14. Y en Judá «la mano del Señor» da a todos «un mismo corazón» (30,12). El Cronista sueña con un solo pueblo reunido en torno a un solo templo, y sabe que esa unidad es obra de la gracia.

La fiesta empieza con dificultades. No hay tiempo para celebrarla el día catorce del primer mes: los sacerdotes no se han purificado en número suficiente y el pueblo no ha llegado (30,3). Ezequías aplica a todos la ley que permitía al impuro o al viajero celebrar la Pascua un mes después (Nm 9,6-13). Los sacerdotes, avergonzados ante el fervor del pueblo, se santifican al fin (30,15). Pero muchos de los que vienen del norte comen el cordero sin estar purificados, «no según la Escritura». Ezequías no lo disimula: ora. «El Señor, que es bueno, haga expiación por todo el que ha dispuesto su corazón para buscar a Dios, el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según la pureza del santuario» (30,18-19, según el hebreo). Y el Señor lo escuchó «y sanó al pueblo» (30,20). La tra-

dición judía no tomó a la ligera la decisión del rey: el Talmud discute si obró bien al trasladar la fiesta y cuenta que «pidió misericordia por sí mismo» (*Sanedrín* 12a-b).

La página no dice que las normas no importen. Ezequías purificó el templo durante dieciséis días, retrasó la fiesta para celebrarla como es debido e hizo que los levitas inmolaran los corderos de los impuros (30,17): hizo todo lo posible, y donde no llegó, oró. Lo que el texto enseña es una jerarquía: el rito está al servicio del encuentro con Dios, y Dios mira el corazón (1 Sam 16,7). Es la lección de los profetas, «misericordia quiero, y no sacrificios» (Os 6,6; Mt 12,7), y de Jesús, que llama impuro a lo que sale del corazón (Mc 7,14-23). El Catecismo lo dice del culto del templo: era camino de oración, pero hacía falta «la conversión del corazón» (n. 2581), porque «el sacrificio exterior, para ser auténtico, debe ser expresión del sacrificio espiritual» (n. 2100).

Para un cristiano, la escena tiene un eco eucarístico. San Pablo pide examinarse antes de comer el pan del Señor (1 Cor 11,27-29), y la Iglesia mantiene esa disciplina: quien tiene conciencia de pecado grave debe confesarse antes de comulgar (Catecismo, n. 1385). La oración de Ezequías no dispensa de esa preparación; enseña la humildad con que hay que acercarse: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme» (n. 1386). La fiesta termina con una alegría que no se veía desde Salomón y con una bendición que sube «hasta la morada santa del cielo» (30,26-27). Jesús celebró su última Pascua «antes de padecer» y le dio su sentido definitivo en la Eucaristía (Lc 22,15; Catecismo, nn. 1339-1340). La Pascua de Josías, el

otro gran rey reformador, se compara con esta en el cuadro del capítulo 35.

PAUSA

1. Ezequías invitó también a los que se habían alejado. ¿A quién podrías invitar tú a volver a la casa de Dios?
2. Unos se burlaron y otros «se humillaron». ¿Cómo recibes las invitaciones de Dios que te llegan por medio de otros?
3. Ezequías oró por los que no estaban preparados. ¿Por quién podrías orar hoy así?

Para orar. *Señor, tú que eres bueno, mira el corazón de los que te buscan y sana a tu pueblo.*

31

Primicias, diezmos y almacenes

Después de la fiesta, la vida ordinaria. El capítulo cuenta lo que hace duradera una reforma: los ídolos derribados en todo el país, también en el norte (v. 1); los turnos de sacerdotes y levitas y la parte del rey para el culto diario (vv. 2-3); la generosidad del pueblo, que trae primicias y diezmos hasta formar montones durante cuatro meses (vv. 4-10), y los almacenes del templo, con administradores que reparten «fielmente» a cada familia sacerdotal (vv. 11-19). El elogio final resume a Ezequías: buscó a su Dios con todo su corazón, y prosperó (vv. 20-21).

Los ídolos derribados y los turnos del templo

1 Concluidas todas las ceremonias de la fiesta, salieron todos los israelitas que moraban en las ciudades de Judá, e hicieron pedazos los ídolos, y cortaron los bosques a ellos dedicados, y derribaron los adoratorios de los lugares altos, y destruyeron los altares; no sólo en todo el país de Judá y de Benjamín, sino también de Efraín y Manasés [1]; ni pararon hasta no dejar rastro de ellos; y después de esto se volvieron todos los hijos de Israel a sus posesiones y ciudades.

2 Y Ezequías restableció las clases de los sacerdotes y levitas según sus turnos, poniendo a cada uno, así de los sacerdotes como de los levitas, en su propio oficio, para que ofreciesen los holocaustos y las víctimas pacíficas, a fin de que sirviesen y glorificasen a Dios, y cantasen en las puertas del campamento o atrios de la casa del Señor [2].
3 Corría de cuenta del rey suministrar el holocausto perpetuo, que siempre se ofrece por mañana y tarde [3]; como también los que se ofrecen los sábados, y calendas, y demás fiestas solemnes, como está escrito en la ley de Moisés.

La generosidad del pueblo

4 Mandó asimismo al pueblo establecido en Jerusalén que diese a los sacerdotes y levitas sus porciones a fin de que pudiesen ocuparse en las cosas de la ley del Señor [4].
5 Promulgado el edicto al pueblo, al instante los hijos de Israel ofrecieron gran cantidad de primicias de trigo, de vino y de aceite, y también de miel [5]; y ofrecieron el diezmo de cuanto produce la tierra. 6 Del mismo modo los hijos de Israel y de Judá, que habitaban en las ciudades de Judá, ofrecieron el diezmo de los bueyes y de las ovejas, y el diezmo de las cosas consagradas, que tenían ofrecidas con voto al Señor Dios suyo; y trayendo todas estas cosas formaron de ellas grandes acopios. 7 El mes tercero comenzaron a formar estos acopios [6] y acabaron el séptimo.

[8] Y entrando allí Ezequías y sus cortesanos, al ver los montones, bendijeron al Señor, y elogiaron al pueblo de Israel [7]. [9] Y preguntó Ezequías a los sacerdotes y levitas, por qué estaban allí por tierra aquellos montones. [10] Le respondió Azarías, del linaje de Sadoc, primer sacerdote, diciendo: Desde que comenzaron a ofrecerse las primicias en la casa del Señor, hemos comido de ellas hasta saciarnos; pero es muchísimo lo que ha sobrado, porque el Señor ha echado la bendición sobre su pueblo [8]; y esta abundancia que ves es de lo que sobró.

Los almacenes y los administradores

[11] Mandó, pues, Ezequías que dispusiesen almacenes en la casa del Señor [9]; lo cual ejecutado, [12] metieron en ellos fielmente [10], tanto las primicias como los diezmos, y las ofrendas por voto. Se encargó la superintendencia o custodia de todo esto a Conenías, levita, y en segundo lugar a Semei, su hermano. [13] Y después de éste a Jahiel, y a Azarías, y a Nahat, y a Asael, y a Jerimot, y a Jozabad, y a Eliel, y a Jesmaquías y a Mahat, y a Banaías, que fueron los administradores bajo las órdenes de Conenías, y de Semei, su hermano, por mandato del rey Ezequías, y de Azarías, sumo sacerdote de la casa de Dios, a quienes se daba cuenta de todo.

[14] Por otra parte, Coré, hijo de Jemna, levita y ostiario de la puerta oriental [11], estaba encargado de los dones que se

ofrecían voluntariamente al Señor, y de las primicias para
uso del lugar santísimo. 15 Estaban bajo sus órdenes Edén,
y Benjamín, y Jesué, y Semeías, y Amarías, y Sequenías en
las ciudades sacerdotales para distribuir fielmente las por-
ciones a sus hermanos, así pequeños como grandes; 16 y
(además de los varones de tres años arriba [12]) a todos
aquellos que tenían entrada en el templo del Señor; y en
fin, para proveer diariamente de todo lo conducente a los
diferentes ministerios y oficios según sus clases.
17 Igualmente a los sacerdotes y levitas de veinte años
arriba [13], según sus familias, clases y número, 18 y a toda la
multitud, así de sus mujeres como de sus hijos de ambos
sexos, se suministraban fielmente alimentos de las cosas
que habían sido ofrecidas. 19 Asimismo, de los hijos de Aa-
rón había algunos que estaban distribuidos por la campi-
ña y calles de cada ciudad [14] para repartir las raciones a
todos los hijos varones de la estirpe sacerdotal y levítica.

20 Hizo, pues, Ezequías todas estas cosas que hemos dicho
en todo el reino de Judá; y obró lo que era bueno, recto y
justo delante del Señor Dios suyo, 21 en todo aquello que
exigía el ministerio de la casa del Señor, según la ley y las
ceremonias, deseoso de complacer a su Dios con todo su
corazón [15]; lo hizo así, y todo le salió prósperamente.

¿Sabías que?

El «ostiario» o portero fue durante muchos siglos la primera de las órdenes menores de la Iglesia latina. En el año 251, el papa Cornelio contaba en Roma, junto a presbíteros, diáconos y acólitos, cincuenta y dos exorcistas, lectores y porteros (Eusebio, *Historia eclesiástica* VI,43). En el rito de ordenación, el obispo entregaba al candidato las llaves de la iglesia y le recordaba que tendría que dar cuenta a Dios de lo que se guardaba bajo ellas. En 1972, Pablo VI dispuso que las órdenes menores se llamaran «ministerios» y conservó para toda la Iglesia latina solo dos, el de lector y el de acólito; el de ostiario quedó entre los que las conferencias episcopales pueden pedir a la Santa Sede (*Ministeria quaedam*).

PAUSA

1. El pueblo dio tanto que sobró. ¿Cómo es tu generosidad con la Iglesia y con los que la necesitan?
2. «Fielmente»: así administraban los bienes de Dios. ¿Qué te ha confiado Dios que debes administrar con fidelidad?
3. Ezequías buscó a Dios «con todo su corazón». ¿Qué parte de tu corazón todavía no le has entregado?

Para orar. *Señor, que te ofrezca las primicias de mi tiempo y de mis bienes, y que te busque con todo mi corazón.*

32

Senaquerib y los últimos años de Ezequías

Después de tres capítulos de reforma (29 – 31) llega la prueba: Senaquerib, rey de Asiria, invade Judá. El Cronista cuenta en pocos versículos lo que 2 Re 18 – 20 narra por extenso, y lo cuenta a su manera: el rey prepara el agua y los muros, anima al pueblo con palabras de fe, ora junto con Isaías, y el ángel del Señor salva a Jerusalén (vv. 1-23). Después vienen la enfermedad, el orgullo y la humillación de Ezequías, sus riquezas, la prueba de los embajadores de Babilonia y su sepultura honrosa (vv. 24-33). El esquema es el de todo el libro: fidelidad, prueba, oración, salvación.

Los preparativos de Ezequías

[1] Después de estas cosas, y de tanta fidelidad de Ezequías [1],
sobrevino Sennaquerib, rey de los asirios; y entrándose
por las tierras de Judá, puso sitio a las ciudades fuertes
para apoderarse de ellas. [2] Lo cual visto por Ezequías, es a
saber, que Sennaquerib se acercaba, y que todo el ímpetu
de la guerra se dirigía contra Jerusalén, [3] celebrado conse-
jo con sus magnates, y con los hombres más valerosos, y
conviniendo todos en el dictamen de cegar los manantia-
les de las fuentes, que había fuera de la ciudad, [4] reunió
gran número de personas, y cegaron todas las fuentes y el

arroyo Cedrón [2] que corría por medio del territorio, diciendo: Con eso, si vienen los reyes de los asirios, no hallarán abundancia de agua. [5] Al mismo tiempo reparó con gran diligencia todas las partes del muro que estaban ya arruinadas, y construyó torres encima y otro muro exterior [3]; y restauró la fortaleza de Mello en la ciudad de David o monte Sión [4], e hizo provisión de todo género de armas y escudos.

[6] Nombró también generales de las tropas, y los convocó a todos en la plaza de la puerta de la ciudad; y les habló al alma [5], diciendo: [7] Portaos con valor, y cobrad bríos. No temáis, ni tengáis miedo del rey de los asirios, ni de todo el gentío que viene con él; porque muchos más están por nuestra parte que por la suya. [8] Pues él tiene consigo un brazo de carne [6]; pero con nosotros está el Señor Dios nuestro, el cual es nuestro defensor, y pelea por nosotros. Al oír el pueblo estas palabras de Ezequías, rey de Judá, cobró gran aliento.

Las blasfemias del asirio

[9] Pasadas estas cosas, Sennaquerib, rey de los asirios (estando con todo su ejército sitiando a Laquís) envió sus mensajeros a Jerusalén a decir a Ezequías, rey de Judá, y a todo el pueblo que se hallaba en la ciudad: [10] Esto dice Sennaquerib, rey de los asirios: ¿En quién ponéis vuestra confianza para manteneros así cercados en Jerusalén?

11 ¿Acaso os tiene engañados Ezequías para dejaros morir
de hambre y de sed, con aseguraros que el Señor, vuestro
Dios, os librará de las manos del rey de los asirios? 12 Pues,
¿no es ese Ezequías el que destruyó sus adoratorios en las
alturas y sus altares; y habló a los habitantes de Judá y de
Jerusalén, diciendo: Delante de un solo altar habéis de
adorar [7], y en él solo quemar el incienso? 13 ¿Ignoráis por
ventura lo que yo y mis padres hemos hecho con todos los
pueblos de la tierra? ¿Acaso los dioses de las naciones y de
todos los países han tenido poder para librar de mis ma-
nos a sus regiones? 14 ¿Cuál es el dios entre todos los dioses
de las naciones, exterminadas por mis padres, que haya
podido salvar a su pueblo de mis manos [8], para que creáis
que pueda también libraros vuestro Dios? 15 No os dejéis,
pues, engañar de Ezequías, ni seducir con vanas persua-
siones, y no le deis crédito; porque si ninguno de los dioses
de las naciones, ni de los otros reinos, pudo librar a su
pueblo de mis manos, ni de las manos de mis padres, es
consiguiente que tampoco vuestro Dios podrá libertaros
de caer en las mías.

16 Otras muchas cosas hablaron también los mensajeros de
Sennaquerib contra el Señor Dios y contra Ezequías, su
siervo. 17 Escribió igualmente unas cartas llenas de
blasfemias [9] contra el Señor Dios de Israel, diciendo con-
tra él: Así como los dioses de las demás naciones no pudie-

ron librar a sus pueblos de caer en mis manos, tampoco
podrá el Dios de Ezequías salvar a su pueblo del poder mío.
18 Sobre todo a grandes voces gritaba en lengua hebrea [10]
contra el pueblo que estaba sobre los muros de Jerusalén,
a fin de aterrarle y apoderarse de la ciudad. 19 Y hablaba del
Dios de Jerusalén como de los dioses de las otras naciones
de la tierra, que son obra de las manos del hombre [11].

La oración y el ángel

20 Pero el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amós, hi-
cieron oración [12] contra este blasfemador, y alzaron sus
clamores hasta el cielo. 21 Y envió el Señor un ángel [13], que
mató a todos los hombres fuertes y belicosos, y al general
del ejército de Sennaquerib, rey de los asirios; el cual se
volvió a su tierra cubierto de ignominia. Y habiendo en-
trado en el templo de su dios, lo atravesaron con la espada
sus propios hijos. 22 De esta suerte salvó el Señor a Eze-
quías y a los habitantes de Jerusalén, de las manos de Sen-
naquerib, rey de los asirios, y de las manos de los demás
enemigos, y les dio paz por todas partes. 23 Y muchos ofre-
cían también víctimas para los sacrificios del Señor en Je-
rusalén, y presentes a Ezequías, rey de Judá [14]; el que de
allí en adelante gozó de gran consideración entre las na-
ciones todas.

Enfermedad, orgullo y riquezas de Ezequías

24 Por aquel tiempo cayó Ezequías enfermo de muerte, e
hizo oración al Señor; el cual le oyó, y le dio una señal de
ello [15]. 25 Pero Ezequías no correspondió a los beneficios
recibidos, porque su corazón se envaneció [16], por lo cual
la ira del Señor se encendió contra él, y contra Judá, y con-
tra Jerusalén. 26 Mas después se humilló arrepentido [17] de
haberse ensoberbecido en su corazón, tanto él como los
habitantes de Jerusalén; por cuya razón no descargó sobre
ellos la ira del Señor, mientras vivió Ezequías.

27 Como quiera, Ezequías fue muy rico y esclarecido [18], y
juntó grandes tesoros de plata y oro, y piedras preciosas, y
aromas, y todo género de armas y de alhajas de gran valor.
28 Formó asimismo almacenes de granos, de vino, y de
aceite, y establos para toda especie de asnos, y apriscos
para ganados; 29 y edificó para sí ciudades o poblaciones;
porque tenía innumerables rebaños de ovejas y ganados
mayores; por haberle dado el Señor bienes inmensos.
30 Este es Ezequías, que tapó el manantial o fuente alta de
las aguas de Gihón [19], y las encaminó por un conducto
subterráneo hacia el poniente de la ciudad de David. En
todas sus empresas salió felizmente, a medida de su deseo.

31 Verdad es que por haberle sido enviados por embajado-
res magnates de Babilonia, para que se informaran del
prodigio, que por ocasión suya había acaecido en la tierra,

el Señor le dejó de su mano; a fin de probarle [20] y hacer patente todo cuanto tenía en su corazón. [32] Por lo que toca a las otras acciones de Ezequías y sus obras de misericordia [21], se hallan escritas en la Visión del profeta Isaías, hijo de Amós, y en el Libro de los Reyes de Judá y de Israel. [33] Al fin Ezequías fue a descansar con sus padres, y lo sepultaron en un lugar elevado sobre los sepulcros de los hijos de David [22], sus predecesores; y celebró sus exequias todo el reino de Judá, con todos los moradores de Jerusalén; y lo sucedió en el reino su hijo Manasés.

¿Sabías que?

El libro de los Proverbios guarda una huella de la corte de Ezequías: «También estos son proverbios de Salomón, que copiaron los hombres de Ezequías, rey de Judá» (Prov 25,1). El Talmud fue más lejos y atribuyó a «Ezequías y sus compañeros» la puesta por escrito de Isaías, los Proverbios, el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés (Baba Batra 15a). Muchos estudiosos piensan hoy que en tiempos de Ezequías, cuando llegaron a Jerusalén refugiados del reino del norte, se reunieron y copiaron muchas tradiciones de Israel. El rey de las «obras de misericordia» (32,32) fue también, quizá, un rey de libros.

PAUSA

1. Ezequías preparó el agua y los muros, y a la vez dijo: «con nosotros está el Señor». ¿Cómo unes tú la previsión y la confianza en Dios?
2. «Él tiene consigo un brazo de carne». ¿En qué brazos de carne buscas tu seguridad?
3. Dios dejó a Ezequías «a fin de probarle y hacer patente todo cuanto tenía en su corazón». ¿Qué ha mostrado de tu corazón una prueba reciente?

Para orar. *Señor, defensor nuestro, que en la prosperidad no se envanezca mi corazón, y que en la prueba me apoye solo en tu brazo.*

33

Manasés: el destierro y la conversión

Manasés reina cincuenta y cinco años, más que ningún otro rey de Judá. El Cronista copia casi palabra por palabra el catálogo de sus pecados de 2 Re 21 (vv. 1-10), pero añade lo que Reyes no cuenta: los generales asirios lo llevan encadenado a Babilonia, y allí se humilla, ora y es escuchado; vuelve a Jerusalén, fortifica la ciudad, purifica el templo y ofrece sacrificios de acción de gracias (vv. 11-20). El capítulo termina con su hijo Amón, que imita sus pecados y no su conversión (vv. 21-25). Es la página del libro donde mejor se ve que nadie está demasiado lejos para volver.

Los pecados de Manasés

[1]Doce años tenía Manasés cuando entró a reinar, y reinó
cincuenta y cinco en Jerusalén [1]. [2]Pero obró el mal en la
presencia del Señor, imitando las abominaciones de las
gentes [2], exterminadas por el Señor al arribo de los hijos
de Israel; [3]y restableció otra vez los adoratorios en los lu-
gares altos, demolidos por su padre Ezequías; y erigió alta-
res a los Baales o ídolos [3], y plantó arboledas en honor
suyo, y adoró a toda la milicia del cielo, y le rindió culto.
[4]Construyó también altares en la casa del Señor, de la cual
tenía el Señor dicho: En Jerusalén se invocará mi Nombre

eternamente. [5] Y estos altares los erigió a todo el ejército del cielo en los dos atrios del templo del Señor.

[6] E hizo pasar por el fuego a sus hijos en el valle de Benennom [4]. Observaba los sueños, consultaba agüeros, se valía de artes mágicas, y tenía consigo hechiceros y encantadores, y cometió muchos pecados delante del Señor, provocando su ira. [7] Colocó asimismo un ídolo de fundición en la casa del Señor [5] de la cual habló Dios a David y a Salomón su hijo diciendo: En esta casa y en Jerusalén, elegida por mí de entre todas las tribus de Israel, estableceré mi Nombre eternamente. [8] Y haré que Israel no mueva el pie de la tierra que yo di a sus padres; con tal que procure cumplir lo que le tengo mandado, toda la ley, y ceremonias y ordenanzas publicadas o promulgadas por medio de Moisés [6]. [9] Manasés, pues, sedujo a Judá y a los habitantes de Jerusalén, para que hicieran mayores males, que todas las gentes [7] que había el Señor exterminado de la presencia de los hijos de Israel. [10] Y lo amonestó el Señor así a él como a su pueblo [8]; mas no quisieron escucharlo;

Cautiverio, oración y vuelta

[11] por eso hizo que viniesen sobre ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales hicieron prisionero a Manasés, y atado con cadenas y grillos lo llevaron a Babilonia [9]. [12] Donde viéndose en la opresión [10], oró al Señor su Dios, y concibió un vivísimo arrepentimiento [11] de-

lante del Dios de sus padres, [13] y le rogó y suplicó intensamente, y el Señor oyó su oración [12], y lo restituyó a Jerusalén en su reino; y acabó de conocer Manasés que el Señor es el solo Dios [13].

[14] Después de esto edificó el muro exterior de la ciudad de David [14] al occidente de Gihón en el valle, desde la entrada de la puerta del Pescado alrededor hasta Ofel, y lo alzó muy alto; y puso comandantes del ejército en todas las ciudades fuertes de Judá. [15] Y quitó del templo del Señor los dioses extranjeros y el simulacro, como también los altares que había erigido en el monte Sión de la casa del Señor [15], y en Jerusalén, y lo hizo arrojar todo fuera de la ciudad. [16] Y restableció el altar del Señor, e inmoló sobre él víctimas, y hostias pacíficas y de acción de gracias [16]; y mandó a Judá que sirviese al Señor Dios de Israel. [17] Sin embargo, el pueblo ofrecía aún sacrificios al Señor su Dios en los lugares altos [17].

Los libros de Manasés y su sepultura

[18] Los demás hechos de Manasés, y la súplica que hizo a su Dios, como también las palabras de los profetas, que le hablaban en nombre del Señor Dios de Israel, se contienen en los Libros de los Reyes de Israel [18]. [19] Asimismo su oración, y cómo fue oído, y todos sus pecados, y apostasía, los lugares altos que fundó, los bosques o arboledas profanas que plantó, y las estatuas que levantó antes de hacer peni-

tencia, se describen en los Libros de Hozai [19]. [20] Pasó, en fin, Manasés a descansar con sus padres, y fue sepultado en su casa [20]; sucediéndole en el reino su hijo Amón.

Amón

[21] Veintidós años tenía Amón cuando comenzó a reinar, y dos años reinó en Jerusalén. [22] E hizo lo malo en la presencia del Señor, como lo había hecho Manasés, su padre; y sacrificó, y dio culto a todos los ídolos que había hecho Manasés. [23] Y no se humilló en la presencia del Señor, como lo hizo Manasés [21], su padre; antes bien cometió delitos mucho mayores. [24] Pero conjurados contra él sus criados, le quitaron la vida en su casa. [25] Entonces todo el resto del pueblo [22], ajusticiados aquellos que habían muerto a Amón, proclamó por rey en su lugar a Josías, su hijo.

¿Sabías que?

La Iglesia latina sigue rezando unas líneas de la Oración de Manasés. En la Liturgia de las Horas, el domingo de la 14.ª semana del tiempo ordinario, el Oficio de lectura lee el pecado de David y la parábola del profeta Natán (2 Sam 12,1-25), y el responsorio que sigue está tomado de esa oración (vv. 9-10), unida a dos versículos del Miserere (Sal 51,5-6): el orante confiesa que sus pecados son más numerosos que las arenas del mar y que no es digno de levantar los ojos a la altura del cielo. En una misma página de la oración de la Iglesia, el rey adúltero y el rey idólatra piden juntos perdón.

Dos retratos de Manasés: 2 Reyes 21 y 2 Crónicas 33

2 Reyes 21	2 Crónicas 33
Lugares altos, Baal y Aserá, los astros, su hijo por el fuego, adivinos, una imagen en el templo (21,2-9)	Los mismos pecados, casi a la letra; «sus hijos», en el valle de Benennom (33,2-9)
Los profetas: Jerusalén correrá la suerte de Samaria (21,10-15)	«Lo amonestó el Señor... mas no quisieron escucharlo» (33,10)
Llena Jerusalén de sangre inocente (21,16)	—
—	Llevado a Babilonia con cadenas, se humilla y ora; Dios lo escucha y lo devuelve a su reino (33,11-13)
—	Muralla, ídolos fuera del templo, altar restaurado (33,14-16)
Fuente: los Anales de los Reyes de Judá (21,17)	Los libros de los reyes de Israel y los de Hozai, con su oración (33,18-19)
Sepultado en el Jardín de Oza (21,18)	Sepultado «en su casa» (33,20)
La causa del destierro (23,26; 24,3-4; Jer 15,4)	El pecador que se convierte
Amón hace el mal como su padre (21,20-22)	Amón «no se humilló... como lo hizo Manasés» (33,23)

Reyes mira las consecuencias del pecado de un rey para su pueblo; Crónicas, la misericordia de Dios con el pecador que se humilla (ver el ensayo del capítulo 21 de 2 Reyes y el de este capítulo). «No quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su camino y viva» (Ez 33,11).

PARA PROFUNDIZAR

La conversión de Manasés y la Oración de Manasés

Reyes y Crónicas pintan dos retratos del mismo rey (ver el cuadro). El primero se comenta en el ensayo del capítulo 21 de 2 Reyes: allí Manasés es la causa del destierro. El segundo es propio del Cronista. Copia casi a la letra la lista de pecados (vv. 1-9), pero añade lo que Reyes no cuenta: el rey, llevado con garfios y cadenas a Babilonia, se humilla, ora y es escuchado, vuelve a Jerusalén, saca los ídolos del templo y restaura el altar (vv. 10-16). Los historiadores discuten cuánto hay aquí de recuerdo y cuánto de interpretación (ver nota a 33,11). Lo que el Cronista quiere enseñar está claro: un reinado de cincuenta y cinco años, el más largo de Judá, no se explica sin un perdón.

La conversión está contada con el vocabulario de la promesa de 7,14, casi verbo por verbo: si mi pueblo se humilla, ora, busca mi rostro y se convierte, «yo oiré desde el cielo». Manasés «aplacó el rostro del Señor», «se humilló mucho» y «oró», y Dios «se dejó suplicar», «oyó» y lo hizo volver a su reino (vv. 12-13). El fruto es un conocimiento: «supo Manasés que el Señor es Dios» (ver nota a 33,13). Pero el relato no es ingenuo: el pueblo sigue sacrificando en los lugares altos (v. 17), y su hijo Amón «no se humilló como lo hizo Manasés» (v. 23). La conversión no borra de golpe las costumbres sembradas, ni se hereda.

La tradición leyó esta página como una escuela de esperanza. El Talmud cuenta que rabí Aquiba, ante su maestro enfermo, dijo que los sufrimientos son preciosos, y lo probó con Manasés: Ezequías le había enseñado mucha Torá, pero solo la aflicción lo de-

volvió al buen camino (Sanedrín 101a-b). San Cirilo de Jerusalén preguntaba a sus catecúmenos: si el que, según la tradición, aserró al profeta Isaías se salvó por la penitencia, ¿no te salvarás tú, que no has hecho tanto mal? (*Catequesis* II,14). La Iglesia lo enseña con palabras del Catecismo Romano: «No hay nadie, tan perverso y tan culpable que, si verdaderamente está arrepentido de sus pecados, no pueda contar con la esperanza cierta de perdón» (Catecismo, n. 982). Y añade que la conversión es «primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a Él nuestros corazones» (n. 1432): en las cadenas de Babilonia, Dios ya estaba trabajando.

El Cronista dice que la oración de Manasés estaba escrita en las crónicas de los reyes y de los videntes (vv. 18-19). Esa oración no se conserva, pero la piedad judía compuso otra, en griego, probablemente entre el siglo II a. C. y el I d. C. (la fecha y la lengua original se discuten): la *Oración de Manasés*, un salmo penitencial de quince versículos. Invoca al Señor, «que encadenaste el mar con la palabra de tu mandato, que cerraste el abismo y lo sellaste con tu nombre terrible y glorioso», y pone en boca del rey una frase atrevida: «tú no pusiste la penitencia para los justos, para Abrahán, Isaac y Jacob, que no pecaron contra ti, sino para mí, pecador». El orante se ve «encorvado bajo muchas cadenas de hierro», dobla «la rodilla del corazón» y llama a Dios «el Dios de los que se arrepienten» (traducimos del texto griego).

Las *Constituciones apostólicas*, del siglo IV, la copian en el libro que exhorta a los obispos a acoger a los penitentes, junto a los ejemplos de David, de los ninivitas y de Ezequías (II,22). Esos libros reelaboran una obra del siglo III, la *Didascalia de los apósto-*

les, escrita en griego y conservada sobre todo en siríaco, que ya contenía la oración y es su testimonio más antiguo. El Códice Alejandrino, del siglo V, la pone entre las catorce odas o cánticos que siguen a los Salmos. Las Biblias latinas anteriores a Trento solían copiarla después de las Crónicas; la Vulgata Clementina (1592) la pasó a un apéndice, con los libros tercero y cuarto de Esdras, fuera del canon, para que no se perdiera del todo. No está en la lista de los libros sagrados (Catecismo, n. 120), y ni Torres Amat ni este texto la imprimen; pero la Iglesia sigue rezando algunas de sus palabras (ver el recuadro). Entre los manuscritos de Qumrán apareció otra oración hebrea atribuida al mismo rey, del todo distinta (4Q381).

El Cronista escribía para un pueblo que también había sido llevado a Babilonia y había vuelto, y en Manasés podía reconocer su propia historia. El lector cristiano lo encuentra, además, en la genealogía de Jesús (Mt 1,10): la gracia no esquiva la historia de los pecadores; la atraviesa.

PAUSA

1. Manasés oró «viéndose en la opresión». ¿Qué angustia de tu vida te ha devuelto a Dios?
2. Su conversión se vio en obras: quitó los ídolos y ofreció sacrificios de acción de gracias. ¿Qué gesto concreto pide hoy tu propia conversión?
3. Amón imitó los pecados de su padre, pero no su arrepentimiento. ¿Qué quieres que los más jóvenes aprendan de tus caídas y de tus vueltas?

Para orar. *Dios de los que se arrepienten, que escuchaste a Manasés encadenado, rompe mis cadenas y enséñame a darte gracias.*

34

Josías: la reforma y el libro de la ley

Josías, rey a los ocho años, es para el Cronista el último gran reformador. El capítulo sigue a 2 Re 22,1 – 23,3, pero cambia el orden: a los dieciséis años el rey empieza a buscar a Dios, y a los veinte purifica Judá, Jerusalén y aun el antiguo reino del norte (vv. 1-7); la reparación del templo y el hallazgo del libro de la ley llegan después, en el año dieciocho (vv. 8-18). Siguen el arrepentimiento del rey y el oráculo de la profetisa Olda (vv. 19-28), y la alianza renovada ante todo el pueblo (vv. 29-33). La búsqueda prepara el hallazgo, y el hallazgo lleva la reforma más lejos.

El joven Josías busca a Dios

1 Ocho años tenía Josías cuando entró a reinar [1]; y reinó
treinta y un años en Jerusalén. 2 E hizo lo que era recto a
los ojos del Señor, y siguió los pasos de su padre David, sin
torcer ni a la derecha ni a la izquierda. 3 Al octavo año de
su reinado, siendo todavía jovencito, comenzó a buscar al
Dios de su padre David [2]; y al año duodécimo de reinar,
limpió el país de Judá y a Jerusalén de los lugares altos y
bosques profanos, y de los ídolos y simulacros. 4 E hizo
destruir en presencia suya los altares de Baal, y hacer pe-
dazos los ídolos colocados encima; quitó también sus bos-

ques, y desmenuzó las estatuas, cuyos pedazos esparció sobre los sepulcros de los que solían ofrecerle sacrificios. 5 Además los huesos de los sacerdotes de los ídolos los quemó sobre los altares [3] de los mismos ídolos; y purificó a Judá y a Jerusalén.

6 Igualmente destruyó todas estas cosas abominables en las ciudades de las tribus de Manasés, y Efraín, y Simeón hasta Neftalí [4]. 7 Destruidos los altares y los bosques, y hechos pedazos los ídolos, y demolidos todos los templos [5] por todo el país de Israel, regresó a Jerusalén.

El libro hallado en el templo

8 Con lo que el año dieciocho de su reinado, purificado ya el país y el templo del Señor, envió a Safán, hijo de Eselías, y a Maasías, príncipe o magnate de la ciudad, y al canciller Johá hijo de Joacaz [6], para que cuidasen de la restauración del templo del Señor Dios suyo. 9 Los cuales vinieron a Helcías, sumo sacerdote, y recibiendo de él el dinero depositado en la casa del Señor, y que los levitas y porteros habían recogido de las tribus de Manasés y Efraín, y de todo el resto de Israel [7], como también de todo Judá, y de Benjamín, y de los moradores de Jerusalén; 10 lo entregaron en manos de los capataces de los que trabajaban en la casa del Señor para la restauración del templo y reparación de todas sus quiebras. 11 Estos lo dieron a los artífices, y albañiles para comprar piedras de cantería y madera

para los amarres de la obra [8] y para el tablaje de los edificios destruidos por los reyes de Judá.

[12] Ejecutaban éstos todo fielmente. Los capataces de los obreros eran Jahat y Abdías de los descendientes de Merari, Zacarías y Mosollam de la estirpe de Caat, los cuales daban prisa a la obra; todos levitas diestros en tañer instrumentos [9]. [13] Sobre los que acarreaban lo necesario para diferentes usos, vigilaban los escribas y los porteros mayores de entre los levitas [10].

[14] Al tiempo de sacar el dinero depositado en el templo del Señor, encontró el sumo sacerdote Helcías el Libro de la ley del Señor escrita por mano de Moisés [11]; [15] y dijo a Safán, secretario: He hallado en la casa del Señor el Libro de la ley; y se lo entregó. [16] Llevó éste el libro al rey, y dándole cuenta, dijo: Todo lo que has encargado al cuidado de tus siervos, se va concluyendo. [17] La plata encontrada en la casa del Señor se ha fundido, y se ha entregado a los capataces de los artífices y obreros de diferentes labores. [18] Además de esto me ha entregado Helcías, sumo sacerdote, este libro. Y habiéndolo él leído en presencia del rey,

La profetisa Olda

[19] y oído éste las palabras de la ley, rasgó sus vestiduras; [20] y dio orden a Helcías, y a Ahicam, hijo de Safán, y a Abdón, hijo de Mica, y a Safán, secretario, y a Asaas, criado o mi-

nistro del rey [12] diciendo: [21] Id, y orad o consultad al Señor [13] por mí y por las reliquias de Israel y de Judá, acerca de todas las palabras de este libro que se ha encontrado; porque grande es el furor o azote del Señor que está para descargar sobre nosotros; por cuanto no han guardado nuestros padres las palabras del Señor, ni cumplido todo cuanto está escrito en este libro. [22] Fue, pues, Helcías, junto con los enviados del rey, a encontrar a Olda, profetisa [14], mujer de Sellum, hijo de Tecuat, hijo de Hasra, guardarropa; la cual moraba en Jerusalén, en la segunda ciudad, y le refirieron las palabras que arriba mencionamos.

[23] Ella le respondió: Esto dice el Señor Dios de Israel: Decid a la persona que os ha enviado a mí: [24] Así ha hablado el Señor: He aquí que yo enviaré sobre este lugar y sobre sus moradores las calamidades y todas las maldiciones escritas en ese libro [15] que se ha leído delante del rey de Judá; [25] por cuanto me han abandonado a mí, y han ofrecido sacrificios a los dioses extranjeros, provocando mi ira con todas las obras de sus manos; por cuyo motivo lloverá mi furor sobre este lugar, y no cesará [16]. [26] Al rey de Judá que os ha enviado para que yo ruegue al Señor, le diréis: Esto dice el Señor Dios de Israel: Ya que por haber oído las palabras del libro, [27] se ha enternecido tu corazón, y te has humillado [17] en el acatamiento de Dios, con motivo de lo

que en él hay escrito contra este lugar, y contra los habitantes de Jerusalén; y temblando de mi majestad, has rasgado tus vestiduras, y llorado en mi presencia; yo también te he oído, dice el Señor. 28 Porque bien pronto te reuniré con tus padres, y serás colocado en paz en tu sepulcro; y no verán tus ojos todos los males que yo descargaré sobre este lugar y sobre sus habitantes. Se volvieron, pues, y dieron cuenta al rey de todo cuanto ella había dicho.

La alianza renovada

29 Entonces el rey, convocando a todos los ancianos o senadores de Judá, y de Jerusalén, 30 subió al templo del Señor, acompañado de todos los varones de Judá, y de los moradores de Jerusalén, de los sacerdotes y levitas, y de todo el pueblo, grandes y pequeños. Y estando todos con atención en el templo del Señor, leyó el rey el libro palabra por palabra [18]. 31 Y puesto en pie en su estrado o solio [19], hizo pacto o prometió delante del Señor de caminar en pos de él, y de observar sus preceptos, y leyes y ceremonias, con todo su corazón, y con toda su alma, y de hacer todas las cosas escritas en el libro que acababa de leer; 32 e hizo jurar lo mismo a todos los que se hallaban en Jerusalén y en Benjamín; y los habitantes de Jerusalén confirmaron el pacto del Señor Dios de sus padres. 33 Extirpó, pues, Josías todas las abominaciones de todo el país de los hijos de Israel; e hizo que cuantos quedaron habitando en Israel sir-

viesen al Señor Dios suyo. Mientras él vivió no abandonaron al Señor [20] Dios de sus padres.

¿Sabías que?

El profeta Sofonías predicó «en los días de Josías» (Sof 1,1) contra los mismos cultos que el rey destruyó: los restos de Baal, los sacerdotes de los ídolos, los que se postraban en las azoteas ante el ejército del cielo (Sof 1,4-5). Su anuncio del día del Señor empieza en la Vulgata con unas palabras célebres: «Dies irae dies illa, dies tribulationis et angustiae» (Sof 1,15). De ellas tomó su comienzo la secuencia medieval *Dies irae*, atribuida tradicionalmente al franciscano Tomás de Celano, que durante siglos se cantó en la misa de difuntos y que Mozart (1791) y Verdi (1874) pusieron en música en sus réquiems. La reforma litúrgica posterior al concilio Vaticano II la sacó de la misa y la conservó como himno de la Liturgia de las Horas en la última semana del tiempo ordinario.

PAUSA

1. Josías empezó a buscar a Dios a los dieciséis años, antes de tener el libro. ¿Qué te mueve a buscar a Dios aun cuando sabes poco de él?
2. Al oír la palabra hallada, al rey «se le enterneció el corazón». ¿Qué página de la Escritura te ha tocado así últimamente?
3. «Mientras él vivió no abandonaron al Señor». ¿Tu fe se sostiene por sí misma, o depende de quienes te rodean?

Para orar. *Señor, que tu palabra me ablande el corazón y me ponga en pie para seguirte con todo el corazón y con toda el alma.*

35

La Pascua de Josías y su muerte en Meguido

Dos escenas opuestas cierran la vida de Josías. La primera es la Pascua más solemne desde el profeta Samuel: los levitas en sus turnos, los dones del rey y de los príncipes, todo «conforme está escrito» en el libro de Moisés (vv. 1-19). El Cronista dedica diecinueve versículos a lo que 2 Re 23,21-23 cuenta en tres. La segunda es la muerte del rey: Necao, faraón de Egipto, le advierte que no se oponga a Dios; Josías no escucha, se disfraza y cae herido en Meguido; todo Judá lo llora, y Jeremías compone lamentaciones (vv. 20-27). El rey más fiel muere por no saber escuchar.

La Pascua de Josías

1 Celebró asimismo Josías en Jerusalén la Pascua del Se-
ñor, la cual fue inmolada en el día catorce del mes
primero [1]. 2 Para lo cual hizo que los sacerdotes ejerciesen
sus funciones, y los exhortó al cumplimiento de su minis-
terio en la casa del Señor. 3 Dijo también a los levitas, por
cuyas instrucciones se santificaba todo Israel [2] para el cul-
to del Señor: Colocad otra vez el arca en el Santuario del
templo [3], edificado por Salomón, hijo de David, rey de Is-
rael, porque ya no la tendréis que llevar más de una a otra
parte. Ahora, pues, servid al Señor Dios vuestro y a su
pueblo de Israel; 4 y estad apercibidos casa por casa, y fa-

milia por familia, según la distribución hecha de cada uno de vosotros, así como lo ordenó David, rey de Israel, y dejó por escrito su hijo Salomón [4]. [5] Y ejerced vuestras funciones en el santuario, observando la distribución de familias y de las clases levíticas: [6] y después de haberos santificado, inmolad el cordero pascual, y disponed también a vuestros hermanos purificándolos [5], para que le puedan inmolar, conforme mandó el Señor por boca de Moisés.

[7] Además de esto Josías dio a todo el pueblo que se halló allí en la solemnidad de la Pascua, corderos y cabritos de los rebaños, y otras reses, hasta treinta mil, y asimismo tres mil bueyes [6]; todo esto lo dio el rey de su hacienda. [8] También sus oficiales o magnates presentaron lo que espontáneamente habían ofrecido, tanto al pueblo como a los sacerdotes y levitas. Además Helcías sumo sacerdote, y Zacarías, y Jahiel, principales de la casa del Señor, dieron a los sacerdotes para celebrar la Pascua entre unas y otras dos mil seiscientas reses menores, y trescientos bueyes. [9] Igualmente Conenías, y Semeías, y Natanael con sus hermanos, y Hasabías, y Jehiel, y Jozabad, príncipes de los levitas, dieron a los otros levitas para la celebración de la Pascua cinco mil reses menores y quinientos bueyes.

[10] Preparado todo lo necesario para la función, los sacerdotes estuvieron prontos a su oficio, e igualmente los levitas divididos en sus compañías, conforme al mandato del rey.

11 Se inmoló, pues, la Pascua [7]; y los sacerdotes derramaban con sus manos la sangre, y los levitas desollaban las víctimas. 12 Las separaron luego para repartirlas casa por casa y familia por familia, a fin de que fuesen ofrecidas al Señor, del modo que está escrito en el Libro de Moisés; e hicieron lo mismo con los bueyes. 13 Y asaron los corderos pascuales al fuego, conforme está escrito en la ley [8]. En cuanto a las víctimas pacíficas, las cocieron en calderos, marmitas y ollas; e inmediatamente las distribuían a toda la plebe. 14 Y para sí y para los sacerdotes las hicieron cocer después; porque los sacerdotes estuvieron ocupados hasta la noche [9] en la ofrenda de los holocaustos y de la grasa; por cuyo motivo los levitas no las prepararon para sí y para los sacerdotes hijos de Aarón, hasta después de todos. 15 Entretanto los cantores, hijos de Asaf, estaban en su coro, conforme a lo dispuesto por David, y por Asaf, y Hemán, e Iditún, profetas del rey [10]; y los porteros estaban de guardia en cada una de las puertas sin apartarse ni por un instante de su ministerio; por eso sus hermanos los levitas les aparejaron también la comida.

16 De esta suerte se cumplió, según rito, con todo el culto del Señor en aquel día, celebrando la Pascua, y ofreciendo los holocaustos sobre el altar del Señor, conforme a la orden del rey Josías. 17 Así, pues, los hijos de Israel que se hallaron allí, celebraron entonces la Pascua y la fiesta de los

Azimos por siete días [11]. [18] No hubo Pascua semejante a
ésta en Israel desde el tiempo del profeta Samuel [12]; ni
hubo ninguno de todos los reyes de Israel que como Josías
celebrase una Pascua con los sacerdotes y levitas y con
todo Judá y cuantos se hallaron allí de Israel, y con los ha-
bitantes de Jerusalén. [19] Se celebró esta Pascua el año deci-
moctavo del reinado de Josías.

La muerte de Josías en Meguido

[20] Después de haber Josías restaurado el templo, Necao,
rey de Egipto, salió a campaña para sitiar a Carcamis [13],
contigua al Eufrates; y Josías marchó contra él. [21] Pero Ne-
cao envió a decirle por sus embajadores: ¿Qué motivo hay
de disensión entre nosotros dos, oh rey de Judá? [14] Yo no
vengo ahora a pelear contra ti, sino contra otra casa, con-
tra la cual Dios me ha mandado salir a toda prisa; deja,
pues, de oponerte a Dios, el cual está conmigo [15]; no sea
que el Señor te quite la vida. [22] No quiso Josías retirarse,
sino que se preparó para darle batalla [16], sin querer escu-
char las palabras de Necao, que eran de Dios; y avanzó
para venir a las manos en el campo de Mageddo. [23] Allí fue
herido por los arqueros [17], y dijo a sus criados: Sacadme
fuera del combate, pues estoy gravemente herido. [24] Ellos
lo pasaron de su coche a otro [18], que le seguía según estilo
de los reyes, y lo llevaron a Jerusalén, donde murió; y fue

sepultado en el panteón de sus padres. Lo lloraron Judá y Jerusalén;

25 sobre todo Jeremías, cuyas lamentaciones sobre Josías
repiten todos los cantores y cantoras [19] hasta hoy día, tanto que ha venido a ser este uso como una ley en Israel. Se
hallan escritas estas cosas entre las Lamentaciones. 26 Las
demás acciones de Josías, y sus buenas obras, según lo que
está prescrito en la ley del Señor [20], 27 sus hechos, digo,
desde el principio al fin, está todo escrito en el Libro de los
Reyes de Judá y de Israel.

¿Sabías que?

La costumbre de 35,25, cantar las lamentaciones de Jeremías, tiene una larga descendencia cristiana. Durante siglos, en el oficio de tinieblas de la Semana Santa, llamado así porque se iban apagando las velas una a una, se cantaron como lecturas las Lamentaciones, con los nombres de las letras hebreas que encabezan sus estrofas (Aleph, Beth...) y el estribillo «Jerusalén, Jerusalén, conviértete al Señor tu Dios». Las pusieron en música, entre muchos otros, Thomas Tallis en Inglaterra, Tomás Luis de Victoria, que las publicó en Roma en 1585 en su *Oficio de Semana Santa*, y François Couperin en sus *Lecciones de tinieblas* (hacia 1714). La tradición judía, por su parte, atribuye a Jeremías el libro de las Lamentaciones (Baba Batra 15a).

Dos Pascuas: Ezequías y Josías

Ezequías (2 Cr 30)	Josías (2 Cr 35)
El día catorce del mes segundo (30,2.15)	El día catorce del mes primero (35,1)
Se aplaza porque no había bastantes sacerdotes purificados (30,3)	Todo «conforme mandó el Señor por boca de Moisés» (35,6.12)
Cartas a todo Israel, de Bersabee a Dan; muchos se burlan (30,1-11)	Judá, Jerusalén y los de Israel que se hallaron allí (35,17-18)
Antes se derriban los altares de Jerusalén (30,14)	El arca vuelve a su lugar en el santuario (35,3)
Los levitas inmolan por los que no estaban purificados (30,17)	Los levitas inmolan por todos sus hermanos (35,6.11)
Muchos comen «no según la Escritura», y el rey ora por ellos (30,18-20)	Todo «conforme está escrito en la ley» (35,12-13)
2.000 toros y 17.000 ovejas, del rey y de los príncipes (30,24)	37.600 reses menores y 3.800 bueyes, del rey, de los sacerdotes y de los levitas (35,7-9)
Levitas y sacerdotes alaban al Señor cada día con sus instrumentos (30,21)	Los cantores, hijos de Asaf, en su puesto (35,15)
Siete días, y otros siete por acuerdo de todos (30,21-23)	Siete días de Ázimos (35,17)
No se había visto otra igual «desde el tiempo de Salomón» (30,26)	No hubo otra igual «desde el tiempo del profeta Samuel» (35,18; 2 Re 23,22: «desde los jueces»)

La de Ezequías es la Pascua de la misericordia, celebrada con retraso y con impuros perdonados; la de Josías, la Pascua de la exactitud, celebrada según lo escrito. La ley de la Pascua en el mes segundo está en Nm 9,6-13, y la de la Pascua en el único santuario, en Dt 16,1-8. Jesús deseará «con ansia» comer la suya con sus discípulos (Lc 22,15). Sobre la Pascua en toda la Biblia, ver el cuadro «La Pascua en tres tiempos» (capítulo 12 del Éxodo).

PARA PROFUNDIZAR

Josías y el faraón Necao: cuando Dios habla por boca de un extranjero

Ningún rey de las Crónicas buscó a Dios tan pronto ni lo celebró con tanta exactitud como Josías. A los dieciséis años empezó a buscarlo, a los veinte purificó el país, a los veintiséis encontró el libro y renovó la alianza (34,3-33), y el mismo año celebró una Pascua como no se había visto desde Samuel (35,1-19; ver el cuadro; sobre la reforma, ver el ensayo y el cuadro del capítulo 23 de 2 Reyes). Y, sin embargo, el capítulo termina con su muerte a los treinta y nueve años, herido por los arqueros de Egipto en Meguido. Reyes cuenta el hecho en un versículo, sin explicarlo (2 Re 23,29). El Cronista lo explica, y su explicación es una de las páginas más sorprendentes del libro.

La historia ayuda a entender la escena. En el 612 a. C. cayó Nínive, y el último rey de Asiria resistía en Jarán, en la alta Mesopotamia, con la ayuda de Egipto. En el 609, el faraón Necao II subió por la costa para unirse a él junto al Éufrates (ver nota a 35,20). Por qué Josías le salió al paso no lo sabemos: quizá quería impedir que Egipto salvara a Asiria, el viejo opresor, o se sentía aliado de Babilonia, o defendía su propia independencia (se discute). Josefo, que conoce la tradición judía, dice que fue el destino el que lo empujó (*Antigüedades* X,5,1).

El Cronista ve otra cosa. Necao envía mensajeros: «Dios me ha mandado salir a toda prisa; deja, pues, de oponerte a Dios, el cual está conmigo». Y el narrador comenta que Josías no quiso escuchar «las palabras de Necao, que eran de Dios» (35,21-22). El rey

que había mandado consultar al Señor ante el libro hallado (34,21) no consulta ahora, y Torres Amat lo anotó con finura: salió contra el faraón «tal vez sin consultar a Dios». Peor aún, se disfraza para pelear, como Acab, el rey que no quiso oír al profeta Miqueas, y muere como él, alcanzado por una flecha y sacado del combate en su carro (18,29-34). Es la teología del Cronista llevada hasta el final: tampoco el mejor de los reyes queda dispensado de escuchar. Es una lectura de fe de un hecho que Reyes deja sin explicar, y así hay que leerla.

Que Dios hable por boca de un faraón inquietó a los lectores antiguos. El libro griego llamado 1 Esdras, al contar la misma historia, dice que Josías no escuchó «las palabras del profeta Jeremías, de la boca del Señor» (1 Esd 1,26). El Talmud piensa que el «Dios» de Necao era su ídolo, y que la culpa de Josías fue no consultar a Jeremías y fiarse de la promesa de Lv 26,6, «la espada no pasará por vuestra tierra», sin saber que su generación no la merecía (Taanit 22b). La Comisión Bíblica, en cambio, toma el texto como está: en las Crónicas el Señor habla por profetas, videntes y músicos del templo, «y hasta de reyes extranjeros como Necó y Ciro» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 16). No es un caso aislado: Dios habló por Balaán (Nm 22 – 24), llamó «ungido» a Ciro (Is 45,1) y puso una profecía en labios de Caifás (Jn 11,49-52).

¿Y la promesa de Olda, «serás colocado en paz en tu sepulcro» (34,28)? Se cumplió en el sentido que ella misma le dio: Josías no vio la ruina de Jerusalén y fue sepultado en el panteón de sus padres. Isaías había dicho que el justo es recogido antes de la desgracia y «entra en la paz» (Is 57,1-2). Su muerte fue el gran

duelo de Judá: Jeremías compuso lamentaciones que se cantaban todavía (ver nota a 35,25), y Zacarías recordará «el llanto de Hadad-Rimón en la llanura de Meguido» al anunciar la mirada al que traspasaron (Zac 12,10-11; ver el ensayo del capítulo 23 de 2 Reyes).

La lección es exigente. Josías había buscado a Dios desde joven, había escuchado el libro y había temblado ante él; pero la fidelidad no es una renta que se cobra para siempre. Dios puede hablar donde no se lo espera, por boca de un extranjero o de un adversario, y solo lo reconoce quien sigue preguntando. «Por la oración podemos "discernir cuál es la voluntad de Dios"», recuerda el Catecismo (n. 2826). San Pablo lo dice para todos los que se sienten seguros: «el que crea estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10,12).

PAUSA

1. Josías celebró la Pascua «conforme está escrito». ¿Cuidas la manera de celebrar tu fe, o te basta con cumplir?
2. Dios habló a Josías por boca de un faraón. ¿Por medio de quién, inesperadamente, te ha hablado Dios a ti?
3. Josías se disfrazó para no oír. ¿Qué disfraces usas tú para no escuchar una palabra incómoda?

Para orar. *Señor, que hablas también por quien no espero, dame un corazón que pregunte siempre por tu voluntad y no se disfrace para no oírte.*

36

El destierro y el edicto de Ciro

El último capítulo recorre en pocos versículos los veintidós años que van de la muerte de Josías a la caída de Jerusalén: cuatro reyes, tres de ellos llevados a tierra extraña, ninguno fiel (vv. 1-13). Después, la mirada del Cronista: sacerdotes y pueblo prevarican, Dios envía sin cesar a sus profetas «pues quería perdonar», y ellos se burlan, hasta que no hay remedio; el templo arde y la tierra descansa setenta años (vv. 14-21). Al final, una puerta abierta: Ciro, movido por el Señor, invita a los desterrados a subir a Jerusalén (vv. 22-23), con las mismas palabras que abren el libro de Esdras.

Joacaz y Joakim

1 Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz, cuarto hijo
de Josías [1], y lo alzó por rey de Jerusalén, en lugar de su
padre. 2 De veintitrés años era Joacaz cuando comenzó a
reinar, y tres meses reinó en Jerusalén. 3 Porque el rey de
Egipto, viniendo a Jerusalén lo depuso, y multó al país en
cien talentos de plata y un talento de oro [2]; 4 y en lugar de
él estableció por rey sobre Judá y Jerusalén a su hermano
Eliakim primogénito de Josías [3], cambiándole el nombre
en el de Joakim; y se llevó consigo a Joacaz, y lo condujo a
Egipto.

5 Veinticinco años tenía Joakim cuando entró a reinar [4], y
once años reinó en Jerusalén; e hizo el mal en la presencia
del Señor su Dios. 6 Contra éste vino Nabucodonosor, rey
de los caldeos, y lo llevó atado con cadenas a Babilonia [5],
7 adonde transportó también los vasos del Señor [6], y los
colocó en su templo. 8 Las otras acciones de Joakim, y las
abominaciones que cometió, y las maldades que se halla-
ron en él [7], se contienen en el Libro de los Reyes de Judá y
de Israel. Lo sucedió en el reino su hijo Joaquín.

Joaquín y Sedecías

9 De ocho años era Joaquín [8] cuando entró a reinar, y tres
meses y diez días reinó en Jerusalén; e hizo el mal en la
presencia del Señor. 10 Corriendo el año [9], envió el rey Na-
bucodonosor sus gentes a prenderlo y lo llevaron a Babilo-
nia, transportando al mismo tiempo los vasos más precio-
sos del templo del Señor. E hizo rey de Judá y de Jerusalén
a Sedecías, su tío paterno.

11 Veintiún años tenía Sedecías cuando empezó a reinar, y
once años reinó en Jerusalén. 12 E hizo el mal delante de
los ojos del Señor su Dios, ni respetó a Jeremías profeta [10],
que le hablaba de parte del Señor. 13 Se rebeló además con-
tra el rey Nabucodonosor, que le había hecho prestar jura-
mento de fidelidad en el nombre de Dios [11]; y endureció su
cerviz y su corazón, para no convertirse al Señor Dios de
Israel.

La compasión rechazada y la ruina

14 Igualmente todos los príncipes de los sacerdotes y el
pueblo prevaricaron también impíamente [12], imitando to-
das las abominaciones de los gentiles, y profanaron el
templo del Señor, que él se había consagrado para sí en Je-
rusalén. 15 Entretanto el Señor Dios de sus padres les hacía
hablar por medio de sus enviados los profetas, amonestán-
dolos sin cesar de día y de noche; pues quería perdonar a
su pueblo [13] y a la mansión suya. 16 Mas ellos se mofaban
de los enviados de Dios, no hacían caso alguno de sus pala-
bras, e insultaban a los profetas, hasta que descargó el fu-
ror del Señor sobre su pueblo, y no hubo ya remedio [14].

17 Porque trajo contra ellos al rey de los caldeos, que pasó a
cuchillo a sus jóvenes en la casa de su santuario. No tuvo
compasión del mancebo, ni de la virgen, ni del anciano [15],
ni aun del inválido; a todos los entregó Dios en sus manos.
18 Y transportó a Babilonia todos los vasos de la casa del Se-
ñor tanto los grandes como los pequeños, y los tesoros del
templo, y del rey, y de los magnates. 19 Los enemigos pega-
ron fuego a la casa de Dios [16], y demolieron los muros de
Jerusalén; quemaron todas las torres y destruyeron todo
cuanto había precioso. 20 Si alguno pudo escapar del cuchi-
llo, llevado a Babilonia, fue esclavo del rey y de sus hijos,
hasta que tuvo el imperio Ciro, el rey de los persas [17], 21 y
llegó el cumplimiento de la palabra del Señor, pronuncia-

da por Jeremías, y la tierra hubo celebrado sus sábados [18];
pues todo el tiempo de su desolación estuvo en sábado o
descanso continuo, hasta que se cumplieron los setenta
años.

El edicto de Ciro

[22] Mas el año primero de Ciro, rey de los persas [19], en cumplimiento de la palabra del Señor pronunciada por boca de
Jeremías, movió el Señor el corazón de Ciro [20], rey de los
persas; el cual mandó publicar en todo su reino por escrito, este decreto: [23] Esto dice Ciro, rey de Persia: El Señor
Dios del cielo me ha dado todos los reinos de la tierra [21], y
él mismo me ha mandado edificarle una casa en Jerusalén, ciudad de Judea; ¿quién hay entre vosotros que pertenezca a su pueblo? El Señor Dios suyo sea con él, y póngase
en camino para su tierra [22].

¿Sabías que?

El cuarto domingo de Cuaresma se llama «Laetare» por la primera palabra de su antífona de entrada: «Alégrate, Jerusalén» (cf. Is 66,10-11). A mitad de camino hacia la Pascua, la liturgia permite ese día vestiduras de color rosa en lugar del morado. En el ciclo B, el domingo de la alegría de Jerusalén lee precisamente el final de las Crónicas (36,14-16.19-23): la ciudad incendiada y la invitación de Ciro a volver a ella. El salmo es el 137, «Junto a los ríos de Babilonia», y el evangelio, el diálogo de Jesús con Nicodemo: «tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). La alegría del Laetare es la del desterrado que oye que puede volver.

El edicto de Ciro

Texto	Qué dice	Cita
2 Crónicas	El Señor despierta el espíritu de Ciro, que manda edificarle una casa en Jerusalén: «que suba»	2 Cr 36,22-23
Esdras 1	El mismo decreto, completado: que suba y edifique, y que los vecinos le ayuden con plata, oro y ganado	Esd 1,1-4
Los vasos	Ciro devuelve los 5.400 vasos de oro y plata que Nabucodonosor se había llevado	Esd 1,7-11; 2 Cr 36,7.10.18
Esdras 6	La memoria hallada en Ecbatana: el templo en su sitio, sesenta codos, los gastos a cargo del rey, los vasos devueltos	Esd 6,2-5
Isaías	Ciro, «mi pastor» y «su ungido», llamado por su nombre «aunque no me conocías»	Is 44,28; 45,1-4
Jeremías	Setenta años de servidumbre a Babilonia; después, la vuelta	Jer 25,11-12; 29,10
Daniel	Daniel permanece en la corte hasta el año primero de Ciro; lee en Jeremías los setenta años	Dn 1,21; 9,1-2; 10,1
El cilindro de Ciro	Marduk elige a Ciro, que entra en Babilonia (539 a. C.) y devuelve dioses y pueblos a sus santuarios; no nombra a Judá	Babilonia; hallado en 1879

El cilindro, de arcilla y en acadio, era un depósito de fundación; está en el Museo Británico, cuyos especialistas lo ven como una inscripción de construcción al estilo babilónico, no como la «carta de derechos humanos» que a veces se dice. Para la Comisión Bíblica, Ciro es uno de los reyes extranjeros por cuya boca habla el Señor en las Crónicas (Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura, 2014, n. 16). La historia sigue en Esdras y Nehemías; sobre la relación entre estos libros, ver la introducción a 1 Crónicas.

PARA PROFUNDIZAR

«Que suba»: el edicto de Ciro y el final abierto de la Biblia hebrea

El final de Judá ocupa en las Crónicas apenas veinte versículos. Los últimos reyes pasan deprisa: Joacaz, llevado a Egipto; Joakim, encadenado; Joaquín, llevado a Babilonia; Sedecías, que no se humilló ante Jeremías (36,1-13; para la historia, ver el ensayo «Junto a los ríos de Babilonia» y el cuadro del capítulo 25 de 2 Reyes). Al Cronista no le interesan las fechas, sino el sentido, y lo resume en tres frases que solo él escribe.

La primera reparte la culpa: «todos los príncipes de los sacerdotes y el pueblo prevaricaron» (36,14). No fue solo un rey. La segunda dice por qué tardó tanto el castigo: Dios enviaba a sus mensajeros «sin cesar», «madrugando», «pues quería perdonar a su pueblo», y ellos se burlaban de los profetas «hasta que... no hubo ya remedio» (36,15-16; ver notas a 36,15 y 36,16). La Comisión Bíblica ve aquí el motivo de «los incesantes y vanos intentos» de Dios por evitar la desgracia de su pueblo (2014, n. 16). La historia de Israel aparece como la de una paciencia rechazada. Jesús la contará en la parábola de los viñadores, y la Carta a los Hebreos le dará su último capítulo: Dios, que habló «muchas veces y de muchos modos» por los profetas, nos ha hablado al final «por el Hijo» (Heb 1,1-2).

La tercera frase transforma el destierro: la tierra «celebró sus sábados» durante setenta años (36,21). El Cronista no lo presenta solo como castigo, sino como un descanso que la tierra recupera, un largo sábado entre la ruina y el regreso (ver nota a 36,21). El

Catecismo lo dice con otras palabras: «el Exilio, aparente fracaso de las Promesas, es en realidad fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu» (n. 710).

Y entonces, sin transición, aparece Ciro. El rey de Persia conquistó Babilonia en el 539 a. C. y permitió a pueblos deportados volver a sus tierras y restaurar sus santuarios; así lo cuenta él mismo, en nombre del dios Marduk, en el Cilindro de Ciro (ver el cuadro). En tiempos recientes se le ha llamado «la primera carta de los derechos humanos»; los especialistas del mismo Museo Británico recuerdan que es una inscripción de construcción en la tradición de los reyes de Babilonia, que desde hacía siglos proclamaban así su justicia al subir al trono. La Biblia ve en él otra cosa: un rey pagano a quien el Señor «despertó el espíritu» para cumplir la palabra de Jeremías (36,22), el «pastor» y el «ungido» de Is 44,28 – 45,1. La Comisión Bíblica lo cuenta entre aquellos por cuya boca habla Dios en las Crónicas (n. 16).

El decreto de Ciro termina este libro y abre el de Esdras con las mismas palabras (Esd 1,1-3). En las Biblias cristianas, que siguen el orden griego, la historia continúa en la página siguiente: la vuelta, el altar, el templo reconstruido. En la Biblia hebrea impresa, como en el orden que da el Talmud (Baba Batra 14b), las Crónicas son el último libro, y la Escritura termina con una sola palabra, ve-yaal, «y que suba» (en algunos códices medievales, como el de Alepo, las Crónicas abren en cambio la tercera parte de la Biblia). La Biblia judía acaba con un imperativo y un ca-

mino; la cristiana, con una súplica: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20). Las dos terminan esperando.

La Iglesia lee esta página el cuarto domingo de Cuaresma del ciclo B, con el salmo de los desterrados y el evangelio de Nicodemo (ver el recuadro): juicio y misericordia, destierro y vuelta, es la forma misma de la Cuaresma camino de la Pascua. Quien lee el Evangelio después de las Crónicas oye el eco de su última palabra cuando Jesús dice a los suyos: «Mirad, subimos a Jerusalén» (Lc 18,31).

PAUSA

1. Dios enviaba a sus profetas «sin cesar», «pues quería perdonar». ¿Qué avisos de Dios has dejado pasar sin escucharlos?
2. La tierra «celebró sus sábados» durante el destierro. ¿Qué descanso o qué silencio te está pidiendo Dios en una etapa difícil?
3. Ciro pregunta: «¿quién hay entre vosotros que pertenezca a su pueblo?». ¿Hacia dónde te pide hoy Dios «subir» o volver?

Para orar. *Señor, que no te cansas de llamarnos, despierta mi espíritu como despertaste el de Ciro, y ponme en camino hacia tu casa.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 4

1. ¿Por qué fue Salomón a Gabaón, según las Crónicas? 1
2. ¿Qué pidió Salomón a Dios, y qué recibió además? 2
3. ¿Para qué dice Salomón a Hiram que edifica el templo? 3
4. ¿De qué tribu era la madre del artífice Hiram, según las Crónicas? 4
5. ¿Dónde edificó Salomón el templo, según 2 Crónicas? 5
6. ¿Cómo se llamaban las dos columnas de la entrada del templo? 6
7. ¿Para qué servían, según las Crónicas, las diez conchas y el mar de bronce? 7

Capítulos 5 a 6

1. ¿Quiénes llevaron el arca y quiénes la introdujeron en el lugar santísimo? 1
2. ¿Qué había dentro del arca? 2
3. ¿En qué momento se llenó de una nube la casa de Dios? 3
4. ¿Sobre qué se puso Salomón para orar, y en qué postura oró? 4
5. ¿Con qué palabras termina la oración de Salomón en las Crónicas? 5

Capítulos 7 a 9

1. ¿Qué sucedió cuando Salomón acabó su oración? 1
2. ¿Qué debía hacer el pueblo, según 7,14, para que Dios lo escuchara, perdonara sus pecados y librara de los males su país? 2
3. ¿Por qué mudó Salomón a la hija del faraón fuera de la ciudad de David? 3
4. ¿Qué dijo la reina de Saba al bendecir al Dios de Salomón? 4

5. ¿En qué escritos estaban, según las Crónicas, las demás acciones de Salomón? 5

Capítulos 10 a 12

1. ¿Qué consejo dieron los ancianos a Roboam, y cuál siguió él? 1
2. ¿Por qué no quiso Roboam condescender con los ruegos del pueblo? 2
3. ¿Quiénes vinieron a Roboam desde las tribus del norte, y por qué? 3
4. ¿Qué dijo el profeta Semeías a Roboam y a los príncipes cuando llegó Sesac? 4
5. ¿Por qué no destruyó el Señor a Jerusalén por mano de Sesac? 5
6. ¿Qué hizo Roboam cuando Sesac se llevó los escudos de oro de Salomón? 6

Capítulos 13 a 16

1. ¿Desde dónde habló Abía a Jeroboam, y qué le advirtió? 1
2. ¿Por qué venció Judá a Israel, según el Cronista? 2

3. ¿Con qué palabras pidió Asá la ayuda de Dios contra Zara? 3

4. ¿Qué dijo el profeta Azarías a Asá después de la victoria sobre Zara? 4

5. ¿Qué juraron el rey y el pueblo en la asamblea del tercer mes? 5

6. ¿Por qué reprendió el vidente Hanani a Asá, y cómo reaccionó el rey? 6

7. ¿Qué reprocha el texto a Asá en su enfermedad? 7

Capítulos 17 a 19

1. ¿A quiénes envió Josafat a enseñar por las ciudades de Judá, y qué llevaban consigo? 1

2. ¿Qué añade el Cronista al relato de 1 Reyes sobre Josafat en la batalla de Ramot de Galaad? 2

3. ¿Qué dijo el profeta Jehú a Josafat a su regreso de Ramot de Galaad? 3

4. ¿Qué recomendó Josafat a los jueces de las ciudades? 4

5. ¿Quiénes presidían el tribunal de Jerusalén? 5

Capítulos 20 a 21

1. ¿Qué hizo Josafat al saber que una gran muchedumbre venía contra él? 1
2. ¿Qué cantaban los cantores que iban delante del ejército? 2
3. ¿Por qué el lugar de la victoria se llamó «valle de Bendición»? 3
4. ¿Qué anunciaba a Joram la carta del profeta Elías? 4
5. ¿Por qué no destruyó el Señor la casa de David en tiempos de Joram? 5

Capítulos 22 a 25

1. ¿Quién salvó al niño Joás de la matanza de Atalía, y con quién estaba casada? 1
2. ¿Qué cuidado tuvo Joíada para que Atalía no muriera en el templo? 2
3. ¿Quiénes podían entrar en la casa del Señor durante la coronación de Joás? 3
4. ¿Cómo reunió Joás el dinero para restaurar el templo? 4

5. ¿Qué dijo Zacarías, hijo de Joíada, al morir apedreado? 5

6. ¿Por qué no mató Amasías a los hijos de los asesinos de su padre? 6

7. ¿Qué respondió el varón de Dios cuando Amasías se lamentó de los cien talentos? 7

Capítulos 26 a 28

1. ¿Mientras vivió quién buscó Ozías al Señor? 1

2. ¿Qué quiso hacer Ozías en el templo, y qué le sucedió? 2

3. ¿En qué no imitó Joatam a su padre Ozías? 3

4. ¿Qué profeta salió al encuentro del ejército de Israel que volvía a Samaria con los cautivos de Judá? 4

5. ¿A dónde llevaron los de Efraín a los cautivos de Judá, y qué hicieron con los que no podían andar? 5

6. ¿Qué hizo Acaz con las puertas del templo? 6

Capítulos 29 a 31

1. ¿Qué hizo Ezequías en el primer mes de su reinado? 1

2. ¿Cuántos días duró la purificación del templo? 2

3. ¿Por qué celebraron la Pascua en el mes segundo? [3]

4. ¿Qué pidió Ezequías por los que comieron el cordero sin estar purificados? [4]

5. ¿Qué respondió el sumo sacerdote Azarías cuando Ezequías preguntó por los montones de ofrendas? [5]

Capítulos 32 a 33

1. ¿Qué hizo Ezequías con las fuentes que había fuera de Jerusalén cuando llegó Senaquerib? [1]

2. ¿Por qué dejó Dios a Ezequías cuando vinieron los embajadores de Babilonia? [2]

3. ¿Adónde llevaron a Manasés los generales del rey de los asirios, y cómo? [3]

4. ¿Qué hizo Manasés al volver a Jerusalén? [4]

Capítulos 34 a 36

1. ¿Qué encontró el sumo sacerdote Helcías al sacar el dinero depositado en el templo? [1]

2. ¿A quién consultaron los enviados del rey, y dónde vivía? [2]

3. ¿Qué mandó Josías a los levitas acerca del arca? [3]

4. ¿Qué le mandó decir el faraón Necao a Josías antes de la batalla? 4

5. ¿Por qué enviaba Dios sin cesar a sus profetas a Judá? 5

6. ¿Cuánto tiempo estuvo la tierra «en sábado», según la palabra de Jeremías? 6

7. ¿Qué decía el decreto que mandó publicar Ciro? 7

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y bastantes palabras perdidas o mal leídas, cotejadas con la edición de 1824; con ella se han recuperado, entre otras, las «neomenias» de 8,13, las palabras «toda la tierra, y dan fortaleza» de 16,9, el «no» de 23,14, cuya pérdida invertía el sentido, el «engrió» de 26,16, que la transcripción había convertido en «enfrió», el nombre de Baraquías, hijo de Mosollamot, uno de los jefes de Efraín de 28,12, el «en persona» de 28,22, el «primer» mes de 29,17 y el «santificaba» de 35,3, que se había leído «sacrificaba»). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro segundo de los Paralipómenos», del griego «cosas omitidas», nombre que conserva todavía la Neovulgata; esta edición usa el nombre de la

Biblia hebrea, Crónicas, de modo que el «segundo de los Paralipómenos» de Torres Amat, de los Padres y de los libros antiguos es nuestro 2 Crónicas. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, que es también la de las Biblias inglesas y de la Reina-Valera. Las Biblias que siguen el hebreo, como la Biblia de Jerusalén, la Neovulgata y el Leccionario, la cambian en dos lugares: el primer versículo del capítulo 2 («Resolvió, pues, Salomón edificar el templo») es en ellas 1,18, y el resto del capítulo va un número por detrás (2,2-18 de esta edición es su 2,1-17); y el primer versículo del capítulo 14 («Pasó, en fin, Abía a descansar con sus padres») es su 13,23, de modo que 14,2-15 de esta edición es su 14,1-14. No falta ningún versículo, pero la transcripción digital había perdido o leído mal palabras en bastantes versículos, por ejemplo en 6,13, 6,18, 8,13, 16,9, 20,18, 21,2, 21,19, 23,3, 23,14, 26,16, 28,12, 28,22, 29,17 y 35,3; se han recuperado de la edición de 1824. Como en esa edición y en la Vulgata, el libro termina en 36,23: la Oración de Manasés, que algunas Biblias antiguas copiaban después de este libro y que la Vulgata Clementina pone en un apéndice, no se imprime aquí. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 132, «Acuérdate, Señor, de David», que Salomón cita al final de su oración en 6,41-42, es en su Biblia el 131), y en 1 Reyes 4,21 – 5,18 su numeración es la de la Vulgata (1 Re 5,15-32 de las Biblias modernas es su 5,1-18).

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.